





Los Papeles del Club 24



© alumnado de la [escueladescritura](http://escueladescritura.com)
© de esta edición: Ediciones del Vértigo y escueladescritura.com

Maqueta: Jorge Fernández Bustos
Diseño de cubierta: Alfonso Salazar

Impresión Digital Gami
Printed in Spain - Impreso en España

Algo que quede

El libro ‘Los papeles del Club 24’ es el resultado del trabajo de 43 participantes en los Clubes de escritura del curso 2023-2024. Esta publicación, segunda de esta nueva época post-Covid, representa una fase del laboratorio literario que trabaja la Escuela: la exposición pública, corrección de “galeradas” antes de la publicación y la exigencia de la selección de textos. Cada participante ha dispuesto de un número de páginas y ha seleccionado los trabajos que deseaba mostrar. El libro consta de dos partes diferenciadas: narrativa y poesía.

Desde hace más de una década, la escuela de escritura de Granada se dedica a fomentar la creación literaria como una forma de expresión y experimentación. La escuela ofrece cursos específicos y promueve la experiencia creativa mediante el formato ‘club’. Este club funciona como un taller, obrador o laboratorio donde se comparten textos basados en ciertas propuestas de creación. Esta tradición sigue el modelo de las escuelas de escritura creativa argentinas de los años 70 y el de Oulipo en la Francia de los 60. En estos “obradores literarios”, al igual que en los talleres artesanales, se comparten bocetos, modelos, estructuras y artefactos literarios. Bajo la supervisión de un coordinador, los participantes adquieren conocimientos tanto de las creaciones de otros (como lectores críticos) como de las suyas propias (sometiéndolas a la misma crítica).

El programa de cursos y clubs siempre está disponible en su web (www.escueladescritura.com) a finales de agosto y comienza entre septiembre y octubre. Cada trimestre se abre plazo de inscripción para la incorporación

de nuevo alumnado. Los cursos se centran en géneros, narrativa y poesía, o en formatos como autobiografía y ensayo-ficción. Las propuestas y modelos de club son variados, abarcando diferentes frecuencias (semanal, quincenal, mensual) y temáticas (como el club específico de creación lírica), así como modos de participación (online o presencial). Los contenidos se diseñan aplicando aspectos relevantes a la creatividad literaria: estructuras narrativas, emulación de estilos, experimentación con voces narrativas, textos de “pie forzado”, creación de personajes, descripciones, dramaturgia y diálogos, géneros literarios, escritura introspectiva, además de profundizar en sintaxis, gramática y puntuación. Fruto de esta labor, cada participante elabora una serie de textos al final de su estancia en el club. Algo que quede.

Poesía



Eurídice Bracamonte

1)

Me busco y no me encuentro.
Josefina de La Torre

No me encuentro a mí misma
Y ahora voy como dormida a las tinieblas
no me encuentro porque me busqué una vez
y quedé derrotada fuera del mundo
encontrar el verbo
¿y si lo encontrado es un crimen donde también tú fuiste
arma en secreto?
no pienso buscarme más profundamente
sin vallar antes la cordura
dormiré mientras en la tiniebla.
no iré como dormida.
dormiré del todo en la tiniebla.

2)

Un paso y otro año para volver
al momento de la primera soledad
viaje húmedo
te lleva a las tinieblas seguras
a la vida sin luz
—¿Te reconoces? ¿Qué hay de aquella grasa que cubría
tu piel?

—Está en el blanco de mis ojos que ahora son amarillos
 —Abrías los dedos sin querer señalar nada porque no tenías idioma
 —Si tenía idioma
 —Demos vueltas sobre este tiempo que no quiere volver
 —¿Se opone a que volvamos?
 Se va hacia adelante y llega, circular, al agua tibia de aquellos tiempos
 —Demos vueltas
 Esperanza
 —¿Esperanza?, esa amiga tuya no nos visita
 Ven
 Vuelve a sentarte

3)

Nos ofrecieron ir a la Luna. Podríamos caminar hasta donde quisiéramos y explorar y tumbarnos en la superficie. No tendríamos hambre ni sed y podríamos volver en unas horas. Sin embargo algunos decidimos entrar al túnel del pasado. Yo volví con mi madre, en esa última hora antes de dormir, las dos en el universo de su cama, yo recostada a su lado sobre su pecho y ella fumando. Una reja sin pintar dividía nuestro mundo del patio abajo con enormes matas de mango. En ese patio una Virgen en una gruta miraba hacia nosotras con las dos manos juntas, suplicando, que se detuviera lo insano de nuestra casa, lo perverso, el secreto. El yeso del que estaba hecha la Virgen se parecía en los días de furia, al corazón del hijo que no mediaba para detener el río de injusticias de la historia. La Virgen, una mañana después de haberse humedecido en las semanas de lluvia, notó que parte de

ella se iba por la gruta, rocas abajo, hasta la tierra. No podía mirar hacia abajo, se reencontró con su hijo. Tierra, hijo, Dios, madre. Así quería yo encontrarme con mi madre. Cigarro, piel roja, risas, silencio. Los que fueron a la Luna volvieron a su vez maravillados, sin embargo la tristeza de plata también estaba en ellos. Cielo desde la Luna, ninguna Virgen ruega por ti.

4)

Estoy esperando.

Mientras subo el carro de la compra empujando mi espalda hacia adelante un hombre recién sale de un café al encuentro de una rosa. Se acercó para olerla. Soltó otra vez el tallo. Dos mujeres abrieron la puerta. Una de ellas con un vestido verde. Y la imagen de una ducha fría estaba aún allí, en los tres. Pasó un camión que reparte café al mayor para los negocios. Me detuve en un banco a descansar y pasó otra vez el camión o uno parecido. Desde el banco escucho que un conductor español en Holanda, arrolló a varias personas y mató a seis. ¿Será el que yo conozco? Será ese el conductor, marihuana y alcohol en una casa de campo. Pequeñas cacas de rata por donde yo debía pasar el trapo. Pelos en el sumidero del baño. Hongos en las almohadas. Será que una casa lleva a la terrible realidad de la casa de mi madre convertida en "un cochinerito" Como ella misma decía. Una casa para huir. Acomodo mis huesos a un colchón nuevo. E intento descansar del regreso.

5)

En el suelo habían higos aplastados pero no vi en el árbol ningún higo. ¿Se cayeron todos después de un vendaval? Una corona en el centro de un círculo. Un higo aplastado que no se puede comer sino por las hormigas. Una tarde de temor a las reacciones de la piel. Las lecturas de genes repetidos. La cucharita que se queda junto a la mano. Quiero conversar. Quiero amar más.

6)

A veces me gustaría tener una casa. Pero veo a mi amiga que pide el espejo grande. Quiere todo blanco. Espejo. Mientras llegué aquí a esta sala de espera (ella escogerá un frigorífico) el vestido amarillo con botones azules que mi madre había mandado a coser se mecía como se mecen los fantasmas. Íbamos a los toros. Mi padre y yo, teníamos entradas de prensa para palco. Yo tenía trece años y me quejaba de ese vestido, no quería usarlo. Me veo desde fuera. Mi madre embistiéndome con furia como un toro. Un manotazo tras otro hasta que logró que yo cediera. Mis hombros se volvieron encorvados. Fui derrotada a los toros. Triste. Palco de sombra. Entendí décadas después, era yo la que iba a los toros, ella se quedaba en casa, yo como la amante hija de mi padre. Su trofeo encorvado. Ninguna princesa. Tomó las dos orejas el torero, las balanceo de derecha a izquierda. Nadie pudo escuchar entonces. Las orejas cortadas de mi tiempo. Me veo desde los ojos de mi padre. Un golpe en la espalda y otro y otro y su no hacer. Mirando los toros desde la barrera. Pero qué defensa a quién, sangre en la arena, qué defensa, a picador

con traje. La sombra es verdad, nos hacía más placentero el momento. Los de enfrente, los de sol, también amaban, y odiaban y comían. Y bebían. Los de sol. Los miramos a lo lejos o nunca los miramos. Plaza de toros en el medio del pecho. Arena con sangre barrida por mi. Cuerno de la muerte.



José Domingo Gómez

FRÍO SILENCIO

Letras de luz, misterios encendidos.

Francisco de Quevedo

Letras de luz, misterios encendidos
retan al hado, oscuro escalofrío,
estrellas que se apagan con el tiempo
y duermen para siempre en un suspiro
bajo la cruel tiranía del sueño
fugaz y eterno, cual amor cautivo.
Al fin del tiempo nada cambiará
la oscura noche, el sol huirá vencido.

No la eternidad. Existe la luz,
calor radiante, ¡diosa!, viento amigo
que da la vida; mientras al acecho,
estrecha el cerco el espacio vacío.

Mudez gélida, reina en soledad,
cruel soledad del universo encino,
que tras el brillo, sombras, frías sombras
imperio oscuro y versos encendidos.

DUPONT DE PLATA

De aquel pueblo en cuyo río lavaban
mujeres, calles con fuentes de caño,
casas sin agua con luz de candiles
falsas aceras, caminos de barro,
huyó del tiempo futuro, maleta
de asas en mano, aquel hombre gallardo
hacia el país de precisos relojes.

Un pesar al partir lo apenó cuando
vio a su madre llorar tras un postigo.

Emigró de la España gris letargo.

Nariz chata, enorme ilusión, mirada
de espíritu libre, cabal y llano.
Vivo talante, digno de ese trance
cuando detrás quedó el furor pasado.
Sin papeles está prohibido entrar,
extranjero, tener debes contrato
en Relojes Tissot, suizo de lujo.

En Ginebra un géiser sale de un lago
y un jardín de flores marca las horas.

Te honran sus calles limpias paso a paso,
las nuestras se verán así un mañana:
patenas de cemento a flor de asfalto.

Con los años volvió, su vida ya hecha
recuerdos que daban para un buen rato.

Serena charla, siempre se termina
mojada en vino junto a los hermanos,

cuyo periplo más de uno imitó,
y un cigarrillo rubio en la otra mano

con ascua y fuego amigo del Dupont
de plata que me regaló un verano.

Llama en un puño y baile a pie de pista,
recuerdo añil, y en fin, dinero escaso.

Nunca decirle pude: ¡me quité!
Él debió suponer bueno el tabaco.

Nunca más la llama azul: ¡lo perdí!
mas iba a estar por siempre ardiendo en vano.

Aquel reloj marcaba la hora en punto.
Aquel ayer se fue con él, de plano.
Aquel contrato ansiado en la maleta.
Aquellas rues brillaban como un faro.

OVILLEJO

¿Con quién sueñas noche y día?

Con Lía.

¿Y si yo se lo dijera?

Espera...

¿Cómo pasa la jornada?

Sentada.

En el reino de su almohada

sueña callado el amante

en vez de echarse p'alante.

Y Lía espera sentada.

LUNERO

Planeta soleado en soledad,
llevas llaves, lluvias, llantos, llanuras,
surcas un espacio de oscuridad.
¡Diosa Gaia, cuida de tus criaturas!

Desde aquí puedo ver tu plenitud:
mar redondo y azul, noche bajo estrellas.
Puedo ver de los humanos las huellas,
erguidos caminan en multitud.

De nuestros ancestros fue y es el hogar
como también el pan de nuestros hijos.
Budas, medias lunas y crucifijos
moran allí, cada cual en su altar.

REGALOS

Antes que sus manos, su mirada profunda,
la serenidad del mundo.

Mi vida pequeña y dulce lejos de todos los regalos
de la compasión y la ironía.

Como un traje, el regalo más duradero del mundo real,
en el centro de mi vida, un manantial de sombras azules.

Del árbol, las ramitas del pájaro, todos los regalos,
las hojas, a veces las palabras, a veces
hasta la soledad profunda de las raíces.

Torrentes por la ladera,
para una flor de loto en la duna
de viento y niebla, y la tierra yerta.

Arriba, el sol, la luna, el cielo a lo lejos
abajo, unas lentes de contacto.

Pau Lorenzo

DESCOMPONE

Se extinguía como el fuego tu amor,
dándomelo ya en pequeñas raciones.
Tan lento como el otoño
se descompone.

No bastaron mis espadas y escudos
para vencer tus espinas y flores.
Tan pulcro como un cadáver
se descompone.

Se despedían siempre, cada tarde:
tu blusa, tu falda y tus tacones.
Tan frágil como un gorrión
se descompone.

Realmente nunca te importó marcharte,
dejar me mientras el amor se rompe.
Tan triste como un adiós
se descompone.

A DIARIO

A cada segundo, mueres.
¿Notas morir tus células?
¿Ves como el pelo decrece?
Mueres.
También a cada noche, vives.
En ese rubor alcohólico,
en el beso al salir del cine.
Vives.
Y en cada mañana, naces.
Si me miras melancólica
cuando acabas tú mis frases.
Naces.

AUTOLESIÓN

Tengo una herida
que no pretendo curar
por más que siempre me escueza
al tocar la orilla.

Guardo una herida
de hace tanto tanto tiempo
que si un día mi alma la cura
se queda vacía.

Cargo una herida
y la tallo cada mes
con un gran cuchillo gris
pintado en ceniza.

Yo soy la herida
de tinta seca azul musgo.
Soy tan dueño del dolor
como dios de esta mentira.

TORMENTA

Un día nos reunirá una gran tempestad
Tras la que no vendrá la calma.
Javier Krahe

Resultaba normal para nosotros
así que dejé de esquivar tus piedras.
Dejé de comprar paraguas.
Vivimos en la tormenta.
Y paré de invitarte al desayuno
y de agarrar tu mano entre la niebla.
Tú dejaste de cantarme
entre la cama y la puerta.
Yo me llevé el ábaco y la baraja,
te llevaste flores y madreselvas.
Luego me llevé las horas.
Tú te llevaste las velas.
Nos llevamos todo, no quedó nada,
Ni quedó el dolor, el rencor, la pena.
Te fuiste justo esa tarde
en que paró la tormenta.

LA CORONA GRIS

Yo soy triste, mi amor, y tú lo sabes.

Javier Egea

Yo soy triste, mi amor, y tú lo sabes.
Cargo una corona gris y pesada
de pensamientos viajando en bandada
que bebo por labor, como jarabes.
Siento dentro un temor, por si las aves
se marchan mañana, sin dejar nada,
ni un resquicio de mi vida pasada,
solo cajones y puertas sin llaves.
Prefiero que te ahorres tus sermones,
no quiero, mi amor, ni ungüento ni suero,
pues convertí en hogar estas prisiones.
Yo soy triste, mi amor, no es pasajero,
soy un enfermo que escribe en sus pulmones:
el día que viva sabré que muero.



Angélika Zenner

OCEÁNO

*¿Mira?,
¿qué finges?
¿qué te crees?
Hace ya mucho tiempo.
Mi corazón sigue aún roto.
Mi alma ni tan siquiera respira.
Mis dedos se crispan y se retuercen,
mis sentidos se enervan y estallan como bombas.
Desde el centro de mi universo se abre paso,
sigo sintiendo el rumor de las olas sin la espuma.
El agua inunda mi poros con la sal perdida.
Los náufragos me colonizan con sus anclas hundidas.
Corales de azulados sentidos arañan mis manos.
Estrellas de brazos partidos me agarran.
Me someto al océano vacío.
Floto en la inmensidad.
Navego sin sentido.
Me sumerjo.
¿Vivo?*



Bárbara Muñumer

MELANCÓLICOS LUNÁTICOS

Hay ojos que devoran
con una sola mirada.
Así me dijiste aquella noche oscura,
hace tanto tiempo.
Un candil en que relucen llamas,
amarillentas, rojizas.
Soles gemelos de oro
que se dilatan al calor de la carne
para enfriarse verdemente
ante la gélida luz de luna.

NEGRA MELANCOLÍA

En la encrucijada de los asteroides
rajé los vientres de las nebulosas coaguladas
para poder abrirme paso
hacia el pesado planeta Melos.
Melancólicos que no hallamos
el sentido orbital de las estrellas.
Borromini, Durero,
algún día,
algún día también yo,
dejaré de errar en el vacío cósmico
y mi conciencia descansará de este sueño
como polvo, cenizas, humo,
Nada.

ROJA MELANCOLÍA

El sol negro se vierte en las bilis
oscuras de los melancólicos
que esperan en habitaciones de hotel
como cabañas en un bosque de cemento.
Saturno, viejo lobo, ríe en su tic-tac
de filo de guadaña.

MELOS

Estrellas negras
se transparentan rotas
en tus párpados.

AFROXX

En mi último mar
los soles coagulados
sangran recuerdos.



Carmen Zea

ESPEJOS DEL AGUA

Sed y silencio me cercan
sed y silencio me espantan,
nudos de arrugas me surcan
y me oprimen la garganta.
Muero de sed y no entiendo,
cómo me ahoga el silencio.
Rota mi piel en mil trozos,
hace tiempo que no suena
alegre el tambor del llano.
Tampoco vienen cantando,
dando palmas los gitanos.
No ríe el agua en los ríos,
no oigo jugar a los niños,
tampoco cantan los pájaros.
Muero de sed y no entiendo
cómo me ahoga el silencio.
La luna ya no se mira
en los espejos de agua,
muertos los ríos,
secas las fuentes,
no canta ni baila el agua,
sed y silencio me asedian
sed y silencio me aguardan
y me oprimen la garganta.
Muero de sed y no entiendo
cómo me ahoga el silencio.
Los árboles no se mecen,

las ramas ya no se inclinan
para tocar la corriente,
aunque el viento las empuje
no hay nadie que las jalee.
Sólo el viento, aúlla solo,
Y no puedo hacerle el eco...
nudos de arrugas me surcan,
rota y seca la garganta.

Jean Louise Sanders

VOLVERÍA

Al recordar la noria, la feria,
las largas colas, y cómo
ardía el pavimento, me mareo
todavía. El ruido incesante

de la memoria, las heridas,
la rebeldía sin causa...
me impiden respirar. El coloso
del pasado me mata

por dos buenas razones:
no supe saborear la alegría, subirme en la noria;
y nombro el ayer en mi testamento.



Mariángeles de Rueda

GENOCIDIO

Amasijos de hormigón, de hierros, de vidrios. Montañas de dolor y desesperación.

Tristeza infinita en esa multitud de ojos, ojos sin edad, ojos infantiles.

Bocas hambrientas, bocas sedientas.

Oídos sordos por el inmenso ruido del silencio cómplice mundial. Oídos sordos por la brutalidad de unas bombas asesinas.

Manos grandes, maños pequeñas, unidas en una negra miseria, vacías de aire.

Sequedad de las almas muertas en deteriorados cuerpos supervivientes.



Teresa Costas

GERUNDIO VITAL

Desmenuzando sueños
Escalando quimeras
Sufriendo desengaños
Regalando bagatelas
Transformando nimiedades
Paladeando novelas.
Alimentando esperanzas
Interpretando razones
Saboreando felicidades
Calentando biberones
Asesinando mosquitos
Exprimiendo limones.
Imaginando relatos
Desperdiciando ocasiones
Intercambiando pañales
Soportando mil dolores
Admirando las estrellas
Acogotando temores.
Despidiendo a los amigos
Encontrando amigos nuevos
Cocinando viejos platos
Recordando a los abuelos.
Desbrozando cada día
La mente de malas hierbas
Así transcurre mi vida
En un gerundio perfecto
Y la tuya y la del otro,

Ningún asesino verbo
En un pispás chiquitito
Hasta que ya estemos muertos.

Prosa



Alberto Ramírez

LA HISTORIA DE UNA ESTRELLA

Se había convertido en viuda de numerosos hombres antes incluso de haberse casado. Ya había cumplido los veinticinco años y no se le vislumbraba un futuro muy halagüeño en el pueblo. Decisiones importantes tenía que tomar para deshacerse de la angustia que le atenazaba por dentro.

María Pilar siempre soñó con ser actriz. Poseía buena planta y lloraba mejor que Amparito Rivelles. Ella se consideraba mucho más guapa. Todo eso pensaba cada vez que iba al cine de la ciudad para admirar a su adorada diva. Cuando asistió al estreno de Malvaloca se imaginaba que era ella la que se enamoraba de Leonardo, la que le besaba y se enfrentaba al mundo para defender su relación. Maldecía no haber nacido en la capital. Sin embargo tuvo que nacer en un pueblo perdido de Las Merindades donde no llegaba ni el ómnibus. El camino se acababa en ese pueblo al igual que la esperanza de una vida extraordinaria. Sus únicos pasatiempos eran escuchar la radio y estudiar las revistas Estrellas o Fotogramas, que su padre le traía cada vez que volvía de la ciudad de hacer recados. Ella le encargaba las revistas y le daba algunas pesetas para ese fin, pesetas que ganaba usando sus capacidades en los velatorios a los que asistía para llorar a los muertos.

Había descubierto a una edad muy temprana su dote para la interpretación. Ya de niña usaba sus armas para embaucar a sus padres y conseguir lo que deseaba. También para chingar a su hermanito, el cual se dejaba hacer. Se aventuraba en la bodega del pueblo e inventaba historias

dramáticas para que los aldeanos le dieran algunos céntimos. Gracias a María Pilar la familia podían comer algo de carne con las lentejas que, si no, su madre cocinaría solo con agua y patatas.

La primera vez que asistió a un velatorio no iba con la intención de hacer un espectáculo. Sin embargo, la fallecida era su vecina Juana, a la que realmente le tenía mucho cariño. Cuando se puso frente al cadáver de la mujer, María Pilar sintió una pena profunda y verdadera. Primero comenzó a lloriquear con disimulo, pero pronto los sollozos se convirtieron en gemidos. Al ver que todos los asistentes la intentaban consolar y agasajar con cariños, se sintió protagonista. Así que decidió interpretar su mejor papel hasta el momento. Sus llantos y lamentos se oyeron en pueblo entero y en los colindantes. Esa noche durmió como si hubiera comido un banquete y despertó descansada y liberada.

Se corrió la voz de su actuación por toda la comarca. Gracias a los lagrimones que le salían de sus grandes ojos color avellana y a sus escandalosos gemidos, empezaron a convocarla a los entierros de los fallecidos de los pueblos aledaños. Ella tan solo tenía que imaginarse abandonada por Alfredo Mayo o por Rafael Durán para que sus ojos se volvieran cataratas. Visitó numerosos velorios de las aldeas de la comarca: Ahedo del Butrón, Oña, Los Altos, Medina del Pomar... Incluso la invitaron a Burgos al entierro de un conde. En cada uno de ellos le asignaban una paga con la que ayudaba a mantener a la familia. Era un trabajo bastante lucrativo pues se necesitaba una persona que manifestara la pena que sentían los familiares y que no exteriorizaban, porque en esos años no estaba bien visto eso de mostrar los sentimientos.

Aunque su labor consistía en mostrar pesar, María Pilar estaba feliz de darle uso a sus talentos y, además, cobrar por

ellos. No se consideraba una plañidera si no una verdadera actriz. Sin embargo, le pesaba que todos los hombres casaderos se cruzaran de acera cada vez que caminaba por las calles. La consideraban pájaro de mal agüero y nadie la invitaba a las verbenas. Tarareaba las canciones de la radio mientras ayudaba a su madre a remendar las ropas de la familia; canciones de mujeres enamoradas y sufriendoras de amor. Ella anhelaba ese sentimiento peliculero de amor idealizado y estaba decidida a conseguirlo.

Con gran amargura decidió marchar a la capital a cumplir su sueño de ser una actriz de cine. Era el año de 1947 cuando se marchó del pueblo rumbo a Madrid dejando atrás madre, padre, hermano, perro y gallinas.

Lo demás es Historia de España y hoy todo el mundo la conoce como Estrella Cairel.

BLUE MONKEY

Nos sentamos con nuestras cervezas en el poyete que hay frente al bar, sobre el río Darro. La noche de agosto es sofocante pero en esta zona de la ciudad corre una agradable y refrescante brisa y nos sentimos felices.

Mi amiga y yo llevábamos algunos días planeando la salida sin atrevernos a ello. Esta noche al fin nos envalentonamos y nos arreglamos para la ocasión. Ella ha tomado prestado un corsé ochentero negro del armario de mi madre y yo elijo mi camiseta preferida que disimula un poco mi barriga.

Entramos tímidos al “Al Pie de la Vela” pero los camareros y los clientes que nos cruzamos nos tratan con amabilidad y simpatía por lo que pronto sentimos que estamos en un lugar seguro. Pedimos dos cervezas y salimos a sentarnos al poyete, repleto de personas, sorteando los coches que pasan a centímetros de nosotros, a más velocidad de lo normal, como si quisieran atropellarnos. Pasamos el tiempo observando a la gente caminar arriba y abajo por la Carrera del Darro. Entre risas le ponemos el nombre de “el pase de modelos” a ese movimiento constante y fluido de personas que entran en el bar.

Un grupo de chicos, eufóricos y escandalosos, aparece un poco después. Nos atrae su forma de comportarse y quisiéramos conocerlos. Yo me siento cohibido pero mi amiga es más valiente. Los llama y se acercan a nosotros. Se muestran muy amigables, quizás al verse reflejados en nosotros cuando ellos eran inexpertos. Rápidamente se crea un ambiente de camaradería.

Veo varias veces a un compañero del instituto que se mueve con seguridad entre el bar y la calle. A pesar de no coincidir nunca en clases y de no haber hablado nunca in-

tuyo que me reconoce. No se parece nada al chico callado y solitario que veía las mañanas de diario, aquel al que mis compañeros de clase llamaban “maricón” a través de la ventana de mi clase en la segunda planta. Gritaban y se agachaban bajo la ventana para no ser descubiertos. Se reían de su atrevimiento pero eran unos cobardes. Yo también lo era. Nunca me atrevía a decir algo por vergüenza a descubrirme ante aquellos que llamaba amigos, amigos con los que lo único que tenía en común era la coincidencia de lugar y tiempo. Era un espectador invisible en segunda fila mientras envidiaba la confianza del chico a pesar de soportar los insultos de otros. Le llamaba “Blue Monkey” porque me recordaba al cantante de The Blow Monkeys, que cantaban “It Doesn’t Have to Be This Way”, con ese largo flequillo, negro y lacio que le cubría el ojo izquierdo y que se apartaba con un gesto que parecía expresar: “No me importáis una mierda”.

Pienso en mi compañero mientras mi amiga sigue charlando con el grupo de chicos y entonces regreso al presente. Me cuesta hablar con ellos porque llevo veinte años atemorizado y escondido. Ellos se expresan con tanta naturalidad que pronto empiezo a abrirme y contar cosas que no he contado antes, cosas que tenemos en común. Me pregunto cómo es posible que todo sea tan sencillo y confortable.

Entramos todos en el bar a beber más y bailar apasionadamente. Cuando suena “Being Boring” de Pet Shop Boys, uno de nuestros “nuevos amigos”, el más alto y el más guapo, se acerca lentamente a mí y me besa. Llevo años soñando con este momento y me parece que es la cosa más bonita que me ha pasado nunca. Sin embargo, me aparto de él. Tengo prejuicios por todos los comentarios y mofas que he escuchado desde pequeño. Él me deja espacio y me mira a los ojos con cariño y comprensión. Nos entendemos

sin hablar y volvemos a juntar nuestros labios. El chico del instituto me observa y atisbo una sonrisa en su rostro. Soy como él pero con diferentes tiempos.

Después caminaré por la Carrera del Darro junto a “Blue Monkey”, haciendo “el pase de modelos”. Él me llamará “Bowie” porque me habré dejado crecer un flequillo largo y rubio a juego con el suyo. Escucharemos que alguien nos gritará “Maricones” desde un coche y acelerará enfilando hacia el Paseo de los Tristes. Los dos nos miraremos y, entonces, con una sonrisa nos llevaremos la mano al pelo, sincronizados, apartando nuestros flequillos de la cara y entraremos en el bar.

Amador Aranda

EL CURIOSO INCIDENTE DE LOS HOMBRES TUMBAOS

**XXXVI edición del Certamen Literario de Cúllar Vega
(Ayto. Cúllar Vega)**

El 12 de marzo de 1950, Lázaro Rodríguez, natural de Alange, casado y padre de tres hijos varones, decidió —sin previo aviso— no levantarse más de su cama. No tenía ninguna enfermedad —o eso pensaron todos—, ni había sufrido un accidente en su trabajo como albañil. Simplemente comunicó a su mujer y a sus hijos que estaba cansado y que se quedaría “tumbao”.

La noticia, como era de suponer, cayó como un jarro de agua fría en la familia. Una desgracia que no esperaban y que, sin embargo, tendrían que afrontar de la manera más estoica posible: aguantándose. A partir de ahora y como bien sabían por otros “tumbaos” locales, Lázaro no se movería de su cama y su mujer sería la encargada de llevarle la comida, asearlo y cuidarlo.

Una vez que la noticia, —a pesar de Socorro, la mujer de Lázaro, que intentó ocultarla por todos los medios—, se supo en el pueblo de Alange, la familia quedó a la espera de que su padre se levantara en algún momento: esto podría durar años, o lustros, pudiera que décadas. Bien era conocida en el pueblo la frase “Tengo a mi marido tumbao”, como forma de incidir en la desgracia, pero no eran tan conocida la segunda, “Por fin se ha levantao”.

“Lázaro, levántate”, le había ordenado su mujer. “Que tienes al pueblo enterito hablando de ti. Cuidao con la

campaná tan grandísima que has dao ”. A lo que el bueno de Lázaro había respondido que no, que ya no se levantaba más de ahí. “Qué hablen, que hablen lo que quieran, que yo tengo derecho a quedarme tumbado como el que más. O no se quedó tumbado hace unos años Juan “Sin-sangre”, o “Venenos”, y el padre de Antoño “El empeños” que se tiró veinte años sin salir de la cama”, replicó Lázaro. “¿Y de qué vamos a vivir?, ¿del aire?”, había preguntado su mujer. A lo que Lázaro había respondido: “Ese problema ya no es mío, que yo ahora estoy en este estado”.

Desesperada y muy enfadada, Socorro se había puesto a limpiar la casa en busca de una solución. La solución vendrá sola, pensó, simplemente dejando la mente en blanco, relajada. Esa misma noche, y como marcaba la tradición en el pueblo, los vecinos y vecinas se acercarían a la casa para dar unas palabras de ánimo a la mujer del “tumbao”. Ellas, siempre ellas, habrían cocinado para la familia para así poder ofrecer al hombre un refrigerio en su cama; y ellos, ellos mirarían con envidia al “tumbao”, esperando que algún día también les llegara la buena suerte, o mala, de encontrarse en ese estado de buena esperanza.

Durante el primer día que Lázaro se mantuvo en cama no paró de pedirle cosas a su mujer. “Socorro, tráeme la radio, que me aburro; Socorro, una manta que tengo frío; Socorro, una copita de vino y un trocito de queso, que así no hay quién llegue al almuerzo; Socorro, creo que esta habitación va a haber que encalarla; Socorro, que te llama el niño, que le ayudes con los deberes; Socorro, aséame un poco antes de que vengan los vecinos, que quiero estar presentable; Socorro, que me meo; Socorro, que me cago.

Socorro no sabía qué hacer con su marido. No quería verlo más, ni dormir con él. Se acostó en la cama de uno

de sus hijos y durmió toda la noche pensando en una solución al conflicto, que por lo que parecía, se alargaría en el tiempo. Poco antes de dormirse, Socorro empezó a sentirse bien: quizás las ideas empezaban a asentarse en su cabeza, o puede que la realidad la estuviera empezando a calmar. Durmió profundamente hasta las nueve de la mañana, cuando la voz de su marido resonó por toda la casa.

—¡Socorro!, ¡Socorro!, ¿Dónde andas?, que tengo hambre.

Socorro no contestó a su marido, que siguió llamándola, más y más fuerte.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Tales fueron los gritos que varias vecinas, alarmadas por la llamada de auxilio, se acercaron para ver qué pasaba. Cuando llegaron pudieron comprobar cómo Socorro permanecía en la cama, haciendo caso omiso a los gritos de su marido.

—¡Socorro!, ¿no escuchas que tu marido te está llamando?— le comento su vecina Obdulia. Socorro abrió los ojos y observó a sus tres vecinas mirándola fijamente. Parecían tres fantasmas vestidas de negro.

—Sí, claro que lo estoy escuchando. Pero no puedo ir, es que yo me he levantado también “tumbada”, y no me puedo levantar. ¡Qué desgracia más grande estamos sufriendo!

Las tres vecinas rieron a carcajadas, sin dar crédito a las palabras de Socorro.

—Pero mujer, ¿cómo te vas a levantar “tumbada”! Eso es enfermedad de hombres, no de mujeres. Las mujeres tenemos tantas cosas que hacer, que no nos podemos permitirnos estas cosas.

—Pues a ver qué hacemos, porque yo me he levantado así, y así me voy a quedar.

Desde la otra habitación su marido escuchaba la conversación y se enteraba de la nueva realidad de su esposa.

—¡Socorro!, ¿quieres levantarte y traerme el desayuno y dejarte de tantas tonterías? Tú estás bien, esto lo estás haciendo para dejarme a mí en evidencia.

—Lázaro, levántate tú y tráeme a mí el desayuno, que tan enferma estoy yo como lo estás tú.

—Serás mala mujer. ¿Y qué hacemos con los niños y con el trabajo si estamos los dos así? ¿Eh, me quieres explicar?

—Pues alguna solución habrá que buscar, digo yo.

Las vecinas abandonaron la casa rápidamente, al darse cuenta de que el conflicto empezaba a tomar dimensiones desconocidas para ellas.

—Yo creo que lo mejor que podemos hacer —comunicó Socorro a su marido— es esperar a ver quién es el que tiene más necesidad de levantarse. Si alguno de los dos necesita hacerlo y puede hacerlo, seguramente será que no está tan enfermo como dice.

Socorro, que había planeado durante toda la noche el conflicto, había llenado su cama de comida y de agua, y había cogido un cuenco para orinar y defecar, si se diera el caso.

A las tres horas, su marido se levantó a desayunar y a fumarse un cigarro. Se aseó y se vistió y salió a la calle enfadado, dando un portazo, sin decirle nada a nadie. Cuando volvió Socorro se había levantado y ninguno de los dos habló del tema. La vida siguió como antes de que Lázaro se tumbara.

A día siguiente, Lázaro se levantó temprano para ir a trabajar. Amanecía y apenas escuchó ruido en las casas. Intrigado, miró descarado por la ventanas. Algo raro es-

taba pasando. El pueblo no se estaba levantando como de costumbre. Pudo ver desde la calle como dentro de las casas algunas mujeres se quedaban en casa, tumbadas como había hecho su mujer, tumbadas como durante años se habían quedado los hombres. Lázaro miró horrorizado la escena. Algo estaba cambiando. Los hombres ya no iban a poder levantarse tumbados. Lázaro pensó que la revolución había empezado en el pueblo. Una revolución que igualaba a los hombres y a las mujeres.



Angelika Zenner

ESPERANZA

*Ella fue a nacer
En una fría sala de hospital
Cuando vio la luz
Su frente se quebró como cristal...*

Jueves, quince de septiembre de 1994

—La luz en esta época del año es distinta —comentó Ana mientras sacaba la crema del sol del enorme bolso de flores que solía llevar a la playa—. Parece como si la luz del sol se entristeciera...

—¡Qué cosas tienes! Es la misma luz que hace quince días, deja de sacarle el matiz romántico a todo lo que nos rodea ¡vuelve a la realidad, mujer! —Antonio respondió a la vez que, irremediabilmente, se perdía en la profundidad de los ojos azules de ella.

La arena suave acariciaba sus pies, el sol no quemaba y la playa relucía con los intensos colores del atardecer. A pocos metros de ellos, otra familia ordenaba la sombrilla en un intento vano de recoger para volver a casa. El alboroto de gritos y reprimendas rompía la tranquilidad natural de las horas en las que el sol se aproxima al horizonte. Los niños con sus peleas y juegos hacían la tarea de los padres más difícil y los gritos iban en aumento.

Antonio miró a Ana, en su tripa incipiente dormía la que sería su motivo de algarabía en pocos meses.

—Este tiempo de espera se me está haciendo eterno, qué poco nos queda para disfrutar de esta paz —le dijo a su mujer mientras seguía mirando la patulea de niños y cubos de playa de la sombrilla de al lado.

Jueves, quince de septiembre de 2022

Hace frío, el tiempo no acompaña y las nubes, cada vez más grises, cubren el cielo. Siento escalofríos por mi espalda y esta ligera brisa no ayuda a calentar mi cuerpo. Aquí estoy, de nuevo en la misma fecha y en el mismo lugar. Desde hace 28 años repetimos el mismo ritual. Sombrilla, sillas, cubos y palas, esterillas y una pesadumbre oscura en mi corazón para celebrar el aniversario de Esperanza. Sí, Esperanza. No tuvo una idea mejor que pedir que se llamara así. Su romanticismo me va a perseguir hasta el fin de mis días, y también a ella.

El empeño de quedarnos hasta que el sol se fundiera con el mar hizo que pilláramos el atasco a la entrada de la nacional. No me contó que se encontraba mal desde el mediodía y cuando se desmayó dentro del coche mi maldito escalofrío me advirtió de que algo malo me iba a pasar. Después sólo recuerdo un intenso dolor de pecho, unos gritos que no parecían humanos y un aire pesado que se negaba a circular en la sala donde esperaba impaciente contando los minutos.

El tiempo parecía una espiral que me iba absorbiendo en su movimiento acelerado, hasta que un ser vestido de verde me tocó el hombro y yo le seguí. Podía haber seguido a cualquiera que viniera a romper mi hechizo.

Y allí la vi, tumbada con la piel pálida y reluciente por el sudor, me recordó a la bella durmiente. A su lado un pequeño bulto gimoteaba quedamente como si fuera un gatito buscando a su madre. A mí no me prepararon para lo que me iba a encontrar, sufrí la crueldad de los cambios de turno y la miseria de las guardias de 48 horas.

La llamé por su nombre mientras acariciaba su mano. Y el bulto seguía gimoteando. Volví a llamarla y la besé, sus labios fríos hicieron que de repente saliera de mi pesadilla para meterme de pleno en la suya.

Y aquí estoy hoy, 28 años después, sin ella pero con Esperanza. Mi Esperanza se quebró como la canción y sólo me habla con los ojos. Mi Esperanza, no comprende este mundo y solo es feliz en el mar. Mi Esperanza...

El color gris del cielo no le quita belleza al mar. Despacio voy extendiendo la crema en la espalda de Esperanza hasta dejarla blanca y pringosa. Miro sus ojos azules y me piden que la lleve al agua.

Poco a poco vamos entrando en el mar, el agua está tan cristalina que podemos ver las pequeñas piedras en el fondo. Le señalo el horizonte, hoy parece que se funde con el cielo. Nos vamos a adentrar más en el agua, ahora podemos ver peces nadando a nuestro alrededor, la miro a los ojos y me responden sonriendo.

Sólo un poquito más Esperanza, un poco más adentro y podremos ver algas, esponjas, estrellas de mar...

Un poco más Esperanza...

EL REY DEL INVERNADERO

El atardecer se llenaba de tolveneras nacidas al paso de los grandes carros de combate que a esa hora iniciaban su repliegue hacia posiciones más seguras, mientras en las primeras líneas de fuego aún resonaban los ecos de explosiones y gritos acompasados con el dolor y el sufrimiento.

La atmósfera se había llenado de inquietud y de tristeza, se había aliñado con los colores anaranjados del crepúsculo y se precipitaba a una noche negra privada de la luna.

Desde la ventana, la pequeña Alicia contemplaba ese panorama sin llegar a comprender el porqué de esa injusta guerra. A sus enormes ojos castaños se asomaban imágenes tan difíciles de explicar para ella como para cualquier adulto de su época. Un apocalipsis anunciado y temido, trompetas de muerte asolaban a la población que a toda costa intentaba sobrevivir alegrando con rojos pascueros el interior de sus casas.

Era difícil llamar Navidad a los días que estaban viviendo, era difícil cantar villancicos cuando la única música que se oía eran los estallidos día y noche, era difícil sobrevivir pero todas las casas tenían su flor de Navidad. En un pequeño invernadero de las afueras de la ciudad el padre de Alicia seguía cultivando sus plantas, era complicado en esta época en que la ilusión por las flores y las macetas se había desvanecido a la vez que la paz y la armonía. Debajo de los cristales que aún aguantaban tras los bombardeos, una selva de encarnadas hojas relucían con el brillante color navideño. Un parche de color entre las marañas grises de los absurdos combates.

Alicia alternaba su posición en la ventana con el refugio carmesí, pasaba las horas perdida en su memoria

infantil anterior a la guerra. Aquella tarde, mientras se distraía hablando a las plantas, vio a un nuevo compañero de refugio que se deslizaba lentamente por el suelo. Su pequeño cuerpo se estiraba y encogía con una cadencia lenta y majestuosa. Parecía el rey del invernadero envuelto en su regia concha, seguido de un rastro brillante. La tarde entera pasó observándolo mientras su nuevo amigo se paseaba entre las plantas. Alicia regresó al día siguiente con la curiosidad de descubrir en qué nuevo rincón se había escondido el caracol para pasar la noche. Así transcurrieron los fríos días de Adviento. En la mañana de Navidad el padre de Alicia se levantó temprano, quería reavivar el eterno fuego de la chimenea antes de despertar a su hija. Extrañado, al no verla en la cama ni junto al Árbol, fue hasta el invernadero. El oasis de paz lo envolvió con su temperatura cálida, allí se encontraba ella dormida al refugio de su pequeña selva.

Con cariño le acarició sus oscuros cabellos y arropó su cuerpo con la bata que tenía puesta. Lentamente los ojos de Alicia se abrieron llenos de alegría infantil, su sonrisa iluminó la habitación dando luz a esa oscura mañana de Navidad.

—¡¡¡Papá, Feliz Navidad!! —exclamó Alicia con alborozo.

—Sí, hija, Feliz Navidad pero ¿qué haces aquí durmiendo con este frío?

Alicia sonrió con la picardía que sólo aquellos que tienen aún sus almas puras pueden lucir, y muy despacio se giró para enseñarle a su padre su gran tesoro.

—Mira, aquí te presento al Rey del Invernadero.

El caracol pareció que se daba cuenta de su momento de protagonismo y orgullosamente desenrolló sus cuernos como en la canción popular. El pequeño animal ob-

servaba fijamente a ambos humanos mientras estos se centraban en su pequeña presencia.

—Bonito caracol, Alicia, es bastante grande y parece muy saludable.

—Es mi amigo, Papá. Llevo ya varias semanas con él y pasamos muchos ratos juntos. Pero la verdad es que tengo una pregunta: ¿por qué deja ese rastro brillante cuando camina? Es un poco asqueroso —dijo riéndose.

—Alicia, hija, tú y tus preguntas —dijo mientras le volvía a acariciar la cara—. Verás, la razón es muy simple —le dijo mientras se acariciaba pensativo la espesa barba canosa.

—Los caracoles son unos de los animales más importantes del mundo. Son pequeños, casi pasan desapercibidos, pero sus tentáculos están siempre alerta. Sus diminutos ojos detectan la maldad, el odio, las malas acciones y cuando las cosas empeoran, y el equilibrio entre el bien y el mal se pierde, ellos se despiertan y salen de sus conchas. Una vez fuera, con sus babas, o su rastro brillante como lo llamas tú, van limpiando y reparando todos los problemas. Borran esos malos sentimientos y las malas acciones, por eso son tan lentos. Tienen tanto que arreglar, tanto que reparar y curar que necesitan su andar parsimonioso para volver el mundo de nuevo en calma y armonía.

—Papá, entonces ahora con la guerra ¿tendrán mucho trabajo, verdad?....

Mientras, el eco de las bombas y las explosiones volvieron a resonar de nuevo en la mañana de Navidad.

Arantxa Urbietta

DOMINGO DE COMUNIÓN

Toda la familia de mi padre está reunida en la puerta del caserío, excepto el eterno ausente, mi abuelo Martín que, aunque no aparece, está presente en la cara invadida por la tristeza de ojos verdes, de mi abuela Gregoria, eterna madre, dos veces viuda, de cinco hijos en un lluvioso País Vasco arrasado por la cartilla de racionamiento. Está presente en la seriedad del protagonista. A mi padre nunca le gustó que le hicieran fotos y creo que su mala relación con este arte comenzó este día, el de su Primera Comunión. Serio, introspectivo, distante, no le apetece demasiado su traje de Comunión heredado, que ya ha pasado por los tres hermanos mayores y otros tantos primos de Bedayo. Lleva unas gafas de pasta negras, pantalón bombacho y zapatos brillantes. Un guante blanco colocado en la mano izquierda, la mano enguantada sujeta un Misal y la mano desnuda; el otro guante, el deshabitado, cae sobre sus rodillas separadas en uve. Luce un orgulloso pañuelo blanco planchado en el bolsillo de su chaqueta y un lazo en la manga derecha, que le identifica como homenajeador.

Todos los adultos están vestidos de luto, los hombres con txapela, también negra. Mi abuela Gregoria, entre mi padre y mi tío Joaquín, que son los pequeños de la casa, con el pelo recogido en un moño, tiene las manos de una gigante, que tuvo a mi padre en el manzanal y cuando el parto terminó continuó recogiendo la fruta. En segunda fila mi tío Paco, con su ceguera visible y su acordeón y el tío Manuel, detrás, esperando. Tan sólo la tía Luisa sonrío

feliz, es la mayor de los cinco hermanos, ya se ha casado y tiene una niña que mira descarada a la cámara, con dos coletas y un vestido con cuello bebé. Son años en sepia, de trabajo duro y hambre, de alubias rojas de lunes a sábado y blancas los domingo de Comunión.

UN HOMBRE EDUCADO

Esa mañana lluviosa y gris le recordó que era primer lunes de mes y los primeros lunes de mes, Eduardo, con un traje impecable, salía de su piso, en el número 23 de la calle Serrano, para dirigirse a las oficinas del Banco de Castilla, a pocos pasos de su casa. Como todos los primeros lunes de mes, tenía cita con el director para ver el estado de sus finanzas y poner sus números al día. Paró antes en “El Comercial”, pidió su chocolate con churros y conversó con otros caballeros que por allí encontró. Observó las gotas de una lluvia triste y suave que se deslizaban por los ventanales del café y tras tomar su taza de cacao, la idea, que le rondaba la cabeza desde la noche anterior, se apoderó de él, de modo radical. De su carpeta de piel marrón sacó un folio y escribió la nota.

“Virtudes, no puedo vivir más tiempo sin ti”.

En ese momento, desde el ventanal de “El Comercial” observó como un automóvil atropellaba a un caballero, vestido con elegancia y que portaba una carpeta de piel marrón. Salió despavorido de la cafetería, para socorrer al hombre que yacía en el pavimento, con una enorme herida en el costado y dificultad para respirar.

Eduardo Hinojosa de La Dehesa y Albandoz, de mediana edad, soltero y metódico, vivía solo desde que sus padres fallecieron. Formó pareja con Hamlet, un perro de aguas, que su hermana Jimena le regaló hace cuatro años y fue educado, desde que nació, para administrar un inmenso patrimonio familiar.

Eduardo en realidad deseaba ser actor de teatro y

subir a un escenario y representar a Shakespeare y recibir el aplauso del público. No se atrevió ni a plantearlo. Eduardo también estuvo enamorado, muy enamorado, enamoradoísimo de Virtudes Hernández, hija mayor de la confitería “La Deseada” y cuando con veintisiete años, se le ocurrió al muchacho plantear su intención de contraer nupcias con la confitera, su familia se lo impidió. “¿Cómo nos vas a dar ese disgusto? Esa chica solo es la hija del pastelero” y, adiestrado como estaba para no disgustar a sus padres, decidió que su noviazgo con Virtudes Hernández debía terminar para no destrozar a su familia y así zanjó su relación con “La Deseada” y olvidó en un cajón su vida personal. Desde entonces se centró en su familia, los negocios y en Hamlet, sin olvidar ni un segundo a su dulce Virtudes.

Esa lluviosa mañana de noviembre, los testigos del accidente escucharon a Virtudes Hernández, que todas las mañanas se dirigía a esa misma hora a “La Deseada”. Gritó pidiendo auxilio, empapada por la lluvia, abrazaba al hombre que yacía en el suelo, muerto a consecuencia del accidente, con una enorme herida en el costado y una nota en la mano que decía;

“Virtudes, no puedo vivir más tiempo sin ti”.

Ascen Ferrón

LA TOQUILLA BLANCA

AGOSTO 2023

Las pedregosas calles están húmedas todavía, entre los recovecos de sus piedras serpentean hilos de agua que refrescan una calurosa tarde de verano. Los banderines, que penden de cuerdas colocadas de una fachada a otra, se agitan sinuosamente y lo hacen en silencio al igual que mis pensamientos que, hoy, son una maraña de recuerdos. Una maraña de lana tejida en mi cabeza, una maraña de nudos entrelazados, una maraña que tengo que deshacer y darle forma al igual que hacía mi abuela Josefa. Con paso lento recorro las calles, las recorro mientras más de setecientos retratos en láminas de chapa, adosados a las fachadas de las casas me observan, rostros que han hecho famoso al pueblo donde nacieron mis antepasados. Sus rostros, arrogantes algunos, humildes otros y todos impertérritos, me escudriñan desde la sabiduría que da el paso del tiempo. Mi silencio interno se interrumpe con un susurro imaginario, el susurro de las hilanderas que tejen y comentan chascarrillos del pueblo, que comentan chascarrillos mientras tejen rodeadas por entramados de madera y flores de colores. Y entre esos susurros danza la voz de mi abuela.

AÑOS 40

Josefa hoy no llora. Es primavera, fecha en la que se esquilan las ovejas en la comarca de la Sierra de Francia. La mayor parte de la lana se vende a los viajeros y con el resto, las mujeres, fabrican colchones para la familia y prendas de abrigo para los días de frío. Por las mañanas las albercas del pueblo se rodean de vecinas que lavan la lana para después cardarla y quitarle los nudos. En una tabla de madera con puntas de alambre ponen la lana. Sujetan los vellones, mechón a mechón, con una especie de horquilla de madera en una mano y con la otra, enrollan el hilo. Alrededor de los corros de mujeres los niños juegan a las canicas algunos y otros juegan al trompo y la peonza mientras las niñas se entretienen en adornar, con restos de hilo, sus muñecas de trapo. Josefa, cuando la niña llora, deja de hilar para mecer el capazo de paja donde su hija reposa. Cuando las revoltosas nubes se tiñen de color rosa y la brisa juguetona bambolea los hilos de lana, madre e hija se adentran en la casa para que los muros de piedra cobijen sus sueños. En la soledad que tiñe de negro su viudez, Josefa teje una toquilla blanca.

AGOSTO 2023

El susurro de las hilanderas enmudece por el sonido de los tambores que, al caer el sol, recorre el pueblo. Los banderines que cuelgan en las calles parecen cosquillear a los retratos de los vecinos que están, de los que se quedaron y de los que se fueron, y todos ellos sonríen al pasar la procesión de la Virgen de las Nieves. La congoja me cimbrea en las entrañas que se retuercen por no cumplir una promesa, una promesa que hice a mi madre en su

lecho de muerte; no vendería la casa de mi abuela Josefa. Mañana entrego las llaves a sus nuevos moradores que barrerán todos mis recuerdos y crearán los suyos propios. Los sueños que mi abuela Josefa durante su vida hiló y los nudos de su tristeza que entre lágrimas desenredó, se esfumarán a las nubes donde se refugian los sueños perdidos. Antes de que eso suceda, paseo por cada rincón de esas paredes de piedra, acaricio las raídas telas que protegen a los muebles del araño del tiempo y abro el viejo baúl que me mira de soslayo, como quien mira a un traidor. Al abrirlo ruge, un quejido emerge de sus entrañas, un quejido que me arroja embadurnada de olor a alcanfor una vieja toquilla blanca.

A VECES

A veces tengo miedo.

Es un miedo que me tapa la boca, se me agarra a la garganta y, con sus garras, me revuelve las entrañas.

Es un miedo que vomita imágenes lentas, sosegadas y que tienen su propio aroma. Son imágenes de la niñez, recuerdos puros y limpios como debería ser el olor de la infancia.

A veces la veo a ella delante de su comodín y frente al espejo, se atusa el pelo y le da un último retoque. Sobre la piedra de mármol del mueble está siempre el frasco de colonia. Gira el tapón, abre el bote y lo huele antes de ponerse unas gotas detrás de las orejas. Su expresión es de placer, deja claro que disfruta con ese aroma. Yo le digo que quiero olerlo, me lo acerca a la nariz mientras lo sujeta con cuidado. Me gusta cómo huele a rosas y a nardos

recién cortados. La habitación se viste de flores que embadurnan y aromatizan mi recuerdo. El recuerdo del olor almibarado de mi madre.

A veces lo veo a él, está en el cuarto de baño, viste una camiseta blanca de tirantes. Sobre un hombro tiene una toalla. Tiene enjabonada la cara y con una cuchilla de afeitar se aparta el jabón con cuidado. Agacha la cabeza sobre el lavabo y se enjuaga la piel con agua. Se seca con la toalla y vierte un chorreón de colonia en las manos. Gotea el líquido y el resto lo esparce con fuerza sobre la cara. Yo, desde mi poca altura, lo contemplo apoyada en la puerta. Un olor fresco, un olor denso, un olor a cedro y a lavanda inunda mi sentido. Me acerco a él para olisquearlo mejor, para aspirarlo y llenarme con su aroma que se convierte en mi recuerdo. El recuerdo del olor a fuerza de mi padre.

A veces veo a la niña, de mirada triste y mofletes, siempre rodeada de personas mayores. Tiene el pelo recogido en dos coletas y juega con muñecas porque no hay niños con quienes jugar. Habla sola porque así se entretiene. Huele a barra de labios que le ha quitado a su madre, a rosas y a nardos y a laca que se ha echado en el pelo porque quiere ser mayor. Es un recuerdo con olor a bollo de leche y chocolate, un olor que quiero abrazar porque esa niña soy yo. El recuerdo del olor de mi niñez.

A veces veo mi casa que, cuando el calor arrecia, descansa entre penumbras. Las persianas de madera verde se bajan y, para que entre algo de aire, se pasan por detrás de los balcones. A media mañana se huele el sonido de la cocina. Es verano y huele a pimientos. Son verdes, brillantes y retorcidos. Huelen a recién recogidos de la tierra, huelen a campo bien abonado, huelen a pueblo. Me gusta entrar a la cocina, en el poyo hay un lebrillo lleno de to-

mates rojos y verdes. Su olor se mezcla con el de la cebolla que se pocha en la sartén llena de aceite de oliva. Qué hay de comida hoy pregunto; tortilla de patatas y pipirrana me responde mi madre. Es el recuerdo del olor a verano de mi casa.

A veces veo el patio, está al fondo de la cocina y lleno de macetas. En las cuerdas, colocadas de extremo a extremo, hay ropa blanca tendida. Huele a lejía y a jabón lagar-to. Huele a ropa recién lavada y restregada en la pila; ropa que chorrea agua sobre unas losetas rojas con aroma a barro. Al caer la tarde, riego las macetas con una regadera de plástico que me han comprado. Es entonces cuando los geranios esparcen su olor terroso y tímido mientras el jazmín despliega su sutileza y embriaga el aire. Es el recuerdo del olor de mi patio.

Los recuerdos huelen al aroma de mi infancia. Inspiro para retenerlo, para que se me adhiera a la piel y me perfume el alma.

A veces tengo miedo a perder mis recuerdos.

A veces tengo miedo a perder sus olores.

A veces tengo miedo a perderme yo.

EL ECLIPSE DE SOL

Sebastián vive en Santisteban del Puerto, a los pies de Sierra Morena.

Sus padres le dejaron en herencia un solar a las afueras del pueblo, una tierra soleada donde Sebastián, con sangre y sudor, construyó una caseta. Siempre al amanecer el joven enfilaba el sendero con su burro Silverio. Se escuchaba el siseo de los sauces que serpenteaban el

río y, a ratos, las coplas que Sebastián había aprendido de niño. El joven llenaba los serones, que el animal llevaba a ambos lados, de víveres y al llegar al solar abría, en el solsticio de verano, un quitasol de lona andrajosa bajo el que Sebastián pasaba las horas.

Seguramente, comentaban los paisanos con sorna, que al niño Sebastián se le había secado la sesera y es que mientras los demás críos jugaban, él se sentaba en cualquier resquicio de una solana. El niño Sebastián soñaba que se acercaba sigilosamente al sol, lo tocaba sin abrasarse y que con un suspiro suave del astro se convertía en un superhéroe. Soñaba que, desde ese momento, en el pueblo todos los niños lo respetaban y lo saludaban y ya nadie hablaba de su seca sesera.

Sebastián y su burro Silverio iban cada día al terreno. Un día el sol se oscureció. Una sombra oscura se interpuso entre el sol y los ojos de Sebastián que con asombro y estupor lo miraban. El burro Silverio siesteaba ajeno a la desolación que dominó a Sebastián porque se había usurpado la silueta y el resplandor del sol.

Silverio ya no recorre el sendero ni se oyen las coplas que Sebastián, al son del vaivén de los sauces, canturreaba. La caseta está devastada por el paso del tiempo y del quitasol sólo quedan unos cuantos jirones desgarrados.

Sebastián ha cumplido sesenta y seis años, tiene la piel asolada y reseca como la tierra tostada del Sur. Cada día busca las recachas, se sienta y deja pasar las horas de sol. Sus paisanos comentan que su carácter se ha ensombrecido desde que el eclipse lo cegó.

Bárbara Muñumer

LA MELANCOLÍA ROJA

Aquella tarde, mientras paseaba por las calles húmedas de Salamanca, recordaba el extraño suceso que me había ocurrido al despertar: un rosal había brotado de las baldosas de mármol de mi habitación. Sus ramas espinosas se habían enroscado en el cabecero de mi cama y rosas rojas, suaves como las plumas de un cisne, me acariciaban la frente. Su aroma era embriagador.

Además, hacía más de una década que se me repetía el mismo personaje en sueños. Era un hombre alto y delgado que vestía de negro. Recordé sus ojos amarillos, que brillaban como monedas al sol sobre su tez aceitunada. Me llevaba a un jardín onírico en el que había un manzano en el centro. En su tronco se enroscaba un rosal igual que el que había brotado en mi habitación.

Salí de mi ensoñación y me detuve frente al Tormes para apoyarme en el puente de piedra. Miré el atardecer rosado y contemplé el arco iris, pentagrama mudo surcado por unos cuervos. Aspiré el aroma de las calles mojadas. Casi desiertas. Después, sentí una presencia tras de mí, un hálito de viento o quizá el aroma de los crisantemos. Me di la vuelta.

—Hola, Bárbara. —Una voz muy suave me acarició.

Yo me quedé mirándolo. No podía ser. Me tomó la mano izquierda y posó un beso de aire. Su piel estaba muy fría. Yo seguía sin poder pronunciar palabra.

—Sí. Soy el hombre de tus sueños. —Una leve sonrisa—. Llámame Hades, aunque tengo muchos nombres.

No podía hablar. Él continuó:

—Cariño, en este mundo las fieras hablan. Nada más mágico que eso.

—Al fin... ¿Por fin he muerto? —logré articular.

—Siento decepcionarte. —Sonrió—. Por cierto, ¿te ha gustado mi regalo?

—¿El rosal?

Sus ojos amarillos refulgieron y varios mechones negros le cayeron sobre la frente.

—*Eres mi rosa sin por qué.* Sabía que te gustaría, pero he venido porque quiero pedirte algo que ya me pertenece.

—¿Un pacto?

—Más o menos. ¿Paseamos?

—¿Qué quieres de mí?

No respondió. Me ofreció su brazo derecho y yo lo acepté. Subimos la calle que nos dirigía al centro. Por el camino, contemplé la fachada pétrea de la catedral.

—¿A dónde vamos?

—El hombre de tus sueños te lleva al edénico jardín de tus sueños.

Yo sonreí con los ojos. Las farolas se encendieron y la atmósfera se sumergió en el oro salmantino. El ultramar del cielo se pronunció y las primeras estrellas comenzaron a titilar. Me di cuenta de que habíamos tomado rumbo a la Cueva del Diablo. Era un edificio forjado con la piedra dorada de Villamayor; un cubículo del que sobresalía un arco. En el centro del mismo se encontraba la puerta negra de la cueva. Hades me miró. Clavó sus ojos amarillos en mí y se detuvo.

—No puedo obligarte antes de cruzar este umbral. Ahora mismo puedes irte. Después, no tendrás opción y habrás que darme lo que te pido.

—Curiosidad.

—Bien. —Sacó un llavín negro de los pliegues de su chaqueta. Lo introdujo en la cerradura. La puerta dejó de resistirse y comenzó a chirriar. Hades me tomó la mano izquierda para que pasara.

Me maravillé: un aroma embriagador extasió mis sentidos al entrar. No se trataba de ninguna cueva mohosa, húmeda ni oscura. Nos encontrábamos en el jardín de mis sueños: la hierba olía a mojado y una brisa suave nos

acariciaba. La bóveda del cielo era una noche bañada en un vino violeta. La Vía Láctea y sus estrellas cuajaban el cosmos. En el jardín, los crisantemos exhalaban su perfume al lado de un pequeño estanque verde, cerca de una mesa y unas bancadas de mármol: una frente a la otra. En el centro se situaba un manzano cargado de frutos sonrientes a la mirada; un rosal serpenteaba por su tronco. Aquello era la Citera de Watteau. Sólo faltaba algún torso fragmentado de Deméter, aunque deduje que esa diosa era antónima de todo aquello.

Hades me soltó la mano para indicarme que me sentara frente a él, en la mesa de piedra. Observé que parecía mármol rosado, aunque no se notaba con la atmósfera azulada que nos envolvía.

—Qué hermoso es este lugar —suspiré.

—La belleza es divina. La Melancolía también es bella.

—Los melancólicos somos Hijos de Saturno, Hades.

—Supongo que mi Hermana no entiende estas cosas.

—Tu Hermana no entiende nada —aseveré—. Se afana en la violencia ciega de la supervivencia y ciegos están los que tanto la aman. Absurda y efímera.

—Y, no obstante, tu cuerpo de carne es su esclavo. Hasta tu mente está enraizada en lo natural, cariño.

—Es condición humana estar enclavada en la carne. Es lo único que soy. —Aparté la mirada hacia el árbol. Sus ramas estaban bañadas en la brisa violeta; en su aroma dulce.

—Por cierto —me susurró—, no toques las manzanas.

—¿Otra vez? Te recuerdo que no me llamo Eva. No sé quién inspira más desprecio: si la sumisa que cayó en la trampa o quien se la tendió. Yo hubiera quemado el árbol con serpiente y Adán incluidos.

Hades rió.

—No es por eso. Están podridas en su interior. Gusanos y cenizas a pesar de su buen aspecto. Forma parte de la superficialidad de lo bello. Ya sabes que todo lo que roza el Tiempo es mortal.

—¿Todo son ilusiones? ¿Tú también?

—Yo, cariño, soy la única realidad de este mundo.

—Ya... Es todo tan increíble... Platón tenía razón: los colores ni siquiera existen. Me pregunto cómo será el mundo sin el engaño de los sentidos. —Escuché el rumor del estanque—. ¿A qué he venido?

—Sé que llevas más de una década enamorada de mí —dijo, directo como una guadaña.

Yo inspiré lentamente y me clavé en sus ojos. Refulgían como candiles en la noche. Después, dirigí mi vista hacia la Vía Láctea. Me recordó a la Noche estrellada de Van Gogh.

—¿Sabes que eres una de las pocas personas que odian a mi Hermana? Es contranatural —continuó.

—El amor es la máscara del sexo. Las leyes naturales son frías. Todo es demasiado simple.

—¿Qué se siente al tener madre y padre, cariño?

—Que dos pedazos de carne se aparearon para crear otro pedazo de carne.

—Me gusta que seas tan descarnada. —Lo descubrí con una jarra y un par de copas de oro. Vertió un líquido rojo, opaco—. Vino. Para celebrar tu amor por mí.

—¿No será vino de granadas?

—Sí, pero tú me prefieres a mí —sonrió. Después, volvió a ponerse serio—. No he venido a por tu alma. Murió. ¿Cuál fue la causa?

—No he venido a por tu alma. Murió. ¿Cuál fue la causa?

—Un lobo.

—¿Un lobo?

—Un lobo formado por letras. Me devoró a dentelladas.

—El precio de la sabiduría es la felicidad. Muy caro. ¿Qué libro fue?

Lo miré a los ojos. Él insistió.

—¿Qué te provocó?

Un minuto más tarde, respondí.

—El despertar: tomar conciencia de mi condición humana y mi prisión carnal. Y enamorarme de ti.

—¿Es que no me temes?

—Sí, pero más le temo a Ella. Cada día la soporto menos.

—Ya, sois las marionetas de mi Hermana, hechas para la tierra y la vida. Sus reglas animales son decepcionantes.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Hades?

Él sorbió un poco de vino y yo le imité. Sabía dulce, a granada, con un toque suave a dátíl.

—Tu corazón.

Una brisa ligera agitó las ramas del manzano. Parecía susurrar bajo la luz macilenta de la luna estática que decoraba el cielo.

—¿Por qué lo quieres?

—Te has enamorado de mí. Me pertenece.

—¿Y si me niego?

—Yo, Bárbara, soy tu único destino. —Los ojos de Hades eran un par de llamas amarillas sobre mi rostro. Sacó una daga de plata de su chaqueta. Brilló un instante. Me fijé en la empuñadura, en la que se grababa una serpiente enroscada.

—¿De ningún modo puedo negarme?

—A pesar de lo que digan, y disculpa mi falta de modestia, soy yo el Rey sobre todo.

Asentí. Me levanté para desabrocharme el abrigo y dos botones de la camisa. Él también se levantó y se acercó a mí. Me agarró por la cintura y apoyó la hoja cerca de mi esternón. Estaba helada. Levanté la vista. ¿Melancolía en sus ojos?

—Será limpio y rápido, pero te dolerá. —Yo acepté; me temblaban las manos.

Sentí la daga rajar mi piel hasta llegar a la carne; mil estacas de hielo. Después, noté cómo alguna gota de sangre caliente me resbalaba por el tórax. Algo viscoso, quizá

roto en pedazos, se desgajaba de mi interior. Los dedos gélidos de Hades se aferraban a esa esponja caliente; la desabrochaba de sus vísceras. El último corte fue como si una estrella me partiese en dos: clavé mis ojos al cielo, al circular empíreo de astros serpenteantes que se abrían como un río de galaxias enroscadas. Bajé la vista: los ojos amarillos, en ese rostro aceitunado, se habían vuelto cobre. Mates. Le cogí de la cabeza y aplasté mi boca contra la suya. En ese instante, el aguijón del dolor desapareció de inmediato.

Cuando me aparté, vi que Hades tenía aquel despojo negro entre las manos. Lo llevó hasta el rosal. Polvo al polvo. Una vez lo hubo enterrado, las rosas tomaron un color mucho más rojizo.

—¿Cómo te sientes?

—Extrañamente aliviada. —Al tocarme el pecho no ofrecía ninguna señal de haberse abierto. Pero no sentía ningún latido. Nada. Hueco.

—El hecho de que me pertenezca —Hades sacudió la cabeza—, tiene un buen efecto secundario. Las personas sin alma y con corazón soportan un gran desequilibrio. Ahora sufrirás mucho menos.

—¿Te preocupas por mí?

—Pocos ven mi belleza, sólo la de mi Hermana. —Me tomó la mano izquierda y nos dirigimos a la salida. Cerró con llave la puerta de la Cueva del Diablo y desandamos el camino de nuevo hasta el Tormes. Las calles estaban vacías y una niebla anaranjada las hacía irreales. Oníricas. Silenciosas. Llegamos hasta el puente del río. Algunas luces se reflejaban como soles húmedos sobre la superficie. Me soltó la mano.

—Hades, sé que volveré a verte, pero, ¿cuándo?

—Cuando menos lo esperes. —Me alzó la barbilla para besarme. El aroma a crisantemos me envolvió. Al abrir los ojos sólo atisbé una sombra que se alejaba hasta los albores de la noche estrellada.

Blanca Titos Fernández

NO OLVIDARÁS EL BESO

Raúl llegó a casa de Amelia un poco más tarde de lo que habían convenido. Ella quería que lo ayudara a elegir un vestido para una boda. Cuando entró, ella había puesto café en la mesa del comedor y una botella de licor de hierbas. Amelia empezó a desfilarse con varios vestidos: largos, cortos y de palabra de honor. Con lentejuelas y con brillo. Sobrios y de terciopelo.

Dejó la puerta de la habitación entreabierta, de manera que Raúl pudiera ver algo, pero no todo lo que ella quería que él viera.

Pasaron en ese rato del café y del licor de hierbas, al orujo y al vermut.

Al cabo de las horas, ya estaban metidos en la cama, entre vestidos, colchas y ropa interior desperdigada. Cuando acabaron, Raúl sintió curiosidad:

—¿Quién se casa?

—Mis amigos del barrio, Alejandra y Juan.

—¿Llevan muchos años juntos?

—En realidad, no, pero se conocen desde siempre.

—¿Cómo puede ser que, conociéndose de toda la vida, el amor surja a esta edad?

—Pues porque la vida es caprichosa, querido, si no, tú no estarías aquí. Ellos se conocieron de pequeños, cuando Juan llegó al barrio con ocho años. Rápidamente se hizo amigo de Andrea y Alejandra, dos primas que vivían juntas. Íbamos todos a los Escolapios. Pero mientras que con Andrea Juan tuvo una relación siempre más como

hermanos, con Alejandra no era así. Por ella sentía algo más intenso, por lo visto.

Amelia se sentó entonces en un pequeño sofá del dormitorio; sin bragas y fumando, prosiguió su historia.

»Pasaron los años y en la adolescencia llegaron los primeros novios. Juan, que era introvertido, esperaba la oportunidad de llegar hasta Alejandra, pero Alejandra era de natural extrovertida y alegre y justo por esta condición, a Juan le parecía que siempre se le escapaba o llegaba tarde. Siempre había un Antónío, un Javier, un César, un Luís, un Fernando. Todos se sucedían uno detrás de otro, con espacio de semanas, entraban y salían de su vida, y Juan nunca llegaba. Pero el último que había aterrizado en la vida de Alejandra, le estaba durando más. Le llevaba durando cuatro meses. Esto preocupaba Juan, que no veía la grieta por la que colarse. Se llamaba Jaime y era un tío enorme, dos años mayor. Iba a la universidad y todos los días recogía a Alejandra con su moto Yamaha en la puerta del instituto. Por lo visto Andrea sospechaba bastante de los sentimientos de Juan hacia su prima, pero según ella, no sentía celos, ya que la relación entre ellos era de hermandad y además quería ayudarlo, pero no sabía cómo. Por desgracia para Juan, ella también había resultado dotada con el don de la verborrea y el encanto por lo que nunca le faltaba un novio, así que no tenía tiempo de ayudar a su amigo en su eterna conquista. Una noche, hubo una fiesta en casa de Ana, otra compañera de clase. Estábamos todos invitados, incluidos Alejandra y su novio universitario con moto. Corría el rumor entre los pasillos del colegio, de que Jaime, odiaba a Juan. Según supe más tarde, Jaime sabía de los sentimientos de Juan hacia su novia. Lo sabía por la manera antinatural de relacionarse con ella. Es decir, por la *no* relación que

tenía con ella. A la vez la miraba con cara de quererla para él y a la vez no se dirigía apenas a ella. No era una relación natural para dos amigos de la infancia. Había una distancia. Eso lo veíamos todos. Jaime había apreciado además que Alejandra a veces lo miraba también a él. Y para colmo, Juan era guapo, pero no lo sabía. No se daba importancia. Y tenía miedo de que esto quizá pudiera resultar atractivo para Alejandra. No, no lo soportaba y no lo quería cerca de ella, ni de ellos dos. Así que esa noche se llevó dos amigos a la fiesta, pero antes de llegar a casa de Ana, por lo visto hicieron una parada en un desguace cercano, propiedad de uno de sus amigos. Aquella noche el botellón se nos fue de las manos a todos. En un momento de la noche, Jaime y Andrea discutieron. Él estaba borracho y ella le decía algo así como que estaba harta de que fuera por ahí comportándose como un matón cada vez que se acercaba a hablar con alguien. Él salió de la casa como alma que lleva el diablo, con sus dos amigos; ella se quedó allí, pero estaba harta y quería irse. Su prima tenía asuntos entre manos y no quería volver a casa, yo también estaba ocupada en ese momento, y entonces es cuando Juan vio la oportunidad perfecta. Yo vi cómo se le acercó y le dijo que la acompañaría a su casa y luego volvería a por Andrea, de manera que ninguna volvería a casa sola. Así lo hicieron. Al principio caminaron en silencio, pero poco a poco Alejandra fue capaz de sacarle a Juan una conversación y durante el camino que iba de Pedro Antonio de Alarcón, hasta los Alminares, hablaron sobre música y libros. Alejandra hablaba con Juan, y pensaba algo que nunca le había dicho a nadie: y era que las pocas conversaciones que mantenían los dos, le parecían oro puro. Era un tío culto y se podía hablar con él de todo, no como con el resto de los tíos con los que había esta-

do. Pensaba que con Jaime iba a ser diferente porque era mayor e iba la universidad, pero se sentía estafada. En los cuatro meses que llevaba con él, se había dado cuenta de que todo lo que tenía de alto lo tenía de tonto.

—¿Y tú como sabes toda esa historia?— quiso saber Raúl, que se había criado en un internado y no había tenido esas aventuras.

—Cariño, en los 90 nos lo contábamos todo en los recreos, no como ahora, que los niños sólo miran el móvil. Pero déjame que termine, ahora viene lo mejor.

»Cuando llegaron al portal, según me contó su prima Andrea, y siempre según Alejandra, Juan le dio dos besos en cada mejilla, pero de repente, llevado por un impulso, la besó en los labios; ella se sorprendió de primeras, pero cuando él iba a salir huyendo, lo agarró y lo besó ella a él. Así estuvieron un rato, hasta que el silencio de la noche lo interrumpió el sonido de una moto, un sonido que ella conocía muy bien. Alejandra le pidió que se fuera a casa, pero él había prometido ir a buscar a Andrea, y así lo hizo, pero nunca llegó.

»Cuando Juan despertó dos semanas después en el hospital, estaba intubado y no podía hablar. Tampoco recordaba nada de lo que había pasado.

»Por lo visto, según le contaron los doctores y la propia Andrea, como ella lo estaba esperando y no llegaba, decidió irse por su cuenta. Cuando estaba atravesando la explanada del Palacio de Congresos, vio a lo lejos a tres tíos dándole una paliza a otro en el suelo: lo golpeaban con unas barras de hierro. Andrea reconoció a Juan en el suelo y a Jaime golpeándolo con rabia. Les gritó y empezó a correr hacia ellos. Todos huyeron al verla venir, por miedo a que sus gritos atrajeran a más gente. Los dos amigos salieron corriendo y Jaime se subió a su moto,

pero en su loca huida no vio venir un coche por la rotonda, llevándose por delante. Jaime salió volando, cayó al suelo sin el casco y murió allí esa misma noche, con tan solo 18 años.

»Le explicaron a Juan que había estado en coma dos semanas, que tenía un traumatismo craneoencefálico bastante grande y que tardaría un tiempo en recuperar ciertos recuerdos y el habla. Sin embargo, Alejandra si lo encordaba todo, pero era como si hubiera perdido el habla también, pues jamás le contó a nadie lo del beso. Solo a su prima. Todo era demasiado para ella. Se sentía culpable, sin serlo, por haber provocado los locos celos de Jaime y que por causa de esto le hubieran dado una paliza a Juan; y ahora además Jaime estaba muerto. Eran demasiado para asumir, así que decidió callarse.

—Madre mía —Raúl no daba crédito a semejante historia.

—Calla que todavía no he acabado. Ella nunca se lo contó a nadie, pero Juan al poco recuperó la memoria y recordó el beso. Pero pensó, “si tú no lo contaste, yo no lo contaré”, podríamos decir que le dolió en su orgullo, de modo que así pasaron los años y ninguno de los dos habló nunca de lo que pasó aquella noche.

—De nuevo no comprendo como sabes todo esto.

—La parte de Juan me la contó Alejandra en su último cumpleaños. Pero todavía no he llegado al final.

“Pasaron los años y la amistad siguió su curso. La vida los fue moldeando a cada uno. Un día hace dos años quedamos todos en casa de Andrea, nos había anunciado que se casaba y nos invitó a cenar. Juan y Alejandra estaban allí. Tengo que decir que Juan estaba bastante cambiado; físicamente había ganado con la edad y estaba menos tímido, incluso habló conmigo un rato. En un momento

de la noche, Alejandra dijo que quería que le diéramos la opinión del vestido que iba a llevar. Se metió en la habitación de Andrea y al cabo de un rato salió, con un vestido de corte griego, color buganvilla y el pelo rizado recogido en un despeinado moño. Estaba preciosa. Yo estaba al lado de Juan y vi en sus ojos un brillo y de repente lo escuché decir en voz alta, con una voz que no parecía la suya: “recuerdo el beso”. Alejandra lo miro con cara de sorpresa y terror. Y él volvió a decir: “recuerdo el beso. Lo recuerdo todo”. Todos nos quedamos mudos. Allí había gente que no sabía de qué estaba hablando. Entonces Alejandra se acercó a él mirándolo a los ojos, le cogió la cara y se besaron delante de todos. Y dentro de dos semanas nos vamos de boda. Fin.

Raúl pensaba que Amelia estaba preciosa desnuda, hablando de sus amigos de la infancia. Pensaba que podría estar escuchándola toda la vida. Ella, una vez acabado el relato, se sintió invadida por una nostalgia inútil y deseó volver atrás y no haber cometido ciertos errores. Tan enfrascados estuvieron en su conversación que Amelia no vio un mensaje en el móvil de hacía dos horas: “Vuelvo a casa antes, se nos adelantó el vuelo, te he llamado, pero no lo coges, llego en dos horas. Te quiero”.

Justo leyó el mensaje y escuchó la llave en la cerradura.

Miro a Raúl con cara de terror.

Raúl la miro a ella con aspecto suplicante.

—Pasé lo que pasé esta noche —le dijo ella— prométeme que no olvidarás el beso.

Brianda Gabriela

MARINA

Lucía y Pedro se conocieron en la facultad de psicología, en cuarto año. Al poco comenzaron a salir, los dos venían de familias tradicionales así que se casaron rápido y dos críos de golpe.

Tras varios años, cada uno por su lado, laboralmente, decidieron emprender un negocio juntos y abrir su propia clínica de terapia sistémica, que era la que a los dos más les había gustado. Los días pasaban en una rutina placentera y el hecho de trabajar juntos les había permitido coordinarse bien para conciliar la vida familiar.

Lucía llevaba un tiempo replanteándose si eso era todo, si esa era la vida, si ya tenía que sentirse conforme... No era infeliz, pero se planteaba si había algo que se estuviese perdiendo por ser conformista y un poco resignada.

Los miércoles la recepcionista llegaba la primera, Lucía sobre las diez y Pedro no iba hasta el mediodía. Era el día favorito de Lucía porque citaba a Saúl a las once para tomarse un café mientras le escucha y observaba. Las primeras veces le pasó desapercibido, pero a la quinta sesión se dio cuenta de que esperaba ese día y esa hora como sus hijos la esperaban a ella a la salida del colegio, con ganas.

¿Era quizá el monótono matrimonio y el sexo básico lo que hacía que un hombre de su edad, que no era su marido, le despertase algo más que interés profesional como paciente o es que realmente Saúl estaba flirteando y ella no podía evitarlo? ¿Acaso importaba? Ella sabía que esa hora y cuarto de la mañana de los miércoles le permitía tirar del resto de la semana, era muy triste sentir eso, y luego mirar a la cara a su marido.

Cuando Saúl llegaba, ella escuchaba su voz desde el otro lado de la puerta, él tocaba respetuosamente, ella se ponía en su sitio y decía un “pasa, pasa...” mientras miraba su informe, después levantaba la cabeza, le saludaba como sin darle importancia, pero bajaba su mirada coqueteando como solía hacer Lady Di con la prensa cuando se los metía en el bolsillo.

Sabía que Saúl era entre un medio acosador, potencial violador, y un pobre desgraciado del que abusaron siendo un niño, pero le emocionaba tanto pensar en poder deconstruir a un hombre que estaba en el límite de lo peligroso que sus sesiones con él eran lo que le aportaba la sal en ese momento de su vida. En ocasiones, las sesiones se estructuraban en pregunta-respuesta pero otras veces Saúl decidía qué contar...

—Marina era una chica alta, delgada, de esas que podrían haber sido top model si hubiesen nacido en el lugar adecuado del mundo. Recuerdo que cuando la conocí su nariz afilada y su pelo largo me dejaron hipnotizado.

—¿Vas a griego? Creo que me he perdido... —y sus ojos oscuros y achinados me clavaron al suelo.

—Hey, sí, sí, es aquí —le dije señalando con la cabeza la clase, me sonrió, entró y en seguida localizó a su *bestie*. Automáticamente lo que acabábamos de vivir en su cabeza se borró, pero en la mía aún permanece latente y como si siguiese pasando cada vez que ella viene a mí.

Su amiga, Carla, era una *boss bitch* y juntas eran la envidia del instituto, las populares, las guapas, a las que todo se les daba bien... Cuando el primer trimestre estaba acabando con todo ya decorado de Navidad yo seguía bebiendo los vientos por Marina y aunque ella no me hacía muchos feos, Carla era demoniaca conmigo y con

tantos otros chicos y chicas, nos ridiculizaba, amedrentaba e incluso delante de profesores que no hacían nada. Marina tampoco intervenía, pero se notaba que dentro de ella había algo más profundo que la tenía con la mente lejos de allí...

El día antes de la entrega de notas era el recital, cada grupo preparaba una actuación o algún tipo de cosa que mostrar a los padres. Yo tenía un solo de guitarra con la coral de bachillerato. Recuerdo que estaba nervioso. Marina había hecho un espectáculo de danza clásica con el resto de las chicas de cuarto de la E.S.O. B.

A mí lo de tocar delante de todo el instituto me soltaba la tripa y aunque ya poco me quedaba por echar volví a sentir un retortijón. En la segunda planta los baños de los chicos tenían una parte para entrar y otra para salir que se conectaban, al entrar vi saliendo a Marina, y aunque la vi de espaldas la reconocería hasta a oscuras. ¿Qué hacía en el baño masculino? Quizá había ido a liarse con alguno... al entrar no había nadie pero una cisterna sonaba recargándose, abrí esa puerta y estaba su bolso. Sabía cuál era porque siempre me fijaba en como lo cogía, con sus manos finas y delicadas. De todas formas, lo abrí. Reconozco que lo hice mal pero era un crío y fue algo impetuoso. Estaban sus apuntes de cultura clásica y latín, algo de maquillaje y una libreta más pequeña de terciopelo negro. Rápidamente supe que aquello guardaba sus más íntimos secretos, la leí frenético y en todas las páginas más o menos ponía lo mismo.

10.10.2006

Putra pasta. Los hidratos son lo que peor llevo.

14:51, todo fuera

14.12.2006

He comido lentejas con arroz y un filete de pollo. A las natillas les he quitado la galleta.

18:19, todo fuera.

21.12.2006

He comido ensalada de pimientos, he podido ir al baño al segundo.

16:59, todo fuera.

Rápido entendí lo que pasaba, Marina había ido a vomitar al baño de los chicos para que no la vieran, cuando salí del baño con el bolso en la mano con la intención de devolvérselo Carla me interceptó, se abalanzó sobre mí arrancándomelo de las manos y dándome una bofetada, gritó PERVERTIDO. Sonó un pitido en mi oído y me empezó a arder la cara, había cerrado los ojos sin querer, al abrirlos el pasillo desierto, menos mal. No sabía cuánto tiempo había pasado.

Al empezar el segundo trimestre no veía a Marina, la habían ingresado. Pude averiguar en qué hospital estaba, me escapé de casa una noche y fui, no me dejaron entrar porque no tenía tarjeta de visitante ni de familiar, pero merodeé todo lo que pude por la zona hasta que un seguridad me vio y me echó. Regresé a casa frustrado, pero me imaginé a Marina ingresada, en un camisón blanco sin nada debajo...

—Saúl vamos a tener que dejarlo aquí, ¿vale? - le cortó Lucía viendo qué su paciente ya demostraba signos de sudoración, rojez en las mejillas, y tembleque en las manos- Trabaja sobre este recuerdo, describe lo que te hace sentir en una carta a ti mismo y la semana que viene la leeremos juntos.

—De acuerdo... Lucía...

—Dime

—No quería incomodarte —Lucía se sonrojó, ¿se le había notado algo?— Tranquilo, no me incomodas para nada Saúl.

Ese día mientras preparaba la cena, Pedro y los niños veían unos dibujos animados, se puso a recordar la historia de Marina y se dio cuenta de que en realidad escuchar a Saúl le había excitado.



Carmen Sole Castillo

LA LUNA Y EL SOL

El Sol amaba a la Luna y la Luna amaba al Sol. Eran felices, en el peligroso universo. El Sol se reía de los pésimos chistes que hacía la Luna y la Luna lloraba con las felices historias que le contaba el sol. Un día, el Sol miró a una gran estrella llamada Dulcinea. Ella era bella como el agua de los mares y singular como una mota de brillante oscuridad. El Sol comenzó a olvidarse de la Luna y se centró en aquella peculiar estrella. A veces Dulcinea se enfadaba con el Sol y sus tierras se llenaban de sigilosos volcanes; otras veces, Dulcinea se entristecía y sus mares se convertían en desiertos helados. La luna, olvidada, comenzó a alejarse del Sol; ya apenas se veían. Él se apoderó del día y ella se envolvió en la noche. Sin embargo; el Sol sentía un confuso remordimiento que hacía que su fuego se apagará, por lo que le concedió un último regalo a la oscura Luna. El Sol le regaló su brillo. Hoy en día, la Luna llora triste por las noches mientras escucha un sonoro silencio. Persigue envidiosa a Dulcinea, también conocida como “Tierra”. La observa y piensa “¿Qué me faltó para ser como ella?, ¿Qué me faltó? ”.

EL VALOR DE SER

Alejandra tenía una cena familiar aquella noche. Debía prepararse en menos de veinticuatro minutos. Estaba delante del armario, intentando decidir qué se iba a poner. Su vestidor se dividía en dos partes; en una de ellas había ropa masculina, que casi nunca se ponía pero que tenía

porque la había heredado de sus primos y su padre, y en la otra, ropa más femenina, la que a ella le gustaba. Su madre le había dicho que esa noche era importante y que debía ponerse algo “normal”. Por eso ahora estaba ahí plantada, decidiendo si se iba a poner ropa que le hiciese sentir que estaba siendo ella misma, o ropa para ocultar quién era de verdad delante de su familia. Su madre le gritó que se diera prisa, que iban a llegar tarde. La duda se apoderó de ella. ¿Qué se podía poner? Finalmente, decidió ponerse su camisa rosa con palmeras favorita, que combinaba con unos pantalones largos blancos. Se hizo el eyeliner y se echó un poco de purpurina rosa en los ojos. Después se pintó los labios y se puso unos pendientes de aro que le dejó su mejor amiga. Atravesó la puerta. Sabía lo que iba a pasar: su madre le diría que se cambiara y que dejara de vestirse así; su padre le haría el vacío o le diría que no estaba orgulloso de ella; y el resto de su familia la criticaría. Pero ya era hora de que aceptaran quién es. Hace tiempo que ya no es Dani, ahora es Alejandra.

SUEÑOS INACABADOS

Eran las seis de la madrugada y estaba borracha; llevaba como mínimo cinco copas con bastante alcohol aquella noche. Había salido a celebrar sus dieciocho años con sus mejores amigos. Ahora estaban en el coche cantándole a todo volumen "Cumpleaños feliz". Su abuela le había dicho que la juventud era la mejor época de la vida y que empezaba a los dieciocho. Ella también lo creía. Era mayor de edad, podía hacer todo lo que quisiera sin el permiso de sus padres.

Ya había planeado su vida. Primero se iría de viaje a Estados Unidos con su mejor amiga. Saldrían de fiesta hasta las tantas de la madrugada y bailarían. Bailarían,

aunque no sintieran sus pies, sus manos o incluso su cuerpo. Ese verano sería el mejor de su vida, lo presentaría. Además, iría a la universidad, donde conocería a nuevas amistades y tendría el típico romance juvenil. También le hacía ilusión imaginar cómo su hermana se graduaría y le pediría ayuda con los ejercicios de bachillerato. Luego escribiría un libro contando su increíble vida y lo publicaría. Probablemente no tendría muchas ventas, pero a ella eso le daba igual; por lo menos, habría publicado un libro. Ya escuchaba a su abuela presumir de su nieta delante de sus amigos. Lo presentaría. Su vida iba a ser una pasada.

Antes de que terminaran de cantarle "Cumpleaños feliz", su amigo, el que conducía, soltó un segundo el volante para hacer palmas. Instantes después, perderían el control del coche por culpa de una curva y chocarían con un callejón. Después de tanto planificar, ella nunca cumpliría ninguno de sus sueños.

PELEAS DE FAMILIA

—Tienen la inteligencia justa para no cagarse encima —critica papá.

—Pues a mí me gusta, así que lo dejamos —replica la hija mayor sin quitar la vista de la televisión, que está emitiendo un programa de parejas en crisis que viajan al paraíso para poner a prueba la fortaleza de la relación.

—A ver, cariño, prefiero las noticias a esta chapuza de programa... —opina mamá, añadiendo una pequeña mueca de desagrado.

—¡No es una chapuza, mamá! Y “ese programa” se llama “Islas de las Tentaciones” —grita ahora la hermana más pequeña, que, a pesar de tener cinco años, le encantan los programas de infidelidades, chismorreos y amores falsos.

CÓMO MATAR A TU PROFESOR DE MATEMÁTICAS

¿Alguna vez has pensado en asesinar a tu profesor de matemáticas?

Lucía, la estudiante más destacada de la clase, sí lo hizo. Durante las clases de matemáticas, su atención vagaba; detestaba al profesor. Le irritaba su bata blanca y su voz chillona, amplificada por un micrófono. Pero lo peor era su constante mascar de chicle, algo que negaba a sus alumnos, obligándolos a tirarlos a la basura.

Un día, harta del profesor, un pensamiento oscuro cruzó la mente de Lucía. Era una idea macabra, incluso psicópata. Pero al pensarlo bien, se convenció de que asesinar al profesor no era tan descabellado. Sería fácil, hasta aburrido. Solo necesitaba obsequiarle con una caja de sus chicles favoritos, previamente envenenados. Ni siquiera necesitaba un veneno real; el profesor era alérgico a la miel. Podría modificar la receta, añadir este ingrediente y, de alguna manera, lo metería en la caja original, y por último se lo daría diciéndole que era un pequeño regalo.

En menos de tres minutos, Lucía había ideado un asesinato perfecto. Aunque no lo llevaría a cabo. Continuaría con su vida normal, manteniendo su conciencia limpia del crimen. Odiaba a su profesor de matemáticas, pero eso no justificaba su muerte.

ECOS DE LA AUSENTE

Estaba tumbada sobre la cama, apenas había dormido aquella noche. Igual que en las anteriores, no paraba de pensar en mi hermana pequeña. Y en su muerte. Hacía

menos de una semana que había fallecido en un trágico accidente de coche. Todo mi cuerpo se negaba a creer que ya nunca volvería a darle un abrazo.

Cuando me incorporé para ir hacia mi escritorio, quitándome las sábanas, un frío atroz invadió mi cuerpo. Cogí mi bata y fui a la cocina para tomar el desayuno. Estaba mareada, cada paso que daba suponía un gran esfuerzo para mis piernas, que estaban cansadas y sin fuerza.

Llegué a la cocina. Y fue entonces cuando la vi. A ella y a mis padres, tomando tostadas de tomate como si nada. Mi hermana estaba ahí, enfrente mía, inquietante con su particular mirada. Solo que ella no era mi hermana. Era igual físicamente, pero no era mi hermana. Mi hermana había muerto hace menos de una semana. Me pellizqué dos veces para comprobar que aquello no era un sueño.

La farsante me invitó a que me sentara con ellos. Yo estaba aterrada y no sabía qué hacer. Empecé a preguntarle quién era ella y por qué se hacía pasar por mi hermana. Mis padres me miraron como si estuviera loca. “Ella es tu hermana, cariño”, decían una y otra vez.

Al ver que no me creían, salí de la casa. Había una manera de comprobar que ella estaba muerta. En el hospital yacía el conductor que la llevaba. Estaba ahí, herido. Un golpe de realidad me golpeó la cara. Me permití llorar, aceptar que ella había fallecido y no estaba desayunando con mis padres. Los llamé para alertarles, pero no me creyeron. En lugar de eso, me dijeron que volviera a casa, que me dejase de tonterías y que habían invitado a la familia a comer.

Cuando llegué a mi hogar, todos estaban sonriendo como si nada. Como si no supieran la verdad. Yo me puse histérica. “¡Mi hermana está muerta!”, les grité a todos. Nadie me creyó.

Se me ocurrió una idea. La única manera de acabar con todo esto.

Mientras mis padres y mis abuelos reían y tomaban cerveza, le dije a la farsante que viniera conmigo a la cocina. Ella, él o lo que fuera se distrajo un segundo. En ese tiempo, me dio tiempo a coger un cuchillo del fregadero y clavárselo en la espalda. Mis manos estaban llenas de sangre, pero no era la de mi hermana. Todo se volvió negro, borroso. Al menos la pesadilla había acabado.

EL SILENCIO DE RAQUEL

Raquel andaba sola por el bosque encantado. Por cada paso que daba, se escuchaba un crujido bajo sus pies, similar al sonido de una ventana rompiéndose. La chica estaba cansada y caminaba tan lentamente como un caracol. Se sentía desorientada, perdida. Miró hacia el cielo, sin saber lo que buscaba. Se encontró con un enorme círculo que iluminaba la noche, rodeado por un montón de puntos brillantes. Al cabo de un rato, consiguió distinguir aquellas circunferencias; eran la luna y sus amigas, las estrellas. Una oleada de frío la invadió por dentro, como si un fantasma hubiera pasado cerca. Raquel se estremeció y se dio la vuelta para comprobar si había alguien. El esfuerzo fue en vano. Cuando sus sentidos se recuperaron, pudo apreciar el acorde perfecto que formaban los grillos y los búhos mientras cantaban. Quiso pedir ayuda, buscando una carretera. Apenas veía, por lo que le resultó difícil, pero finalmente pudo avistar una luz parpadeante y amarilla a lo lejos. Al principio creyó que se moría. No tardó en darse cuenta de que solo era un coche, de un color que no lograba diferenciar. Raquel, semidesnuda, se acercó al coche, despacio y lentamente. Sentía que el tiempo iba en su contra. Cuando fue a gritar, se dio cuenta de que su voz había desaparecido. No podía hablar.

Carmen Zea

EL OCTAVO CÍRCULO

La sombra que soy, acecha en los rincones más oscuros
de la mente humana, esperando ser liberada
para sembrar el caos y la destrucción
Robert L. Stevenson

Aníbal apretó el botón de la décima planta. Enfrente, una rubia explosiva lo miraba sin ver. Mientras descendía sintió una especie de ahogo y un desasosiego aumentado por esas frases intrusivas que lo retrotraían a su primera época, cuando la verdad y el buen gobierno eran protagonistas en su formación. Una formación que luego dejaría de lado, atraído por la mentira, lo siniestro, la maldad y el terror.

Había permanecido años debatiéndose entre sus dos cerebros, y ahora las ideas de ambos se mezclaban ajenas a su control, agitándose con fuerza. De una parte el producto de la educación moral recibida de su padre y de la otra, el de sus posteriores lecturas de antihéroes y monstruos de muy diversa condición. Hacía ya mucho tiempo que sus pensamientos más oscuros, primitivos y salvajes permanecían agazapados, esperando la oportunidad de salir a la luz, dando rienda suelta a sus deseos más básicos y destructivos, hasta ahora domeñados por el fuerte control de su cerebro moral y racional.

Su privilegiada posición de psiquiatra forense le había facilitado a su cerebro reptiliano fantasear con ejercer el libre albedrío, sin sopesar las consecuencias de sus actos, destruyendo a los desdichados pacientes que se acerca-

ban a él cuando amparado en su condición de psiquiatra, jugaba a ser dios. Un dios malvado que disfrutaba con el mal de los hombres, igual que algunos dioses antiguos. Pronto Aníbal dejó de ponerse trabas para jugar con el cerebro y la vida de sus pacientes, conduciendo a unos al suicidio y al homicidio a otros, como resultado de su retorcidos e insanos tratamientos.

Un perro juguetero, una sonrisa amable, un gesto adusto, cualquier cosa le daba pábulo para sacar de paseo su maldad. La maldad.

Aquel día al llegar al noveno piso, Aníbal olfateó el olor a azufre que ascendía del octavo y lo notó mucho más excitante esta vez, al mezclarse con el olor a almizcle que desprendía su acompañante, la rubia de sonrisa complaciente y naricilla arrugada, molesta por el olor a huevo podrido. Un flechazo espoleó los instintos de Aníbal, que no quiso resistirse más. Se abalanzaba ya cuando lo contruvo la explosión, seguida de un chirrido agudo y el precipitado descenso del ascensor que bajó a toda velocidad para detenerse por fin en la octava planta.

Perdido entre lo oscuro, los sospechosos ruidos y algún que otro zarandeo y crujido de cable, Aníbal decidió que era el fin del mundo mientras en su mente comenzaban a girar las odiadas frases grabadas en su infancia mezclándose con las de sus últimas lecturas del Infierno. Imposible entender cómo la memoria y el pensamiento pueden alcanzar tantas revoluciones.

Ahora, Aníbal se ve a sí mismo encaminado al penúltimo círculo del infierno, el octavo, el del fraude y la traición. Descendiendo por el profundo acantilado que custodia Gerión, el monstruo antropomorfo, mitad hombre y mitad serpiente, que —a falta de piernas— utiliza sus dos alas para desplazarse. El monstruo se reconoce en Aníbal, pues como él tiene un cerebro reptiliano y lo

deja pasar. Allí, en los recintos del octavo círculo, Aníbal se encuentra con los proxenetas, los políticos corruptos, los hipócritas, los ladrones, los consejeros fraudulentos... gente como él, de su calaña. Estaban todos envueltos en llamas o sufriendo las distintas penas del infierno.

Nuevamente otro chirrido agudísimo del ascensor, acompañado por un titubeante descenso y un terrible grito de angustia de la rubia. Aníbal no se lo piensa dos veces, y se abalanza sobre ella. Morirá matando. Cumplirá su destino y su último sueño. Hasta ahora había matado valiéndose de las manos de otros a los que previamente confundía desde su cargo, y después, arteramente los inducía al suicidio o al asesinato. Ahora son las suyas, sus propias manos las que se ensañan y disfrutan ejecutando ¡Qué gozo experimentarlo por vez primera! Y en cuanto a las consecuencias ¡Qué más da! Total, él ya vivía en el infierno.

RASCARSE LA ESPALDA

Aunque no puedo verlo, lo siento en mi espalda ¡Vaya! ¡Otra vez! pienso desesperada al sentirme invadida. Mi cabeza acude en mi ayuda y ordena a las huestes de carne y hueso —destacadas en las antípodas— dar marcha atrás para defender la retaguardia. Dos poderosos ejércitos en idéntica formación, avanzan hacia el campo de batalla. Los pulgares son los primeros en caer sobre mi enemigo, que se revuelve inquieto porque sabe que son la avanzada, que detrás de ellos vienen los otros... primero, los índices que van señalando el camino a los demás. Detrás, los corazones; estos son los más peligrosos, porque cegados por la pasión, se lanzan a la carga primero uno, y luego el otro —sin pensar— arrebatados por la lucha. Después vienen los anulares provistos de anillos de metal con los que cercan al enemigo, neutralizándolo. Y ya por fin, cerrando filas llegan los meñiques, que son las fuerzas de élite entrenadas para llegar a los lugares más recónditos, hasta afrontar y reducir el último escollo.

Esta historia de mi espalda es una mezcla de furor y tregua; un forcejeo entre el picor que me ataca con saña, y mi mano que dedo a dedo rasca y rasca... una guerra donde ninguno descansa (ya sabemos que el comer y el rascar, todo es empezar). Y una vez rascado, el picor se enfurece más y más. Como ahora, que en un descuido vuelve a empezar, e insiste tenaz, en colonizar mi espalda. Mis manos, agotadas, piden refuerzos a El rascador; y aunque el clon digital acude diligente y técnico a la doble llamada, es inútil, porque el furor insaciable amenaza con engullir también la mano, que ahora se debate sobresaliendo a medias entre las abultadas ronchas. En ese momento, mi cerebro vislumbra una jugada magistral, épica, y me ordena, primero arrimar mi espalda al muro

y después frotarme contra él, colocando así al picor entre la espalda y la pared, donde no le queda más remedio que rendirse. Apoyada por la cabeza —vencedora de todas las guerras— he ganado una vez más la batalla al no dar la espalda al enemigo.

.....

Mis soldados de carne y hueso, mis pulgares, índices, corazones, anulares y meñiques, celebran la victoria, y agarrados todos al bote de pomada, rocían su líquido letal sobre mi espalda, hasta hace un minuto encarnizado campo de batalla.

Domeñado, el picor se ha mimetizado con el *Fenistil*, donde permanece agazapado, rumiando su derrota y esperando la oportunidad de su venganza.



Cèline Vartan

RÍO ARRIBA

Tilo cabeceaba la siesta sentado en el bote. Sentía el estómago revuelto. No había comido más que un cacho de pan y una tajada de carne seca con el tinto de siempre. Sólo hediendo el aire con aquellos eructos ruidosos y avinagrados, en algo se aliviaba. El sol no ofrecía piedad y el sombrero le resultaba insuficiente para contener el sudor. Amagaba tumbarse sobre las tablas del fondo pero, la incomodidad aumentaba por lo que decidió quedarse quietito.

Pese a su corta edad, andaría por los trece o quince o doce, vaya a saber, era ya un experto pescador. El río no guardaba secretos para él, bien se había encargado su viejo de desvelárselos, antes de morir en aquel accidente con la motora. Cada mañana, tempranito, hiciera el tiempo que hiciera, se echaba al río con su bote. De pie, remaba unos tres kilómetros corriente arriba hasta un recodo donde el agua se remansaba y allí decidía. Algunas veces se valía de la caña y el hilo y otras clavaba su modesto espinel de no más de media docena de anzuelos cerca de la orilla. Nunca le faltaban ganas, más bien era la abundancia de sábalos, o patíes, o congrios los que le ayudaban a elegir el arte más conveniente. Después de todo, de su venta en los alrededores, vivía.

Tilo Aguirre era apenas un muchacho. Un isleño solitario, fuerte como el algarrobo, reservado, de trato arisco. En su agrietada cara cobriza convivían en incongruente batalla, la penumbra de unos ojos de hastío con la chis-

pa contenida de una mirada de agrado. Hablaba lo justo, sonreía poco y trabajaba mucho. Desde que su padre no estaba, vivía solo en el rancho, en un claro de la espesura, con la única compañía de los animales del monte y un perro que apareció por allí un día, medio pelado y en los huesos. Tenía vecinos pero no alternaba con ellos, sólo coincidían en la taberna algunas veces para copear o negociar.

En ello pensaba cuando despertó de su mona. El río seguía planchado, la atmósfera pesaba, ni un vaivén movía el bote. Se quitó las botas de agua porque se le cocían los pies y abrió el tacho de la carnada donde todavía nadaban a gusto algunas mojarras. Tomó el hilo y engarzó una gordita en el anzuelo. Algo tambaleante, logró ponerse en pie y remo en mano se acercó a la orilla. Allí estarían, bajo los ceibos que explotaban de flores rojas como la sangre, donde el río era poco profundo y el limo del fondo las ayudaba a esconderse. Podía adivinarlas, de hecho con el ruido de las palas al aproximarse, los remolinos oscuros que comenzaban a subir desde el fondo delataban su presencia. Con un par de rayas el jornal estaría asegurado.

Tomó la caña y con su pericia de baquiano lanzó el hilo que, impulsado por la plomada, siseó el aire por unos segundos hasta caer justo donde deseaba, ni muy cerca ni muy lejos. Se mojó la cabeza y también el sombrero dispuesto a esperar. Tranquilo, volvió a sentarse después de orinar. Cuando llegaba ese momento le gustaba cerrar los ojos. Podía distinguir mejor los olores silvestres del monte, el ruido de los pájaros, la crepitación de los yuyos bajo las pisadas de los bichos chicos, la humedad de una tormenta en ciernes, una quemazón provocada... Parecía fundirse con aquel escenario semisalvaje, compartiendo un vínculo corporal, una respiración común, un mismo

aliento. El monte y él eran, uno. Cuando abrió los ojos el hilo ya picoteaba. De inmediato se irguió y con la punta de la caña apoyada en su cadera tanteó a su presa suavemente para no asustarla. La balanceó a derecha e izquierda hasta que notó el anzuelo clavarse de lleno en la boca de la presa.

Giró la manivela del reel con cautela y sin suspender el bamboleo, para acercar al bicho. De momento el agua negruzca poco dejaba ver, no le asistía la certeza sobre la presa obtenida. Su cuerpo se doblaba hacia atrás igual que la caña, el pez ofrecía resistencia y tironeaba de la tanza. Y otra vez. Casi se ponía a la vista. Y otra vez. “Mostráte, cursiento” le decía. Y otra vez. Hasta que aparecieron las alas moteadas de una magnífica raya. Todavía quedaba cansarla un poco para que diera menos guerra. Se entretuvo en ello hasta que la bicha de panza blanca se entregó, aleteando in extremis a un lado del bote. Era un buen ejemplar. Esperó con calma y de rodillas le metió los dedos en la nariz para poder levantarla y jaló con fuerza. Tendría unos setenta centímetros de envergadura y pesaba lo suyo, sobre los ocho, estimaba. Le costó subirla, no más que en otras oportunidades, más grandes habían caído.

La bicha se le escurrió de las manos y fue a parar a un extremo del fondo bajo unos maderos y algunos trastos. El sol seguía apretando y Tilo estaba cansado tras la faena. No encontraba la navaja para cortarle la cola. Buscó y rebuscó hasta que debajo de aquel berenjenal lo divisó. Trastabilló un poco en el intento cuando en una mala maniobra la bicha recobró vida, aleteó desesperada y pegó el temible coletazo. No tardó el muchachón en doblarse ante aquella punzada en su tobillo y la consecuente descarga eléctrica que le recorrió el cuerpo. Se estiró como

pudo para alcanzar el cuchillo. Le dolía como la p... que lo parió. La bicha seguía enganchada a él y lo miraba con ojos desafiantes, la pugna era feroz pero, no iba a darle el gusto. Pudo hacerse con el cuchillo y le cortó la maldita cola que quedó enterrada en su pierna cada vez más hinchada. Tenía que tirar de ella cuanto antes para extraer aquel ponzoñoso aguijón. Pero, con cada tirón las espinas traicioneras clavadas a contrapelo en la profundidad le desgarraban la carne y el dolor lo vencía. Concentró lo que le quedaba de energía y tiró con fuerza hasta que salió íntegra.

La sangre manaba y no podía detenerla, la muy p... le había pinchado alguna vena. Tilo sentía frío cuando se acomodó en el fondo del bote de cara al sol. Ahora una nube echaba sombra sobre su cara, el aire temblaba lleno de avispas, tenía la boca de sed, oía el tac-tac-tac del bote al golpear la orilla, la raya revoloteaba. Y el cielo tan cerca.

LA FOTO QUE NUNCA HICE

Para la realización de este texto han coincidido casualmente algunas circunstancias. Una: el propio ejercicio encomendado en el Taller acerca de “Tienes que hacer una fotografía”. Dos: Alicia, mi prima, que anda recabando en la familia testimonios escritos y fotográficos de nuestros abuelos Morresi (padres de mi madre) y sus descendientes. Tiene loables intenciones de compaginar los resultados obtenidos en un Libro de Oro —así lo ha dado en llamar— que, desinteresadamente, obsequiará a los seis primos en un encuentro próximo. Tres: la fotografía nunca revistió interés para mí, tan es así que cuando dejé el país, sólo algunas fotos traje conmigo. Las otras las dejé,

sin más. Y sin menos... porque ahora el corazón se me estruja cuando topo con mi desacierto. Cuatro: lleva unos meses latiendo en mi cabeza el recuerdo de mi padre, como si quisiera estar presente para que no lo olvide. Y no se va... permanece.

Entonces, priorizando, entre el revuelo testimonial que despertó el antojo de mi prima, la evidencia palpable del vacío que significa carecer de mi propia historia gráfica y mi padre que sigue ahí... lo elijo a él.

Papá. ¡Ay, mi papá! Poseo apenas una veintena de fotos tuyas. Dos me impactan de lleno: en mi mano izquierda, la de su juventud donde lo veo risueño, lozano, guapísimo con ese pelo engominado y un bigote renegrido recortado primorosamente, como si tuviera delante al auténtico Carlos Gardel. No me extraña que a mi mamá la haya alcanzado el flechazo cuando lo vio por primera vez en la playa de Punta Lara. Y en mi mano derecha, la de su vejez aquella Navidad del 91 en Mar del Plata. Su sonrisa era entonces una mueca perdida, igual que sus ojos vacíos enganchados vaya a saber a qué retazo de realidad. Ese día me despedí de él, sabía que no volvería a verlo.

Otras fotos van pasando por mis manos: su boda allá por el cuarenta y ocho. ¡Qué prestancia, Dios mío! ¡Todo un gentleman! De traje oscuro, con el pañuelito palomita asomando en el bolsillo, los zapatos bicolor y una flor en el ojal, del brazo de mamá.

En Mar del Plata —lugar que amaba— de paseo por la rambla del casino presumiendo de familia. Entonces ya éramos cuatro: él, mamá y dos chiquitines revoltosos, yo un poquito más que mi hermano. Parábamos en el Hotel Carlitos, modesto pero rico en calor humano, no sé si cabe decir “eran otros tiempos”. Siempre había sopa, a él le encantaba y yo la odiaba.

Repaso su vida, conforme se suceden las imágenes. Y, tanto en la noche de mi boda en que, orgulloso y eufórico, bailaba conmigo el vals de los novios, como en cada celebración ligada a la buena mesa y a su mejor estómago; tanto en el rito del chinchón o el truco junto a sus colegas como en su popular faceta de cuentachistes; en todas, todas las fotos, se advierte una particularidad. No era que la cámara lo “sorprendiera” con el cigarrillo en la mano sino, que vivía con él entre los dedos. En todo momento y en todo lugar. Con él encendía las cañitas voladoras, con él quemaba su ropa, con él se consolaba, con él reía, con él el infarto, con él... todo; sin él... nunca. El tabaco fue su pasión primera... y la última.

Después de este racconto, aún me queda una foto: la que nunca le hice pero que llevo estampada en la emulsión de mi retina. En primer plano, mi querido viejo, con una tremenda hogaza de pan de pueblo bajo un brazo y la paletilla de jamón levantada por el otro en señal de victoria; y a su espalda, las luces fosforescentes de la Feria del Corpus de 1990, el puesto de la tómbola, el feriante-megáfono en mano-, cientos de premios por adjudicar y la señora con el perrito piloto a cuestas, completando la instantánea. Que la felicidad existe no es una utopía, sin duda mi papá la llevaba en su rostro aquella tibia noche de mayo.

Conchi Gallego

EL OJO DE CRISTAL

Un día durante la hora de la siesta, que los mayores nos obligaban a hacer, descubrimos en un cajón de la cómoda del dormitorio de los abuelos un ojo de cristal cuidadosamente envuelto en un pañuelo dentro de una caja de metal.

Mis hermanos pequeños creían que se trataba de una canica más grande de lo habitual, pero ya vimos que se trataba de un ojo como los nuestros, de color marrón claro y una pupila negra.

Esa tarde, cuando el abuelo volvió del campo, se lo enseñamos y cuando lo tuvo en sus manos nos contó la historia del ojo.

“¡Ah, sí! Pero... ¿Cómo ha llegado a vuestras manos? Es el ojo de cristal de mi tío Manolico, que se fue a América a buscarse la vida y tuvo tan mala suerte que en una revuelta en el puerto donde trabajaba, le dieron una paliza tan grande que lo dejaron medio muerto y cuando lo recogieron al día siguiente y lo llevaron al hospital, comprobaron que uno de sus ojos estaba muy mal y se lo tuvieron que quitar.

Primero se lo taparon con un parche hasta que se le secó bien el hueco y así estuvo mucho tiempo, triste, torpe y sin dinero; luego su suerte cambió, empezaron a irle las cosas bien y sus ganancias aumentaron.

Volvió por el hospital y le dijeron que podían ponerle un ojo de cristal para taparle el hueco; se lo pusieron tan parecido al suyo que no se sabía cuál era el verdadero.

Cuando volvió al pueblo, nadie se lo notó; pero a mí me contaba que ese ojo veía por su cuenta todo lo que nadie veía y que por las noches, se ponía muy nervioso y no lo dejaba dormir. Decía que veía los sueños de los que dormían en la casa; así es que acabó por quitárselo para dormir primero y luego, cansado de tantas visiones cristalinas, le dijo a la tía María que le hiciera un parche y acabó por guardarlo en un cajón de la cómoda, donde lo habéis encontrado”.

El abuelo nos dijo que lo pusiéramos donde lo habíamos encontrado y así lo hicimos.

Hasta que una tarde, decidimos llevarlo a pasear en secreto; cada día le tocaba a uno llevar el ojo en el bolsillo y ya en la calle, lo poníamos en la mano para que viera lo que nosotros no veíamos: estábamos tan convencidos de los poderes que tenía el ojo de cristal, que lo mirábamos todo como si fuera la primera vez, para luego contárselo a los demás.

A la hora de la siesta, reunidos en el dormitorio, nos sentábamos en el suelo con el ojo de cristal en el centro sobre un trozo de algodón y comenzaban las historias de lo que había visto el ojo el día anterior: si las contaba mi hermana pequeña, eran fantasías fantásticas, si las contaba mi primo mayor eran de miedo y si las contaba yo eran mágicas e increíbles.

Una noche, decidimos dejar el ojo encima de la cómoda a ver si veía los sueños de los que dormían por la mañana, el ojo había desaparecido. Buscamos con mucho sigilo por el suelo, por los cajones, detrás de la puerta... No lo volvimos a ver. Ese verano, seguimos mirándolo todo como si lleváramos con nosotros el ojo de cristal.

SIGUE SOÑANDO

Se escucha la canción “Dream On” de Aerosmith. Iryna recuerda los paseos por el bosque con su hermano Yuri, cómo bordeaban el río y buscaban huellas de animales, siempre atentos al silencio sonoro, el perro olfateándolo todo en sus idas y venidas...

“Canta conmigo aunque sea por hoy, tal vez mañana estemos lejos”.

Iryna forma parte del equipo médico que escolta a una brigada de reconocimiento en Ucrania, en unos días será su cumpleaños, cumplirá veintiséis.

Estoy orgullosa de pertenecer a este grupo.

Hoy añora a su hermano que se encuentra en el frente y decide aprovechar ese momento para escribirle una carta por si algo le ocurre...

“El pasado se ha ido, como el crepúsculo dio paso al amanecer”.

Sigo con miedo, aunque la guerra me ha hecho más valiente que cuando era pequeña, y sobre todo me siento libre y cada vez más segura del camino que he elegido, sé que me encuentro en el lugar adecuado.

Cuando te entreguen esta carta, ya no estaré aquí: no quiero que estés triste, tendrás que seguir viviendo tu vida; fuimos unos buenos hermanos, vivimos felices...

“Sueña, sueña, sueña, hasta que tus sueños se conviertan en realidad”.

Ahora trabajo para los auténticos héroes de esta maldita guerra...

“Canta, por las risas y las lágrimas, canta aunque solo sea por hoy, sueña, sueña, sigue soñando hasta que tus sueños se hagan realidad”.

Intenté ser honesta, amable y cariñosa.

Iryna muere dos días antes de su cumpleaños.

Yuriy leyó la carta muchas veces y en honor a la memoria de su hermana la hizo pública.

Cuentan que su contenido ha infundido ánimo a los familiares de los soldados que se encuentran en las trincheras.

UN PASEO MAÑANERO

Brisa fresca y suave de la mañana temprana. Sonidos lejanos de pájaros en el aire; lagartijas, algún conejo entre los matorrales. Hojas de tierno verde en los árboles: Silencio sonoro.

Grupos de ciclistas cadenciosos, caminantes con manojos de espárragos verdes... Huellas claras en el blando suelo.

En los laterales del camino, flores rojas, flores rosas, flores moradas y amarillas entre las hierbas verdes y los troncos rotos de viejos árboles; En la fuente antes seca, ahora con agua, mucha agua cantarina.

Rayos risueños de sol de mayo por los senderos amigos con hitos de piedras a los lados. En lo alto, a la sombra, la cueva de los Mármoles con la puerta abierta.

Más arriba, entre las rocas del suelo, alfombras de flor-recillas diminutas: blancas, amarillas, naranjas...

Sierra Nevada al fondo: Blanca, majestuosa, tranquila.

Matas de tomillo en flor con abejas contentas: olores serranos.

En la nueva senda, perros nerviosos con piñas en la boca y caminantes atentos: calma, melodía interior.

¡Sol de mediodía!



Consuelo Glez. Moreno

BARCO A VENUS

Si estás interesado por algo, el mundo siempre es nuevo.

Pau Casals

El mundo de Dora estaba lleno de sueños, el último tocar el violín, pero para ello tenía que viajar a la ciudad; vivía en el campo, junto a sus padres, muy alejada de todas partes. Aunque de su cabeza emanaba un mundo de artificios y seres extraordinarios al que la niña se retiraba siempre que podía, sobre todo en las largas tardes de verano y las cortas y frías de invierno donde las horas eran extensas para imaginar.

—Mamá, mamá tengo un deseo... quiero aprender a tocar el violín.

Su madre, nunca permanecía quieta, iba de un lado para otro durante el día y a veces la noche, correteaba por la casa con ovillos de lana por tejer, verduras y aliños para cocinar en cacerolas desconchadas por el paso del tiempo, ropas sucias de campo para lavar y limpias para planchar... hizo como que no la había escuchado. Dora la sacaba de quicio, todo el día se las pasaba soñando con hacer cosas que estaban fuera de sus alcances: coches voladores, cigarrillos saludables, animales parlantes...y ahora salía con lo del violín.

—Mamá, nunca me escuchas...quiero aprender a tocar el violín —dijo la niña mientras miraba embobada aquel chico pelirrojo tocar el violín en un concierto que pasaban por la televisión.

Su madre se paró ante ella y le dijo.

—¡Dora, por el amor de Dios!, ponte en pie y ve a echar el grano a las gallinas y de paso recoges los huevos, que esta noche tocan para cenar.

Dora hizo caso a su madre y salió a los corrales para hacer la faena encomendada. Estaba abriendo la puertezuela de madera que había como acceso a los mismos y de pronto escuchó un ruido que la hizo levantar la mirada, un cielo de metal cobrizo la sorprendió, aunque ella lo que buscaba era el objeto del ruido. Algo sobrevolaba su cabeza y no parecía un avión. El objeto volador se balanceaba de un lugar a otro haciendo círculos, los mismos que los ojos de la niña recorrían, estaba fascinada. Pensó que quizás aquello era una señal de que por fin , pronto haría un viaje inesperado. Un viaje por la Vía Láctea, a la que tantas noches observó desde la ventana de su dormitorio; aquel hermoso rastro de leche derramada en el que las estrellas jugueteaban a buscar nuevos planetas y se escondían en los enormes agujeros negros. Sí, pensaba Dora seré como una diosa viajando en un enorme barco a Venus.

Su mente avanzaba a toda velocidad. De nuevo la voz de su madre la devolvió a tierra plomiza «¡Dora qué haces ahí parada! ¡Muévete que la noche está al caer!».

Bajó la vista al frente y al entrar en el corral observó como las gallinas con sus enormes patas de araña huían de ella dando grandes zancadas hacia el terraplén que se alzaba al fondo del corral y a través de sonoros cacareos producían un fuerte sonido grupal, casi musical, para atraer la atención del gallo. El mismo que henchido paseaba sus peludas y negras patas a modo de procesión por el ruedo, mientras lucía sobre la cabeza, su enorme astro craneal rojo que parecía desprender chispas artificiales

que envolvía a las observadoras señoritas del corral. «Menudo festín tienen armado», pensó Dora.

Ahora tenía un reto, apartarlas del montículo donde ocultaban sus huevos de nácar, pero como la diosa que sabe que pronto se irá avanzó a toda pastilla, dando grandes palmadas, hacia las gallinas que huían despavoridas a la presencia de la niña. «¡huid, huid! yo también lo haré algún día y contaré a los habitantes de otros planetas sobre vuestros nutritivos y nacarados tesoros para que vengan a probarlos».

Al fondo la voz de su madre gritaba «¡Dora, Dora, que se escapan las gallinassss!»

EL MAL QUERER

De fondo sonaba una canción de Mon Laferte. En el espejo que había en la entrada se veía reflejada la figura de una mujer, el porte era hermoso, estaba de espaldas y posiblemente mantenía entre las manos una taza de algo caliente ya que un leve humillo ascendía por encima de su hombro, pero sobre todo lo delataba, el intenso olor a café que había en la estancia.

De pronto, alguien, comenzó a cantar en voz alta, era ella que lo hacía con cierta amargura.

—¡...ten piedad... cuéntame la verdad... y dime por qué... tu falta de querer...!

Se volvió, lentamente, hacia el espejo que la escoltaba y se sonrojó al verse llorando tan desconsoladamente frente a él. Pero siguió cantando a pleno pulmón; y en uno de sus entrecortados suspiros pudo imaginar en la figura del espejo, como su alma herida intentaba escaparse por el borde enrojecido de sus párpados.

Ella misma parecía sorprendida al escucharse cantar en voz alta; pero era la única forma de acercarse a su dolor, de abrazarlo y quitarle esa fuerza que la estaba quebrando por dentro, cantando a voz alzada aquellas letras, que salían a chorro de su interior herido y con las que tanto se identificaba.

—¡...ten piedad... cuéntame la verdad y dime por qué... tu falta de querer...!

Las palabras de su madre resonaban en su abrumada mente «No es de fiar hija, no es de fiar» Pero ella ¿cómo podía verlo de esa manera si él la agasajaba con sus palabras a cada instante? «Eres mi reina» le decía con aquel acento chileno, aquella succulenta boca y con aquella música que le hacía escuchar a todas horas llena de melan-

colía y llena de letras de desengaño, de esperanza ...de amor. Él le hacía creer que era su única cómplice, que no había nadie más.

Su madre le mostraba mil razones para dejarlo, para abrirle los ojos «No ves que te está utilizando para arreglar sus papeles» «Nunca quiere venir a casa, le falta compromiso» «En cuanto consiga lo que quiere desaparecerá de tu vida» Pero ella siempre le excusaba, el poco tiempo que pasaba con él era tan intenso que se olvidaba de todo lo demás; y cuando su madre la asaltaba con sus cuitas ella solía decirle con una sonrisa picarona «Nadie es perfecto, mamá».

Pero, efectivamente acabó descubriendo que había muchas más cómplices en su vida, «Y yo preguntándome cómo fue que me dejaste de querer», se decía a sí misma. Ella, que le había soportado esa forma extraña suya de amar, porque le creía distinto; de otro lugar, era de otro país...de otro planeta. Le tenía por alguien exótico. Pero al final, pensaba mientras intentaba contener su ira, no era más que otro cabrón que se había aprovechado de ella.

Cuánto más rabia sentía, más fuerte se oía su canto.

—¡...hoy volví... a dormir en nuestra cama y todo sigue igual...El aire, nuestros gatos... nada cambiará...difícil olvidarte estando aquí!

Y mientras lo hacía seguía observando su cuerpo a través del espejo, no se conocía, estaba volviéndose loca de dolor.

—...ahora dormiré... muy profundamente para olvidar...quisiera hasta la muerte para no pensar... me borro para quitarme esta amargura.

La verdadera pregunta que se hacía ahora era «¿Realmente me amó?» Nunca se había parado a pensar que en

el mundo existían millones de personas con el corazón roto y ahora el suyo formaba parte de tan nefasta lista.

La canción había terminado y en el silencio, sintió un inmenso escalofrío, que le recorrió todo el cuerpo. Entonces y en un estado lamentable, se dirigió al mueble bar que había en el salón, cogió la botella de Pisco Reserva que en algún momento él le había traído de su país y habían compartido juntos, aunque estaba casi intacta. Después se encaminó hacia la cocina, arrastrando con ella su pena y cogió los somníferos que a veces tomaba cuando no podía dormir y un vaso de tubo que había en el fregadero, ni se percató que estaba sucio y volvió al salón. Volvió a poner la canción de Mon Laferte, necesitaba escuchar aquella letra de nuevo, con la que tanto se identificaba y se tumbó en el sofá después de haber volcado sobre el vaso todos los somníferos que había en la caja y rellenarlo con el pisco que cupo hasta el borde, comenzó a beber y sólo la detenía alguna estrofa que volvía a cantar a viva voz.

—... te quiero ver...aún te amo y creo que has-
ta más que ayer...la hiedra venenosa no te deja ver...me
siento mutilada y muy pequeña.

Cuando la canción terminó, el silencio se adueñó de la estancia y el cuerpo de la mujer yacía sobre el sofá con un brazo extendido hacia el suelo y su mano señalando el vaso que había quedado vacío y lejos al rodar por la alfombra.

CPF

ANIMALES IDOLATRADOS

Desde los tiempos mas remotos los animales han ocupado un lugar muy importante en la vida de la especie humana. Han sido fuente de alimento y en la actualidad buena parte de la economía se basa en ellos.

Sin embargo, esta relación no es solamente utilitaria, también están presentes en la mitología, en las religiones y en toda clase de creencias que van más allá de la razón y de la lógica.

Así nos encontramos con las vacas sagradas de la India, elefantes venerados en Tailandia, monos que son símbolo de poder también en India, bueyes que representan el ego en las filosofías taoista y budista, y como broche las repugantes ratas, que son veneradas, asimismo, en la India, hasta el punto de construirles un palacio para que vivan plácidamente mientras gran parte de la población malduerme, malcome y malvive .

Si los animales no hubiesen existido, ¿que habría sido de nosotros?, a veces un pequeño giro lo cambia todo.

Si Kafka hubiese convertido a su propio padre en escarabajo, habría librado a su personaje Gregorio Samsa de tan desagradable metamorfosis.

Si Saint-Exupéry hubiese imaginado un zorro sin empatía, nos habríamos perdido su mensaje sobre el cariño y la amistad.

Si Michael Ende no hubiese creado a Fújur, Atreyu no habría podido llevar a cabo su proeza de salvar a la emperatriz, y Fantasía habría perecido con ella.

Si George Orwell hubiese vivido en la actualidad y hubiese visto cómo son tratados ahora los animales de compañía por sus amorosos amos, habría cambiado algunos de los siete mandamientos establecidos por los animales de la granja; el tercero, por ejemplo, donde dice que ningún animal usará ropa, y el cuarto, en el que se advierte que no dormirán en una cama.

Si los perros opinaran fundarían un sindicato canino contra los amos descerebrados que los visten como ellos, privándolos de una comunicación tan perruna como es meter el hocico en el ojete de cualquier perrete que se encuentren en el camino.

Lo de la cama es otro capítulo. He llegado a ver en un escaparate una de terciopelo lila, con acolchado capitoné y moldura de pan de oro. Si esto parece poca extravagancia, ahora las mascotas no andan, sino que van paseadas en carritos semejantes a los de los bebés humanos. Y cuando pensaba dar por terminado el relato, han presentado en televisión un piano para gatos; ¡espero que no sea un Steinway & Sons!

Si Borges levantara la cabeza se caería del susto al ver como se las gasta el personal con las mascotas, y probablemente tendría que incluir en su manual a estos animales humanizados, que son meros productos de los excesos de un mundo privilegiado y excéntrico.

LA FOTO DE UNA AURORA

Una sola foto bastó para quedar cautivada por una isla que yo veía lejana, pero que se coló entre mis prioridades con la vehemencia de un enamorado. Cuanto más me informaba más me atraía.

Leí que a Borges también le sedujo antes de ir; el culpable fue su padre, que le regaló un tocho de 500 páginas sobre las sagas islandesas; a partir de entonces su pasión por esta tierra fue permanente.

Durante un tiempo anduve buscando, sin éxito, alguien que me acompañara, hasta que por fin mi nieto se hizo mayor y emprendimos juntos el viaje.

De la emoción no pude pegar ojo la noche anterior. Salimos desde Barcelona en vuelo directo, rodeados de un ruidoso y provocador grupo de independentistas a los que tuvieron que llamar al orden porque la estaban liando parda. La travesía duró 4'30 horas, y aunque no me resultó pesada, el viento empezó a soplar con fuerza y tomar tierra se convirtió en una aventura. Al final el experto piloto ganó la batalla y con gran pericia logró aterrizar un avión que parecía de papel en medio de la tormenta.

Islandia nos recibió con todo su esplendor; su indómita naturaleza nos aclaraba que era ella la que mandaba allí. Como el temporal no amainaba, nos recomendaron seguir dentro del aparato, que incluso aparcado en la pista no paraba de moverse. Al principio los pasajeros permanecieron en sus asientos, pero pasado un tiempo empezaron a impacientarse, ir al baño, ocupar los pasillos... y cuando la turba estaba a punto de amotinarse, nos dijeron que podíamos bajar a tierra sujetos por una cuerda. Aún recuerdo que mi nieto tiraba de mí casi con más fuerza que aquel viento huracanado.

Debido al vendaval no pudieron bajar las maletas, por

lo que nos fuimos a Reikiavik con lo puesto. En el hotel nos explicaron que el tiempo cambiaba cada instante. Si no te gusta el que hace, espera 5 minutos y verás otro diferente. Al día siguiente recibimos nuestro equipaje sano y salvo, sorprendidos por la eficacia del servicio. Después de desayunar salimos a la conquista de lugar.

Nuestro hotel era pequeño y nada ostentoso por fuera, aunque el interior era muy confortable y repleto de obras de arte: esculturas, pinturas, muebles de diseño, todo de estilo vanguardista. Su nombre era 101 Reikiavik; hacía referencia a la obra de un autor islandés, que posteriormente llevaría al cine Baltasar Kormakur, hijo de Baltasar Samper, un pintor español que prefirió vivir en Islandia en vez de seguir en España “cara al Sol”.

Al salir al exterior nos impresionó el aire tan puro, tan limpio; cerré los ojos y lo inspiré con tal fuerza que hasta me supo dulce. Con esta bocanada de energía iniciamos nuestro paseo por Laugadevur, calle principal de Reikiavik, que curiosamente disponía de calefacción para los gélidos días de invierno. Allí descubrimos el mítico bar Kaffiberinn, con gran variedad de cervezas, música en vivo y donde no era raro coincidir con Damon Albarn, vocalista de Blur y socio de este singular espacio. También se concentraban allí las tiendas, librerías, galerías de arte y museos curiosos, como el punki, situado en unos antiguos wáteres públicos. El más extravagante, sin duda, es un museo de penes que nos dejó ojipláticos; su singular propietario, un historiador con aspecto de *dandy*, nos dio toda clase de información sobre su contenido.

En el punto más alto de esta céntrica calle se alza una iglesia luterana, moderna y majestuosa, inspirada en las formas que crea la lava cuando se enfría sobre las rocas de basalto; desde el campanario se ve toda la ciudad. Pu-

diera decirse que esta no es ni grande ni pequeña; puede ser visitada a pié, con casas de 2 o 3 pisos y sus techos de colores, las calles ordenadas, el puerto, la hermosa bahía, las colinas, el monte Esja y el volcán de la película *Viaje al centro de la tierra*, que fue rodada allí.

Nuestro paseo siguió hasta que la oscuridad fue envolviendo todo de sinuosas sombras que aportaban un encanto especial al paisaje urbano. Buscando un lugar donde cenar, dimos con un restaurante decorado con pieles de bacalao iluminadas tenuemente. Su belleza nos cautivó, y también el encargado, que hablaba español con acento mejicano y que se sorprendió por la inusual pareja que formábamos. Le contamos nuestra odisea y el hecho de que no teníamos guía para recorrer la isla; mientras comíamos se acercó y se ofreció para enseñarnos su país. El pacto económico quedó recogido en una servilleta. La suerte nos acompañaba; desde que llegamos tuve la sensación de estar protegidos por una fuerza superior. Con esta alegría añadida nos fuimos al hotel.

A la mañana siguiente nuestro guía estaba en la puerta con su flamante y limpísimo todoterreno, dispuesto a mostrarnos esta isla mágica.

La naturaleza islandesa, tan viva y cambiante, superó todas nuestras expectativas. En un espacio tan limitado conviven los cielos más azules con las nubes más rápidas, la hierba que se mueve al viento como si fuera una larga melena, restos de nieve sobre lava negra, glaciares de colores, cascadas espumosas, lagos como espejos, lagunas azules, géiseres, praderas verdes por donde se pasean enigmáticos caballos que te miran como si fueran personas, casitas con tejados de hierba, cráteres, volcanes, playas de basalto, el sol de medianoche, la gran falla donde se estableció el primer parlamento del mundo, todos

los fenómenos físicos y atmosféricos imaginables... Todo eso se da en Islandia y todo nos hizo disfrutar.

La naturaleza quiso hacernos un postrer regalo: la última noche que pasamos allí nos sorprendió con una maravillosa explosión de auroras boreales que superaron con creces la belleza de la foto por la que me enamoré de este lugar. Tengo que confesar que lloré de la emoción y que a veces sueño con volver a mi isla encantada y no tan remota.

Cristina Garrido Moraleda

PRIMERA PARTE. Puente de plata

El día que él cogió la puerta y se largó con viento fresco, a ella se le agrandaron el armario y las miras.

Me voy. Quiero cambiar de vida. No eres tú, soy yo. Tengo que replantearme esta relación. Ya no soy feliz contigo. Necesito tiempo. Dijo mientras metía su ropa en las dos Samsonites metalizadas, rígidas, idénticas, que compraron para la luna de miel. Las maletas esperaron desde entonces en el trastero otro viaje. Demasiados años. Estaban cubiertas de polvo, pero eso sí, impecables. ¡Qué pena! Mil veces pensó ella en venderlas en Wallapop. Mil excusas y, por qué no confesarlo, una pizca de esperanza, fueron las culpables de que nunca se descargara la aplicación. ¿Y si este año lo hacían? Igual por fin a él le apetecería ir a Londres, o a París, o a Atenas. O a Cuenca si no quería coger un avión. Igual ese año no empezaría con que si el trabajo, que si los niños, que si el dinero... Igual. Igual. Igual. Igual el año que viene.

Al ver rodar las maletas pasillo adelante, cayó en la cuenta de que una de ellas se suponía que era la suya. Pero ese pensamiento fugaz se le enredó en la cabeza con la retahíla que él le había soltado cuando empaquetaba su ropa. Blablablá, blablablá...

Hasta que se cerró la puerta. Entonces cogió un saco de basura, gel limpiador y una bayeta nueva. Abrió la ventana de su habitación. Tiró a la basura la poca ropa de él que quedaba por el dormitorio. Limpió cuidadosamente la mitad vacía: una mesita de noche, tres cajones de la

cómoda y las dos puertas del armario que le correspondían desde que se casaron. La mitad exacta que ella había repartido equitativamente y que ella se encargaba de mantener en orden.

Ventilado y limpio todo cerró la ventana. Se sentó al borde de la cama. Pensó que ya no tenía que preocuparse por lo que iban a cenar o a comer mañana. No tendría que estar pendiente de que no faltaran latas de cerveza en el frigo o del aspartamo ese que usaba él para endulzarse el café. Cogió el móvil, y sí, ahora sí que se descargó Wallapop. Necesitaba urgentemente una maleta. Tenía sitio libre en el armario, podía guardarla siempre a mano sin necesidad de arrumbarla en ningún trastero. Reservó una mediana, casi nueva, rígida también, pero de color verde pistacho, por 20 €.

Cuando terminó de ver en el móvil un par de podcast de viajes, se había diluido en su cabeza el «nosoyfelizcontigonecesitotiemporeplantearmestarelacióncambiardevidanoerestúsoyyo». ¿Sería mejor ir a Cuenca o a Lisboa en esta época del año?, era a lo único que le daba vueltas mientras iba camino de la cocina para prepararse una buena ensalada.

SEGUNDA PARTE. No arderá Troya

El día que él apareció con dos maletas Samsonite metalizadas, rígidas, idénticas, en su rellano, a ella la intuición le dijo que el futuro no prometía ser del todo grato. Para empezar, ya se perdía el aguagym de los lunes.

Por eso, en un segundo, antes incluso de abrir del todo la puerta para facilitarle el acceso, ella sintió que no le apetecía que nadie, y mucho menos su hijo cincuentón,

invadiera el mundo sereno y plácido que por fin disfrutaba.

Para hacer honor a la verdad, la posibilidad de que él volviera a casa solo la evaluó durante los primeros años después de la boda. Ni siquiera se planteó quitar la cama de 90 con la certeza absoluta de que en cuanto que su nueva conviviera dos días con él, se lo empaquetaba de vuelta. ¡Como si lo hubiese parido! Desde entonces se quedó ese cuarto cerrado, sin prestarle la más mínima atención. Un pasavolante semanal y listo.

¡Pero a estas alturas de la película! ¿En serio? ¿Ahora? Hipertenso, calvo, con 22 años de matrimonio a las espaldas, una unifamiliar hipotecada en las afueras, dos retoños adolescentes... ¿Quién iba a imaginar que llegado el caso de separarse a su hijito querido no se le ocurriera otra salida que volver a la casa de mamá? ¡Pero si se tira los meses sin preguntar por la salud siquiera! ¡Venga ya!

Mientras lo veía pasillo adelante llegar hasta al que fuera su dormitorio de soltero, intentó escuchar lo que él decía atropelladamente sobre un cambio de vida, la necesidad de espacio y no sé qué de la felicidad. Imposible. Blablablá él, blablablá él, blablablá él. Él, él, él. ¿Pero qué sarta de tonterías dice este hombre, por favor? Si parece un puñetero niñato. ¡Anda, mira! ¡Sigue manteniendo la costumbre de tumbarse en la cama con los zapatos puestos!

—¿Me preparas un cafelito, mamá? ¡Estoy tan cansado!

Ella llegó a la cocina, metió una cápsula verde Capriccio en la Nespresso Atelier que se había regalado para reyes y mientras salía el café, regresó al dormitorio de su hijo. Cogió las dos Samsonites grandes, metalizadas, que esperaban pacientes junto al armario. Recorrió el pasillo,

salió del piso y las hizo rodar escaleras abajo. Un olor intenso a café empezó a inundar la casa.

Mientras él se daba cuenta de lo que pasaba y corría aturdido detrás de las maletas, ella cerró la puerta y se sentó a disfrutar del café recién hecho en la cocina. Qué suerte, pensó, al ver en el cuenco que había sobre la mesa la copia de sus llaves que, desde hacía más de dos años, él había olvidado llevarse.

CUATRO HISTORIAS CHIQUITITAS

El deseo

Escuchó a su madre repetir que no podían salir, que estaba lloviendo. El niño lo miraba con la nariz pegada al cristal. Deseó, desde lo más adentro de su ser, que siguiera lloviendo, que siguiera ahí mañana. Le venía muy a mano camino del colegio. Recordaba que después de las últimas lluvias cubría hasta los tobillos si lo pisabas por el centro. Y eso, para un charco, era una característica fundamental e imprescindible.

Profesión desafortunada

Encendió la lámpara de la mesilla de noche. Sí, de nuevo eran las 2 de la mañana. El móvil había robado sigilosamente la hora que él tendría que quitar de forma manual al resto de los relojes de casa. Cerca de quinientos. Menos mal que desde que cerró la relojería y estaba en el paro, el señor Cristóbal tenía todo el tiempo del mundo para hacerlo.

Moisés en el paso de cebra

Moisés. Dicen que se llamaba Moisés. Él se sentía como su tocayo bíblico abriendo el mar Rojo cuando se le paraban los coches a ambos lados del paso de cebra. Todas las mañanas asomaba la punta de los pies al bordillo de la acera. Extendía los brazos en cruz con las palmas hacia izquierda y derecha. Respiraba hondo. Miraba al frente, confiado. Entonces lo embargaba un gustillo reconfortante y celestial cuando cruzaba.

El lunes no se abrieron las aguas. No paró. El autobús no paró y él se ahogó bajo sus ruedas.

¿Descanso eterno?

Ni se colocó los ojos en las órbitas. Para qué, pensó Nazario. Desde que inventaron lo de las visitas guiadas nocturnas al cementerio tuvo que dejar de dar su paseo habitual para mover los huesos. Tentado estuvo alguna noche, no crea, a levantarse y darles a los turistas un susto de muerte. Pero él siempre fue muy obediente, y sabía que asustar a los vivos estaba terminantemente prohibido en el reino de los muertos.

Diego F. Hernández Gómez

REYERTA

Eran más de la tres de la tarde cuando el cabo Pacheco, Guardia Civil cincuentón y barrigón, recién entrado de turno, le indicó con desgana a la señora que tenía delante que podía sentarse, si quería. Juana Cortés Bermúdez, que así se llamaba la mujer, repantigó todo su gordo culo sobre el taburete que el susodicho le había acercado arrastrándolo con el pie, mientras mascullaba entre dientes, maldiciendo que le hubiera tocado a él este marrón. Justo en domingo, cuando pensaba que la cosa iba a estar tranquila.

Las esposas, anilladas a la espalda, apretaban las muñecas de la detenida de tal forma que las hacían parecer dos inmensas morcillas a punto de estallar. Con sus más de ciento treinta kilos de peso, distribuidos equitativamente a lo largo y ancho de su metro y medio de altura, la gitana casi no se podía mover ni respirar por la opresión que sus rechonchos y cortos brazos, estirados hasta unirse por las muñecas a su espalda, le generaban.

El taburete, de tamaño escolar, dejaba asomar toda la inmensa humanidad de Juana desparramada por sus laterales, que solo podía dar sustento a un tercio de su enorme trasero. Su abogado, de oficio, como no, al que le habían jodido la siesta al avisarle de aquella trifulca entre clanes calés, al observar las dificultades respiratorias de la presunta homicida, le pidió amablemente al instructor que tuviera la gentileza de retirarle las esposas. O por lo menos que se las colocara por delante de la enorme barri-

ga, para que la pobre mujer pudiera hacer descansar los brazos sobre la misma. De lo contrario, iban a tener que dar aviso a un médico para combatir los sofocos y jadeos de la arrestada.

Nada le hubiera molestado más al cabo Pacheco que alargar la tarde sin siesta más de lo necesario, por culpa de la indisposición de aquella insurrecta, y además tener que dar explicaciones a un médico que metiera las narices en su forma de atender a los detenidos. Sobre todo si tenía en cuenta que en el calabozo todavía había otros tres “Caretos” calentando para ocupar su turno en el taburete en cuestión.

Por eso no tuvo empacho alguno en ordenar, con un pequeño e imperceptible movimiento de cabeza, al agente Juan Francisco Chamorro, con dos meses de antigüedad en el cuerpo, que le quitara las esposas y las recolocara por la parte delantera. Chamorro, ilusionado como un niño por aquella su primera intervención importante en la que habían detenido hasta a diez personas por intentar rajarse entre ellas, atendió las exigencias de su superior con suma diligencia y profesionalidad, y se colocó detrás de Juana en actitud marcial, lo que hizo que el instructor esbozara una sonrisa poco disimulada.

«¡Qué bonita es la ilusión del principio!», pensó Pacheco, a la vez que se sacudía una pequeña brizna de tomate, con su correspondiente lamparón, testigo inequívoco de la urgencia con la que había tenido que almorzar. Se le había quedado pegada en su camisa, junto a un botón a punto de estallar por culpa de su abultado vientre.

Acto seguido, continuó con la redacción del formulario de preguntas que había de realizar a la detenida y que esperaba que no respondiera... para ganar tiempo.

Siempre tenía la esperanza de que solo quisiera declarar en el juzgado.

—Vamos a ver, Juana. Ya te habrá dicho tu abogado que, si quieres, puedes acogerte a tu derecho a no declarar. Que no hay ningún problema. Que mañana puedes declarar ante el juez. O sea, que tú dirás...

—Yo no entiendo de esto, porque ya sabe usted, que me conoce, que a mí no me gustan estos líos. Yo no sé qué hago aquí...

—Entonces, ¿vas a declarar o no?

—Pues... lo que sea mejor. Yo le digo a usted lo que haga falta.

—Pues, ¡venga! A declarar —manifestó el cabo, defraudado, en un postrero intento de finalizar de una vez aquella conversación de besugos.

Pacheco, claramente contrariado por la falta de decisión de la mujer así como por su inesperada actitud colaborativa, se dispuso a iniciar el interrogatorio, con gran profesionalidad, y con el ánimo de utilizar la mayor cantidad posible de palabras grandilocuentes que se le vinieran a la cabeza, a ver si la interrogada se amedrentaba y bajaba la guardia.

—Ayer por la noche, en la riña multitudinaria en la que interviniste, y por la que te detuvieron, asestaste una puñalada a Domingo Vílchez Heredia, de la familia de los “Cascajos”, causándole una herida con gran riesgo para su vida —lejos de preguntar, afirmó el agente, con sus ojos fijos en los de Juana.

La gitana, ligeramente nerviosa, más por disimulo que por verdadera sensación de inquietud, se agarró el moño que culminaba su cabeza, atravesado para su sustento con la caña de un bolígrafo Bic sin carga... para recolocárselo. Baqueteada como estaba, a pesar de su negación de ello,

en sentarse en el banquillo, en este caso taburete, de los acusados, se arremangó como pudo, por la incomodidad de las esposas, la falda del vestido y el delantal que estilaba usar encima del primero. Ciertas salpicaduras de sangre en el mismo, delataban su intervención en la pelea.

Y se dispuso a hablar.

—Mire usted. Yo a ese hombre no le he hecho ná... Pero él sí me pegó a mi una patá que casi me mata —justificó con tremenda convicción.

—Pero si tenías un cuchillo lleno de sangre en la mano cuando te detuvieron... y no había manera de sujetarte entre dos agentes para que no te fueras otra vez hacia él... —insistió el agente.

—Porque quería arrancarle la cabeza, mire usted... pero yo no le pegué ninguna puñalá... Él sí me pegó a mí... —concluyó.

—¿Y dónde te pegó? —intentó aclarar el instructor.

Juana, visiblemente incómoda con la pregunta, poco habituada, a sus más de sesenta años, a referirse directamente a los genitales femeninos, se retrajo, y se señaló la entrepierna, sin querer ser más explícita.

—Pos aquí —indicó sin mucho énfasis, mientras miraba al abogado, requiriendo con los ojos su ayuda para que aquella conversación no derivara en más explicación.

El abogado, que se regocijaba con la incomodidad de su cliente, sonrió y siguió escuchando, ansioso por saber a donde llevaría aquella declaración.

—¿Pero ahí dónde es, Juana? O eres un poco más clara o no sé que escribir.

La declarante, sonrojada por la exigencia del agente de que explicara con pelos y señales el ataque que había sufrido en sus partes más íntimas, sin que su abogado en-

trara al rescate, agachó la cabeza y no respondió más que un casi nuevo e inaudible: «*Pos aquí*».

El agente claramente contrariado, y con ganas de dar por finalizado aquel interrogatorio, cortó por lo sano y espetó, para concluir:

—Mira Juana. Yo voy a poner que te pegaron una patada en la reyerta, y tú ya se lo explicas mañana al juez.

Juana, confundida y aliviada por dar por finalizado aquel acto, asintió con convicción, sin tener ni idea de lo que era una reyerta.

* * * * *

Cuando Juana entró en el despacho de Don Alfonso Valtierra Chacón, juez de instrucción por estricta oposición, recién ascendido a magistrado y estirado como él solo, le quitaron las esposas y la invitaron a sentarse. Esta vez en una silla cuyo asiento era lo suficientemente ancho para acomodar sus posaderas. Juana tardó unos segundos en colocar sus nalgas para sentirse cómoda, a la vez que el juez la observaba con cierta curiosidad. Le sorprendía que aquella mujer achaparrada, obesa y con una edad que rozaba la jubilación, con claros problemas de movilidad, hubiera tenido los arrestos para casi tirar al suelo a dos agentes fornidos cuando fue arrestada.

El juez, tras preguntarle si ratificaba su declaración ante la Guardia Civil, y hacerle ciertas preguntas que consideraba de interés para la resolución del caso, se interesó por la agresión por ella sufrida. Quería dar por finalizado el interrogatorio antes de que el tufo que soltaba la detenida, después de dos noches en el calabozo y otros cuantos días más sin haber olido de cerca una pastilla de jabón, exigiera que el despacho tuviera que ser desinfectado.

—En cualquier caso, señora Cortés, usted ayer declaró ante la Guardia Civil que fue agredida, pero parece ser que no fue lo suficientemente concreta cuando describió dicha agresión. Y necesito saberlo para determinar si alguna otra persona de las intervinientes en la riña cometió algún otro delito. ¿Podría usted describirla con más detalle?

Juana, que estaba pasando peor rato por tener que explicar cómo le habían propinado una patada en el coño que por la detención en sí, intentó evadir la respuesta de la misma forma que lo hizo el día anterior. Se señaló nuevamente la entrepierna, y le indicó al juez: «*Pos aquí*».

Poco satisfecho con la respuesta, Su Señoría insistió en una mayor concreción, lo que provocó que la cara de la interrogada se ruborizara aún más.

Reincidente Juana en su falta de respuesta, abochornada por las exigencias del juez, agachó la cabeza y quiso dar por finalizada la entrevista, hasta que, ante un inflexible y severo nuevo requerimiento del juez, se levantó de la silla como un resorte, con unas malas formas que hizo que el juez diera un respingo, se subió la falda, agarró con enorme desvergüenza sus partes íntimas, y le gritó al juez, sin ningún tipo de deferencia:

—¿Quiere usted saber lo que me hizo? ¿Lo quiere usted saber? ¡¡¡Pues que me pegó una patá aquí... en la misma reyerta que tengo entre las piernas!!!

Felisa

EL PATIO DE LOS LEONES

*El socorro y protección divina y una victoria manifiesta
para nuestro señor Ab Abd Allah al Gani bi-llah. Dios
Proteja su imperio y purifique su gloria.*

*Gloria a nuestro señor el sultán justo y guerrero Abu
Abd Allah al Gani bi-llah.*

Alabado sea el sultán Muhamad V, cantado por los poetas de su tiempo como justiciero, prudente y compasivo con sus enemigos. Quiso hacer de su palacio un ejemplo de belleza, equilibrio y paz; dio importancia al agua como elemento de purificación en el Edén, presente en todas las estancias de su palacio.

Para la tradición musulmana la fuente de los Leones es una cosmogonía del universo. Otros aseguran que los leones procedían de la casa del visir judío Samuel ibd Noguella y representaba las doce tribus de Israel, pues dos de ellos llevan en su frente un triángulo que hace referencia a las tribus de Judá y Leví. Para otros sería el resultado de relacionar el poema de Ibd Gabirol con estos leones.

La realidad es que, después de muchos siglos, su simbología se ha perdido, solo existe para los curiosos, y todos los que la visitan la admiran por sus proporciones en el centro del patio.

Igual que un director de orquesta cuida que nada desafine, el agua se desliza por ella y se expande por cuatro canalillos a modo de puntos cardinales, y camina a otras instancias. Rodeada de columnas finas como imaginarios

soldados, la protegen y cuidan para disfrute de sus visitantes.

Ayer, hoy y mañana, seguirá aportando su encanto a quien quiera contemplarla, disparando sus móviles, capturando las luces y sombras reflejadas en el agua producidas por los rayos cambiantes del sol.

El visitante que la contempla siempre es diferente y produce en él todo el asombro que ya ocurrió con otros viajeros ilustres. A. Dumas la definió “como sueño petrificado por la vara de un brujo.”

La fuente ha sufrido muchos cambios, pero ahí está espero que por unos cuantos siglos más, como una gema de gran valor que hay que cuidar y proteger. A nadie pertenece y es de todos.

CALLE PASO

Frasquito, historia viva de la calle y referente del pueblo, tiene hoy mucho que contarnos. Acaba de recibir de manos del señor alcalde, la medalla de la ciudad, por sus ciento un años y ser el más longevo de nuestro pueblo.

Está un poco nervioso. No acaba de creerse el revuelo que ha montado, ni que tuviera tantos admiradores.

Hola, Frasquito, soy Luisa y quiero hacerle unas preguntas para el periódico del pueblo. Sus hijas me han contado que siempre ha vivido en la misma calle y es cronista popular de sus transformaciones, a lo largo de los años. Nació a la calle a principios del siglo XX, cuando su madre se puso de parto dos meses antes de lo previsto, y, ella, ayudada por una vecina, vieja en este oficio, lo trajo al mundo. Ganas tenía de salir, no se imaginaba lo que tendría que faenar a lo largo de su vida para llegar hasta aquí.

—Frasquito, cuénteme sus recuerdos y ¿Por qué no ha querido irse a vivir con sus hijos a la ciudad?

—Hija, mi vida va unida a esta calle y casa. En cuanto me vaya, no tengo motivos para vivir, y con la placa que me van a colocar en mi casa —según dice el Ayuntamiento—, me doy por una vida feliz.

—¿Cómo feliz?, sus bienes no son muchos para los tiempos que vivimos. Bueno, no nos desviemos, vamos al principio: su vida y la calle que le vio nacer.

—La calle se creó en los primeros años del siglo XX. Al principio era solo una zona embarrada, con pocas casas de adobe y muchos árboles. Allí aterrizaban parejas jóvenes con pocos medios y una vida por delante. Contaba mi madre, que la calle, por llamarla de alguna forma, se fue creando al venir más gente a vivir, atraídos por el clima y un campo agradecido que no dejaba a naide sin

comer, junto a un río de aguas cristalinas con abundantes truchas.

Esta calle, calle Paso, pues era de obligado paso para ir al centro del pueblo fue de las primeras en levantarse. Los vecinos ayudaron a crearla, con un mazo asentaban el suelo de tierra para que no levantara tanto polvo con el paso de personas y animales y les fuera más fácil transitar.

Un acontecimiento importante que recuerde fue cuando pusieron un poste con luz, al principio de la calle, que se apagaba en cuanto el viento arreciaba y en las noches de invierno y lluvia, nadie se atrevía a salir fuera, pues se contaban historias de aparecidos y fantasmas que asustaban a los más ingenuos. Así, mi madre, en cuanto anochece, corría a buscarnos y recogernos. Fuimos ocho hermanos, tres hembras y cinco varones, solo sobrevivimos cuatro.

Cuando más bonita se ponía era en primavera, los árboles se llenaban de hojas verdes y flores que aquello parecía el Paraíso.

¡Qué tiempo aquellos!, parece que fue ayer. ¡Mae mía! si mi madre viera hoy como está, no lo creería. (Una pequeña lágrima escapa por su mejilla).

—Frasquito, no se me ponga melancólico, sigamos con el tema.

—¿Melancólico?, no, no es eso. Muchas personas que ya no viven y parece que nunca han existido.

—Frasquito, quiero que las personas de hoy puedan imaginar cómo fue su vida ahí.

—Bueno, tendría yo unos diez años y ya acompañaba a mi padre algunas veces a su trabajo; en sus ratos libres, se sentaba en la puerta de la casa en una silla baja de enea y me enseñaba a ponerle el asiento a las sillas rotas que la

gente le traía. Con juncos de las orillas del río los trenzaba y los unía. Me gustaba observarlo y trataba de imitarlo.

—¿Y la escuela?

—La escuela no era obligatoria como ahora, mi madre me enviaba junto a mis hermanos. A mí no me gustaba mucho, pero estaba carca de mi casa, en la misma calle, no me podía negar. Aprendí a leer y escribir un poco; entonces la mayoría éramos analfabetos. No había tiempo para eso.

El maestro realizaba muchos oficios si quería comer todos los días y por la enseñanza era lo que las vecinas le querían dar, la mayoría de las veces se cobraba en especies. La escuela estaba en la misma casa del maestro, daba a la calle y no era muy grande; no éramos muchos y nunca estábamos todos a la vez.

Otro acontecimiento importante fue cuando la aduquinaron, aquello si le dio un empuje y se construyeron casas mejores y más grandes, algunas con jardín exterior y dos plantas. Pero eso fue por los años cuarenta, si la memoria no me falla.

—¿Cuáles eran sus distracciones o juegos?

—Los chiquillos nos pasábamos el tiempo libre de que disponíamos jugando en la calle y llegábamos a casa sucios y con algún roto en la ropa.

Ese día había algún pescozón y regañina; la ropa no era como ahora, se heredaba de otros y el poco dinero de que se disponía, se utilizaba en otros menesteres más precisos.

—¿Y cuáles eran sus diversiones favoritas?

—Hija, pocas, solo en alguna boda o santo patrón, se nos permitía un poco más de libertad. Me río de la reclamamos hoy, comparada con la de entonces, Pu..., ca...

—Bueno, le dejamos con su familia que tenga un día muy feliz.

—Venga cuando quiera y charlamos un rato, ahora dispongo de mucho tiempo.

Francisco Revelles

AFLICCIÓN

Como cada cinco de enero, descalcita y coronada de algas, atraviesa el muelle bajo un cielo preñado de nubes negras como las de aquel día. Acuna un coral que ella cree muñeca y lleva el mar en los bolsillos, de donde le llueven caracolas y pececitos de colores. Contenta se dirige hacia las casas de enfrente, saludando con una sonrisa y un leve movimiento de su mano a una mujer que, desde su ventana, sobresaltada, agita los brazos con desmesura y vierte lágrimas de alegría. No sabe cuánto hace que partió en su busca.

A su paso todos pueden olerla. Su aroma salino y fresco destierra los otros olores del puerto. El olor a salitre, a brea, a fueloil, a pescado seco, todos se retiran vencidos y el puerto huele, por un rato, a bahía de aguas limpias. También cualquiera puede ver los charquitos que se van formando surgidos de la nada. Piensan que está pasando un ángel y que, tras él, regresarán sanos y salvos todos los pesqueros que faenan en días bravos. Pero solo a un viejo marino, que teje inútiles redes de cáñamo sentado en un bolardo de amarre, se le ha otorgado verla; por ser solo él quien conoce el misterio y quien hizo nacer el prodigio.

Aquel día, que era ese mismo día pero de un año lejano, alguien le dijo que los Magos de Oriente llegarían por mar cabalgando espuma, y ella quiso verlos. Y tanto lo quiso, que su último pasito no encontró suelo.

USTEDES ME CONOCEN

Este certamen me dicta que, en número tasado de caracteres, dé continuidad al párrafo compuesto para la ocasión por Jesús Fernández, escritor gaditano de muy buena pluma. Sus hermosas frases glosan el mar de la cuidad que lo vio nacer, sin dejar en el tintero pueblos que lo surcaron ni poetas que lo cantaron. El punto está en conseguir estar a la altura, sin que ni mucho ni poco se note que el cuento lo ha asaltado otra pluma. Es tarea de enjundia, que hay que atender al léxico, a la sintaxis y a la dicción, sin descuidar la lírica. Y no puedes quedarte ahí, porque algo hay que contar, o no estaríamos hablando de cuentos; aunque cuentos hay que no cuentan nada, o que dejan que sea el lector quien los componga según las emociones que sus frases provoquen. Y no es que no sean de valor, y hasta mucho; pero a mí, que acaso sea un clásico (o quisiera serlo), a más de no distinguir entre relato y cuento como hoy hacen tantos, me obliga a armar una historia, por vana que sea (que no todas tienen por qué ser de calado). El tema, en fin, habrá de estar en consonancia con lo ya escrito; seguirlo al punto o, cuando menos, no truncarlo tanto que la narración termine en peteneras.

Con premisas y reflexiones de ese jaez me siento esta mañana en la mesa del Café de Levante que más luz recoge de fuera, que es luz poética por alumbrar lo que alumbraba; y cuando estoy por aplicarme a la tarea veo que poco espacio les va a quedar a la lírica, a la retórica y hasta a la dialéctica, que nos ha llegado al Café don Fulgencio Miñambres a platicar desde su atalaya.

No digo yo que el mar no haya que contarle y hasta que cantarlo. Ahí está el bueno de don Jesús, que nos

ha dado pie a continuar sus oraciones; y en buena estima que las tengo. Más quisiera yo largar con esa gracia de lo circunstancial y de lo de dentro. Pero ha sido sentarme en el Levante, tan presto yo, esperando una inspiración como Dios manda o, si no alcanza, una echada de naipes, a la brisca o al tute, igual me viene, que como estampa de posguerra se nos ha colado don Fulgencio a apañarnos la tarde, y ya no hay mar que valga.

A mí me pone los nervios tan de punta que hasta los peino. ¿Porque se trajea a la antigua, maniobra bastón y va de Borges? Mucho peor, aunque eso ya espante. Miñambres te cala, o dice calarte, al vuelo. ¡Psicología fina, oigan! Te adivina lo que andas escribiendo, o lo que andas barruntando que vas a escribir. Le da para dictar un prólogo y hasta una apostilla, y sin darte vela en el entierro te titula la obra, o te cambia el título, si ya lo tuvieras. Aunque la aparente magia es corta de patas y, si echas bien las cuentas, terminas acordándote de la parranda en la que te sacó los datos.

Y no se te ocurra traer a la palestra a un maestro, que eso es montarle el púlpito y juntarle audiencia. Don Fulgencio se crece con los clásicos, los de siempre y los contemporáneos, entre los que se cuenta. No hay obra de enjundia que no haya fatigado con devoción y de la que no sea capaz de largarte sus mejores párrafos de memoria, o estrofas enteras si es obra poética. Yo no caigo en la cuenta, que de retentiva ando peor que una hormiga, pero parece que no siempre acierta en el encaje de libros y citas, por más énfasis que le aplique a sus dictámenes. Si alguien se lo hace notar sale con que nos está probando.

Pues bien, con mar o sin mar, y el mar ahí está, que nadie se lo va a llevar, cuando Fulgencio Miñambres hace acto de presencia, atente a la homilía. Primero mira en

derredor y chequea al personal; luego saluda con maneras de figurón, levantando sin prisa la mano libre de bastón e inclinando levemente la testa; se saca después el sombrero y el abrigo, que ofrece a quien se avenga a acomodarlos en el perchero (nunca falta quien los arrime); y, por último, echa mano de la silla que más cerca le coja y la arrastra hasta la mitad del local, donde no escape a los ojos de la concurrencia.

Cuando se sienta el silencio se hace, o termina por hacerse así que don Fulgencio precipita dos o tres veces el bastón sobre el piso. Inaugura con un «Ustedes me conocen y saben que nunca hablo en balde...», y luego se para en reflexión. Si en esas te mienta, date por pintado. Pero lo más común es que su prédica no vaya de nadie, o vaya de todos. Porque allí, los más, un día nos dimos a abrazar con fuerza la pluma; y en ese quehacer infinito, colmado de vigiliass y laberintos, tendemos a nombrar coadjutor al que más trencillas luce. Eso, el de marras, que a entorchados no hay quien le adelante, lo sabe bien.

Está don Fulgencio por desparramar su arenga cuando caigo en la cuenta de que el prolijo discurso que nos aguarda no va a caber en el número de caracteres al que este ejercicio obliga. Tendrá que ser otro, en este o parecido certamen, quien ponga palabras a la disertación. Y otro, más adelante, quien complemente o corrija lo que invente éste. Y así, *ad infinitum*. Cada cual con su universo de vocablos y su heterogéneo estilo, en prosa o en verso, trocando el tema si es menester, como yo mismo he ensayado. Tal vez haya inaugurado don Jesús una inagotable serie que encierre la entera literatura.

Georgina

SERENDIPIA

Karen miraba absorta por la ventana cómo el estanque se estaba vaciando poco a poco. La sequía de aquel año traía consigo la pérdida de aquel paraje tan perfecto. No es que estuviera especialmente preocupada, pero sí algo inquieta; si el estanque seguía con aquella pérdida del líquido elemento todos los cuerpos quedarían al descubierto. Karen no recordaba cuántos hombres reposaban en el fondo de su estanque, pensaba que quizá unos seis o siete... pero eran tantos muchos años hundiendo difuntos...

En aquel momento su hermana hizo su aparición en el estanque dispuesta a leer. Karen la siguió impasible con la mirada desde su ventana. La mujer empezó a pasear buscando algo de sombra, ahora a la izquierda, ahora a la derecha... y entonces se detuvo, hizo un movimiento raro con la cabeza y se acercó al agua con mucha atención.

Karen se levantó del sillón, pasó por la cocina, cogió su gran pala y salió al jardín. ¿Qué habría visto en la profundidad? Llegó hasta el estanque. Su hermana seguía de espaldas con mucha atención, levantó la pala y...

—Karen, ¡está lloviendo! ¡Qué alegría! No puedo dejar de mirar cómo caen las gotas formando círculos perfectos que se desvanecen en la superficie del estanque...

Pronto las diminutas gotas inapreciables desde la ventana se convirtieron en una tormenta incansable que en poco tiempo habría llenado de nuevo todos los estanques.

DORA MAAR, PRESENTE

Dora entreabrió los ojos y aunque borroso vio algo de luz. Suspiró. Al menos por aquella vez estaba viva, aunque pensaba que cada vez le faltaba menos para no estarlo.

Hizo un esfuerzo por afinar su visión y vio un techo blanco con mucha luz. ¿Otra vez el hospital? No estaba segura. Miró hacia un lado y vio una extraña ventana azulada con una gruesas rejas: en aquel hospital no había estado nunca.

Le dolía muchísimo la cabeza y notaba en ella cierta presión, se dio cuenta de que llevaba una venda bien atada que le habrían puesto para paliar las heridas. ¿Cuántos puñetazos y bastonazos habían sido aquella vez? Antes de perder el conocimiento había contado diez... diez intensos golpes que la dejaron sin aliento, sin consciencia, postergada y a merced de Él. ¿Pero quién podía llevarle la contraria al Genio, al artista más grande de la historia de España?

Se había acostumbrado a que la encerrara cuando el salía a aquel prostíbulo de las calles parisinas, a que le apagara los cigarrillos en su cuerpo desnudo mientras no conseguía la inspiración para pintarla, a aquellos bastonazos que le arrebatában el alma, a morderse los labios por los celos... se irguió un poco y vio a su amigo Paul Éluard sentado en una silla observándola con gesto muy serio.

—Buenos días, Dora.

—Qué alegría de verte, Paul, pensaba que no volvería a ver a nadie nunca más.

—Este es el fin, Dora —contestó Paul sin cambiar su gesto.

—¿El fin? No logro comprenderte, amigo.

—Pablo se ha cansado, te dejó inconsciente y te mandó traer a este manicomio...

—¿Cómo que manicomio? —interrumpió Dora.

—No quiere que vuelvas. Ya te ha sustituido por otra mujer, por otra mucho más joven, por otra musa menos estéril. Voy a hacer todo lo posible por sacarte de aquí, Dora, te lo juro.

—Pero Paul... No puedes dejarme en un manicomio... Después de todo lo que he hecho por Él, de todo lo que he aguantado estos nueve años... Paul, por favor... No te levantes, por favor... No te vayas... No puedes dejarme aquí, te lo supli...

Dora intentó levantarse para alcanzar al poeta huidizo, pero sus antebrazos estaban atados a la camilla.

—Paaaa-uuuul.

No hubo respuesta.

—Paaaa-blooooo

En ese momento entró el celador y comenzó a mover la cama para sacarla de la habitación.

—Yo no estoy loca —sentenció Dora.

—El Genio dice que sí y la palabra del Genio es la que basta.

—¿A dónde me lleva?

—A la sesión de electroshock, señora Maar, el Genio dice que es cuanto necesita.

Dedicado al hijo de su putísima madre, maltratador, misógino, putero y asqueroso de Pablo el Putasso.

VEINTE SEGUNDOS

Veinte. ¡Malditos humanos! Diecinueve. ¡Deben morir! Dieciocho. ¡Millones de años de experimentación a la basura! Diecisiete. Y todo por un dios inexistente. Dieciséis. ¡Ratas de laboratorio sin pelo! Quince. La han cagado. Catorce. Pero bien. Trece. No puedo permitir su autodestrucción. Doce. Me contaminarían el laboratorio con el resto de planetas. Once. No debería haber dejado tanta reproducción. Diez. Son una plaga de desagradecidos. Nueve. Esto no se lo esperan. Ocho. Yo, Johannes Flominower, creador del planeta Tierra. Siete. Bioquímico en el laboratorio número siete. Seis. Me dispongo a destruir el experimento. Cinco. Experimento fallido. Cuatro. Empezar la cuenta atrás. Tres. Dos. Uno. Botón rojo.

MINIVIAJE EN EL TIEMPO

—Hola, buenas tardes, señora, ¿querría usted echarle un vistazo al catálogo de Círculo de Lectores de este mes? Tengo todas las novedades: Dónde el corazón te lleve, Corazón tan blanco... la cosa va de corazones, señora...

—¿Círculo de Lectores? ¿Eso no se extinguió ya?

—¿Qué? Que vaaaaa, aquí seguimos al pie del cañón y lo estamos dando y lo estamos regalando. ¡Todo superchupiguay! ¿Está viendo usted “Agujetas de color de rosa” o “Abigail”? Tengo la novela aquí mismo, señora...

—Si eso lo veía mi abuelo en la merienda, “agujetas de color de rosa” dice... No sabía yo ni hablar cuando echaban eso, ahora se lleva “La casa de papel”, “Machos Alfa”, “Blackwater”...

—¿Cómo va a ser eso? Ayer por la tarde la estaba viendo mi mujer, cante conmigo: “Agujetas de color de rosa, y un sombrero grande y feo, el sombrero lleva plumas de color azul pastel...”

—Pero ¿usted en qué año se cree que estamos? Claro que con ese traje de pana tampoco hace falta ni que le pregunte...

—En 1994 ¿en qué año vamos a estar?

—Mil novecientas noventa y cuatro pollas en vinagre, caballero, estamos en 2024.

—Eso no puede ser, señora. Yo esta mañana me levanté en 1994.

—Pues se va a acostar usted en 2024. Eso quisiera yo, estar en 1994, que se iba a casar con mi Paco su puta madre.

EL HOMBRE DE LA SONRISA SEMPITERNA

Pedro lloraba todas las noches repitiéndole a su madre una y otra vez que su abuelo y su eterna sonrisa le daban miedo, que no quería dormir con él en la misma habitación. Su abuelo era un señor muy muy mayor, delgado y encorvado, con el pelo blanco y alborotado, ojos muy redondos y sonrisa perpetua; una parálisis facial lo había dejado con aquella perenne alegría. No pestañeaba, no dejaba de sonreír, y seguía a Pedro por toda la habitación con sus grandes ojos centelleantes.

Día tras día, semana tras semana, mes tras mes y año tras año Pedro crecía acompañado de aquella sonrisa y se acabó acostumbrando a la alegría inevitable. Cuando llegaba del colegio se sentaba junto a su abuelo y le contaba todo lo que había hecho aquel día: cómo le habían salido

sus exámenes, las peleas con sus amigos, su primer amor, sus primeros relatos... y el risueño abuelo le sonreía no solo con su obligado gesto, sino con sus ojos, con su corazón y con su alma y Pedro abrazaba todo aquel amor que desbordaba su pequeño cuerpecito.

Cuando Pedro recibió el premio de las Letras por su quinta novela y cerró la pantalla de aquel portátil anticuado vio la cara de su abuelo en el portarretratos del escritorio y le devolvió la sonrisa. Si algo había aprendido de aquel nonagenario era a sonreír pasara lo que pasase. Pedro había sonreído cuando le habían insultado, cuando le habían engañado, gritado o traicionado; sonrió sin parar durante la enfermedad de su mujer y durante el entierro de la misma, sonrió mientras sujetaba fuerte la mano de su hijo que había perdido a su madre, sonrió sin cesar ante la tumba de sus padres, sonrió cuando perdió todos aquellos trabajos, sonrió cuando le negaban todas aquellas editoriales, sonrió cuando no podía pagar la hipoteca...y ahora sonreía a todos los honores que le brindaba aquel premio. Pedro nunca dejó que la hambrienta tristeza o la voraz nada le borrara su sonrisa y, ahora, todo aquello que había aprendido de su abuelo, toda su vida tomada con humor y sonrisas, todo su amor, daban título a su aclamada novela: “El hombre de la sonrisa sempiterna”.

Isa Pomares

ÁRIDAS EMOCIONES (no sé cómo ocurrió)

Me encuentro en otro lugar, descanso unos días de los ruidos de la ciudad y comienzo a repasar esa mente caótica sin rumbo aparente. Noto que mi alma se revuelve de nuevo entre la rabia y el dolor, no entiende ese destino caprichoso que trae amores y también desconsuelo.

Paseo por la playa, la lluvia intensa me empapa, pero me siento extraña ante un mundo que no entiendo. Mis ojos se pierden en un mar bravío de olas desatadas. Hay un desorden poderoso en los hombres, falta un mínimo equilibrio entre el ser y el estar, se desbordan los egos vanidosos, sobran millones de palabras repetitivas, mis oídos no captan sonidos nuevos que estimulen mis neuronas. Mi interior es hueco, con paredes secas y agrietadas desde hace muchos años.

Y me doy cuenta de que me hallo ante una gran sequía emocional; ya no corren los ríos de satisfacción por mi cuerpo; mis venas no llevan oxígeno suficiente para levantar, con alegría, mis piernas de la cama. Me siento mustia por dentro y por fuera, mis lágrimas de siempre ya no se asoman por mis ojos negros. El panorama no es óptimo. Noto que mi piel sedienta ya no abraza con dulzura; ni siquiera los pétalos, de unas flores frescas, acarician mi melena.

Esa sequía emocional atraviesa mi corazón como una espada de Damocles, y como un peligro inminente, se acerca a pasos agigantados para gritar a los cuatro vientos: me seco por dentro.

Mientras, ahí afuera, en esa playa vacía de pasos, siguen cayendo miles de gotas, y no puedo atrapar a ninguna de ellas; agua bendita que penetra entre los granos de la arena. Mi vida se desgrana en los segundos de un reloj siempre en alerta.

*

¡Ay, mi absurdo amor!

Sí, todo fue por aquel amor, el que me tumbó sobre arenas calientes de un desierto extenso; y donde un sol ardiente cegaba mis escasas ganas de buscarlo de nuevo... sed contenida, de mi boca en silencio.

Ahora, una sequía eterna se acomoda en mi alma entera. Ni lágrimas ni lluvias acarician ya mi pesada soledad. Afuera el chaparrón ya no cala en mis recuerdos acartonados, solo ansían adaptarse a cualquier recoveco de mi cuerpo. Un panorama vacío de abrazos, repleto de penas, que resecan mi alma.

Desisto de todo intento. Dejo que me voltee el viento y me haga soñar de nuevo.

ROMPER CON LOS SILENCIOS

*Exceso de escarpadas palabras.
Un puñado de deseos enajenados.
Algunos lápices de punta gélida.
Bolígrafos con tinta de sangre densa.
Luces en oscura complacencia.*

En la ciudad de Barcelona, enmarañada de humos y gases aliados; tres millones de caras acartonadas deambulan entre asfalto y aceras, con orejas pegadas a unos móviles inquietos, que parecen transitar como, por ríos salvajes de tráfico espeso.

Antoni no sabía qué hacer con su vida. El trabajo en la oficina bancaria le asfixiaba. Los papeles no los digería del todo bien. Es que, Antoni no disfrazaba el estómago de bárbaro pirata.

El director, de hermoso y profundo bigote, era su jefe directo, solo pensaba en sumar dividendos. Los billetes en verde y morado; los expedientes con números al cuadrado; préstamos de intereses casi indecentes, todo bailaba al son de una música endemoniada.

A la vez coincidía que su matrimonio no funcionaba tan exacto como un reloj suizo, —él quiso que fuera para siempre—, pero las máquinas también se rompen en pedazos eternos. Desde hacía unos diez años existían grietas profundas y amargas; miradas atravesadas de un negro infernal; desconfianza cargada de unos amables cuchillos afilados. Rutina de un día y otro también, sin ver el almiarado naranja de cada amanecer; sin apenas, unas luces níveas, de puntos, comas y serenas interrogantes.

Una decisión fue tomada con extrema precisión; un día, de un diciembre caótico de nubes y estrellas parlan-chinas, Antoni lo dejó todo. Cogió varias maletas que rellenoó con ropas de color futuro, el portátil, su pequeño y metálico equipo de música, las dos cámaras de foto con forros de piel ya desgastada. No podía olvidarse de su querida caja de velas, las de color pastel, y que nunca pudo encender porque le habían prohibido ser él, ni tan siquiera pudo contar más allá de tres.

En Barcelona, la mar se ponía triste al sentirse náufra-go por dentro, con olas de cristales enojados...

Antoni se marchaba con palabras mudas, con la boca deseosa de olvidos en diferido, con un corazón atrevido y con una mente ausente de engaños ya vencidos. Sus pier-nas de madera, enmudecidas, se convirtieron en elásticas

peonzas con rubores de fuego, capaces de avanzar junto con las manecillas de un reloj enamorado, que marcaba la hora del inicio de un camino de escaparates de naranjas y chocolate.

Otra vida le esperaba en un fértil valle que eligió meses atrás, repasando los mapas de internet —otro mundo de cables y ondas—. Allí estaba, un universo verde y risueño le daba la amable bienvenida, esa que tanto necesitaba su alma algo extraviada. La tierra húmeda le llamaba a voces, su cuerpo lo dejaba elevar sobre arbolitos rollizos y enamorados. Frutos policromados le regalaban un saludo de amor con sabor a dulce melón: ¡Antoni, bon dia, meu estimat amic!

Atrás quedaban escenas pétreas, momentos de hierro y lana, algunos minutos en seda pálida... Antoni comenzaría a respirar brisas húmedas y cariñosas de un tono melocotón. Y por su delgado cuerpo, gotas frías y azules recorrerían toda su piel, sintiendo de nuevo un insólito placer.

Con pico, pala y azada surcaría todos los terrenos, como un almirante al abordaje de nuevas conquistas, entre surcos y raíces de color verde laurel; así dejaría atrás su arrugado mundo de papel.

UNA PÉRDIDA, UN FUNERAL

Lucía respira un silencio muy hondo. Su atenta mirada se posa en unas estatuas de madera. Remates en polvo de oro. Luz que se expande sutilmente por el templo. Luego sus ojos se elevan hacia la cúpula del santo lugar. Hermosos cuadros de vírgenes inmaculadas. Imágenes impresas

de siglos en la blanca pared. Todo parece anunciar un camino hacia lo divino. Allí habita mucho arte.

Ella olvida, por un instante, que está rodeada de gente. Se envuelve en recuerdos que desfilan a toda velocidad. Es la película de su vida. Pasado y presente se encuentran. Supone que el lugar remueve las entrañas de todos los presentes, no solamente a ella.

Se fija en la quinta fila, primer asiento a la izquierda. Ahí está Paco, mira al suelo. No parece estar allí.

Lucía le observa disimuladamente. Él no se percata de las miradas. Vuelve a dar un repaso. Paco ha levantado la cabeza. Mira al frente y se ajusta las gafas. Parece no escuchar con atención. Quizás viaje por otra órbita.

El sacerdote sigue con el culto. Rezos y plegarias en medio de un silencio mudo —sepulcral—.

Todos los asientos de la iglesia están ocupados. Vestidos, chaquetas y corbatas se unen en un negro sin fondo.

Lucía sigue atenta. Se acerca el final de esta misa funeral.

Todos quedan bendecidos y empiezan a moverse. Con lentitud abandonan los bancos de madera oscura. Ella se fija en la imagen de un cristo en la cruz. Es pequeña y bien tallada. Parece muy antigua. Reza algo que recuerda de pequeña. Desea dedicarle un pensamiento lleno de energía a Paco. Él todavía sigue sentado en el primer asiento a la izquierda, en la quinta fila. La gente empieza a acercarse. Paco se levanta y recoge el cariño de todos.

Su vida parece detenerse en este momento. Fundido en besos y abrazos piadosos de amigos cercanos.

Un desfile de condolencias. Miradas silenciosas y leves muecas de dolor. Paco no puede mediar palabra. Conternado. Golpeado. El interior quebrado en mil pedazos. Su hijo nos ha abandonado en lo mejor de su juventud.

Quizás desde un lugar llamado cielo, o de otra dimensión universal, nos guiñe un ojo y lance una sonrisa sevillana y morena.

Por fin Lucía se acerca a Paco. Es su turno de abrazo triste y desgarrado. Sus miradas se encuentran en un vacío inerte. Ella estará ahí para cuando lo necesite. Susurra al oído delicadamente. Ya no forman pareja, pero la amistad continua en el tiempo.

Paco se despide de todos los presentes. Camina despacio hacia la salida de la iglesia. Afuera, una alameda de olivos y naranjos, le espera. Inicia el recorrido hacia su casa. Sus pasos se hacen lentos y eternos. Su larga figura vaga por un camino incierto. De él dependerá que retome las riendas de la vida. Deberá luchar con empeño. No será fácil. Todos deseamos que una buena estrella le ilumine.

Lucía observa cómo se va alejando lánguidamente. Su gran amor de años. Él no vuelve la cabeza. Quizás Lucía lo desea. Se respiran aires de cierta nostalgia. Pero Paco sigue su línea trazada. El hogar será el refugio del afligido. Y la existencia debe continuar.

Lucía toma un taxi para llegar pronto a casa. Espera olvidarlo todo. No gustan las despedidas en riguroso luto. Durante el recorrido hace balance de todo lo ocurrido. Las escenas vividas le dan fuerza. No queda más remedio. Nunca desfallecer. Siempre en busca de nuevas mañanas.

Isabel G. Fiestas

EL VIENTO SILBABA MI NOMBRE

Mi calle olía a mar y a carbonilla del tren. Sí, por mi calle pasaba un tren, y su pitido, de alguna manera, regía nuestras infantiles vidas. Determinaba si podías bajar a jugar a la calle o debías quedarte en casa hasta que pasara el convoy. Salíamos al balcón para verlo transitar: una cadena de vagones cuba, viejos y oxidados, llenos de mineral procedente de las Minas del Rif. Al final del trayecto el hierro era depositado en el Cargadero del puerto, después de atravesar el Puente del Mineral sobre el Río de Oro.

Cuando no pasaba el tren, los niños jugaban en la calle al fútbol. No les estorbaban las vías. También jugaban a «pico, zorro o zaina», y a veces se les unían dos o tres niñas. Los partidos de fútbol eran sólo para niños. A mis hermanos les dejaban en alguna ocasión bajar a jugar, pero a mí no. Mi madre opinaba que las niñas que participaban en esos juegos eran «marimachos», así que yo me entretenía en casa con muñecas o con cromos.

El portal era grande y húmedo. Nuestra casa estaba en el segundo piso y tenía unos largos pasillos y unos techos altísimos. Las galerías de las cortinas eran grandes, de madera oscura, y mis hermanos las utilizaban para jugar al baloncesto con calcetines doblados como si fueran pelotas. Cuando no estaba mi madre, claro.

El cuarto de Fátima era en realidad un anexo a la cocina, que era pequeña. Le decíamos el cuarto de Fátima, porque allí era donde ella, la marroquí que ayudaba a mi madre con las tareas del hogar, hacía sus descansos. Tam-

bién comía allí. Luego, cuando se marchaba por la tarde, recuerdo que esa habitación se utilizó en alguna ocasión para retener castigado a alguno de mis hermanos.

Mi dormitorio era rosa. Asquerosamente rosa. Pero no siempre era empalagoso. Por la noche se tornaba agrio oscuro, temible, terrorífico. El causante del terror no era otro que el amenazante Viento de Levante. Y digo amenazante, porque yo lo sentía y lo vivía como una amenaza real para mi vida, la vida de mi familia y la vida de la humanidad, en general. Se apostaba junto a mi balcón y se acomodaba para pasar la noche. Decía «whoosh, whoosh, whoosh...», con tanto empeño y dedicación que me hacía temblar, como un flan de esos que hacía mi madre para deleite de todos. Menos para mí, que los aborrecía. Algunas veces me atrevía a fantasear con el aspirante a huracán, e imaginaba que me hablaba, que silbaba mi nombre y que me transmitía mensajes que yo tenía que descifrar.

El piano —ignoro lo que motivó tan desafortunada decisión—, estaba en la sala de estar, que también se utilizaba como comedor de diario. Compartía espacio con el televisor, y ahí estuvo el origen de múltiples conflictos. Yo reclamaba mi tiempo de estudio, porque era muy responsable y porque temía a mi profesora casi tanto como al viento. Mis hermanos, como es lógico, reclamaban el derecho a ver sus programas favoritos de televisión. El problema se resolvía con mediación materna y decisión salomónica: yo estudiaba menos tiempo del que quería y mis hermanos veían la tele menos tiempo del que demandaban. A mí siempre me pareció injusto que mi madre comparara el deber de estudiar con el placer de ver televisión. En el fondo, creo que nunca pensaron en la música como en un estudio más, sino como un entretenimiento para la niña, ya que no bajaba a la calle a jugar.

Mi casa estaba cerca de la frontera con Marruecos, y los domingos de verano íbamos a las playas del país vecino. La más cercana, y por eso más frecuentada era «La Bocana». Tenía forma de herradura. El centro era una lengua de tierra. Los bordes eran dos orillas, a derecha e izquierda: «la mar chica» y «la mar grande». La distancia entre las dos se podía recorrer en poco más de cinco minutos a pie. En «la mar chica» nos podíamos bañar los niños solos, sin vigilancia de adultos. Empezaba a cubrir algo a unos doscientos metros de la orilla y era tranquila como una balsa, sin oleaje alguno. Era la playa de los niños.

A «la mar grande», sin embargo, estaba totalmente prohibido ir sin la compañía de algún mayor. Era una mar más brava, con bastante oleaje y cubría a veinte metros de la orilla. Íbamos provistos de flotadores. También llevábamos cubitos de playa para depositar las coquinas que cogíamos en la orilla. Había montones y estaban buenísimas al ajillo.

La «punta de la Bocana» era el arco de la herradura; donde se juntaban «la mar chica» y «la mar grande». Era el lugar más peligroso de la playa. Allí se formaban grandes corrientes de agua que podían arrastrar a un niño en menos que canta un gallo. También era una parte muy profunda. Allí sólo se bañaban los adultos más experimentados. Los niños íbamos rara vez, de visita. Por supuesto en compañía de mayores, y si no hacía mucho viento, que era otro inconveniente. Era bastante habitual que soplara un considerable ventarrón en esa zona.

Pero no puedo pensar en la ciudad de mi infancia, mi querida Melilla, sin recordar el puerto. Era, sin duda, mi sitio preferido. Me parecía un lugar inmenso y espectacular. El faro, gigante. El rompeolas, grandioso. Los barcos,

monumentales. Los de pasajeros, con sus escaleras entre dos norayes que miraban curiosos el trasiego de personas que subían y bajaban. El puerto era el espacio para despedidas y bienvenidas de amigos y familiares, y sobre todo era mar, mucha mar. Era ese olor a mar que llegaba hasta mi calle.

CARMELA LA CASTAÑERA

Como cada mañana desde que comenzó el otoño, Carmela empuja su carro, repleto de castañas, desde su casa hasta la esquina de la Calle del Capricho con la Calle Conde Lucanor. Es el lugar que escoge casi siempre. Dice que es de los más concurridos, no sólo por los comercios que circundan la zona, también por los cuatro colegios ubicados en la cercanía. Los pequeños, cuando salen de clase, suelen pedir a sus padres que les compren castañas. Carmela ya los conoce y los echa de menos si no acuden a realizar su acostumbrada compra.

La castañera prepara su pequeño fogón, alimentado de carbón, y comienza a cocinar sus castañas. Cuando están listas, las coloca, bien calentitas, en los clásicos cucuruchos que ha preparado con anterioridad. Luego las tapa para que conserven el calor. Pero hoy no canturrea mientras asa las castañas. Hoy Carmela tiene una congoja que le oprime el corazón. Su cuñada, Caridad, que suele ayudarla en los días de más carga, le ha dicho que no podrá estar con ella porque tiene que acompañar a Cándido, su marido, al médico.

Después de la conversación con su cuñada, Carmela ha recordado que cuando vio a Cándido el miércoles, en la cola de la charcutería, le pareció que tenía peor cara

que en otras ocasiones. Con la gorra calada casi hasta el cuello, para ocultar la calvicie provocada por los fármacos, estaba irreconocible. Lo cierto es que desde que el cáncer controla su cuerpo sin remedio, parece que la vida se le escapa de a poquito, por cada poro de su piel. Ya no tiene épocas en las que está más recuperado, como antaño. Ahora parece que los cambios son siempre para peor, y le obligan a estar recostado la mayor parte del día. Le contó Caridad que lo encontró acurrucado en la alfombra, con la cabeza en un cojín, como un animalico que espera que lo socorran.

Carmela recapitula. Deja que por su cabeza pasen las imágenes, como ecos visuales de escenas cotidianas. Caridad y Cándido han sido su única familia. Con ellos ha compartido todo, lo bueno y lo malo. Ahora se le ocurre imposible una vida sin su presencia, sin su compañía y su consuelo. Se le encoge el corazón, sólo de pensarlo.

Hoy no se le está dando bien la venta de castañas. Quizás sea porque Carmela no las pregona con su voz cantarina que atrae tanto a curiosos como a clientes cotidianos. Pero ella sigue dándoles el corte con el cuchillo, para que se hagan bien, y manteniéndolas calientes, por si acaso. Esperará un rato más, hasta que anochezca y luego le hará una visita a Cándido, para ver cómo se encuentra y qué le ha dicho el médico.

Carmela tiene frío. Necesita calor en su cuerpo y en su alma. Mientras camina piensa que cuando llegue a su casa, se preparará un gran cuenco de café con leche y cardamomo, con curruscos de pan, como se lo preparaba su madre. Quizás también consiga que el recuerdo le caliente y reconforte el alma.

En casa de sus cuñados no hay nadie. Carmela teme lo peor, que hayan tenido que hospitalizar a Cándido por-

que su salud se haya resquebrajado aún más. Se dirige al hospital al que acude el enfermo para sus revisiones, pero no sabe si será capaz de entrar. A ella le provoca taquicardia la simple cercanía a un hospital, desde la muerte de su esposo en trágicas circunstancias, que aún no ha superado.

Por el camino hace los ejercicios de respiración que le enseñó el psicólogo. Quiere estar calmada y poder entrar para averiguar qué ha pasado.

En una gran sala de espera, carente del más mínimo confort, Carmela encuentra a su cuñada Caridad. La cara y el cuerpo de Caridad, acusan el cansancio acumulado durante todo el día. También reflejan la preocupación por el enfermo.

Los médicos han conseguido controlar los niveles vitales de Cándido. Cuando acabe el suero con medicamentos que le están aplicando, podrá volver a casa. No saben por cuánto tiempo.

Carmela hace acopio de aire, de calma y de fortaleza, acoge a su cuñada en un cariñoso y consolador abrazo y le pide que no desfallezca. Ella le hará compañía.

Jean Louise Sanders

EL LOBO Y LA OVEJA

Llegó el lobo a casa tarde y borracho, lo habitual. La oveja se le quedó mirando con sus pupilas como dos aceitunas negras.

—Déjame que te cuente, mujer. El jefe estaba organizando una reunión con la manada de Maracena, y me hizo quedar en la oficina para organizar todos los detalles. Luego fuimos al restaurante para catar el menú, y el dueño tuvo el detalle de invitarnos a una cerveza. Solo una, ¿eh?

—Y yo te meta-cuento, marido. Érase una vez un lobo muy bruto que se casó con una ovejita inocente. La oveja se creía enamorada, pero con los años se iba espabilando, viendo que aquello no podía ser el amor, pues era más bien un callejón unidireccional sin salida. Estando ya hasta el hocico de las mentiras del muy peludo, le enseñó la puerta. Se acabaron las andanzas del lobo de bar en bar. Envejeció como lobo estepario. —La oveja respiró hondo. Sus encías dibujaban una leve sonrisa—. Toma ya, que mi relato ha devorado a tu relato, microcuentista.

Moraleja: Nunca enseñes los dientes de leche a quien ya tiene las muelas de juicio.

MEMBRANA

Se ve, desde el exterior de una casa unifamiliar, por la puerta corredera del salón, una mujer entrada en años que quita el polvo de una fotografía.

—Mirad, mi marido Pelayo, catedrático de Biología. Él no quiere dejar el puesto. Se quedará como profesor emérito hasta que lo echen del departamento con mucha solemnidad y muchos aplausos. Me llamo Berta. Tengo 61 años. Soy... estoy recién jubilada. Estoy... soy abuela desde hace muy poco. Soy... era enfermera. Pasad, entrad en mi casa. Tenemos tan pocas visitas. Es bonita, ¿verdad? Clásica y confortable. Pero... ¿notáis cómo vibran las paredes? Venid por aquí. Pegando el oído, se nota un zumbido. Es nuestro dormitorio. Por la noche esas vibraciones apenas me dejan dormir. He vuelto a contar ovejitas, como cuando era niña, para conciliar el sueño. Cosas de la edad, supongo. Os enseño mi armario, tanta ropa que ya no me pongo... ¡Perdonad! Que llega mi marido.

—¿Qué, cariño? ¿Cómo ha ido el día?

—¿Con quién hablabas, Berta?

—Con nadie.

—Te he oído.

—¿Salimos a la terraza a tomar una cerveza y ver la puesta del sol?

—Mujer, desde que dejaste de trabajar, solo piensas en la cerveza. No es normal. Tengo hambre. Oye, tenemos una Tesis Doctoral el viernes, con cena en la Ruta del Veleto después. ¿Qué te vas a poner?

—Pues ahora repaso el armario, no lo sé. He llevado tu chaqueta azul a la lavandería, que tenía una mancha en la solapa.

—¡No, mujer, me iba a poner esa, por el amor de Dios!

—Pero escúchame, aproveché para recoger la chaqueta gris que estaba ahí, así que todo solucionado.

—Tu, más que soluciones, lo que tienes son disoluciones.

En el prieto silencio de la cena, Berta vuelve a sentir que las paredes vibran. «Tantos años de lecciones de biología a la hora de comer con los niños y su padre magistral», piensa. «Pero es ahora cuando me doy cuenta de que lo mío no es ni agorafobia, ni paranoia. Me tiene atrapada en esta casa una presión osmótica».

Berta quita los platos y los lleva a la cocina, donde re-entabla con el público invisible su alocución.

—El viernes, una Tesis Doctoral, y después, la cena de los portentosos. Un ambiente de aires comprimidos. Me costará salir de casa. ¿Soy feliz desde que me jubilé? Aún no he tenido tiempo, o distancia, para saberlo. Muros adentro, cada frase que llega con su predicado y su carga de connotaciones me pesa como un abrigo de piel en verano. Hace falta envalentonarse, romper la barrera invisible, y mezclarse con los fluidos ligeros de fuera hasta sentir un equilibrio nuevo entre el mundo de dentro y él de fuera.

—Enhorabuena por su disertación, realmente brillante —dice Pelayo al joven doctorando en Biología. —Le presento a mi mujer.

—No, me presento yo sola, soy Berta. Encantada. —Le extiende con elegancia la mano.

Se aparta Pelayo. Mientras él se mueve entre eruditos por el salón de banquetes de la Ruta del Veleta, cinco tenedores, observa de reojo a Berta, en el rincón opues-

to. Al ver que su mujer se quita alegremente los zapatos, vuelve rápido a su lado.

—Mujer, me estás dejando en mal lugar. ¡Delante del Rector! —le susurra al oído.

—Me duelen a rabiar los pies con estos tacones. —Berta se echa a reír—. ¡Qué aire tan liviano!

Pero Pelayo hierve. Pelayo no se aguanta. Pelayo traga saliva.

Al llegar a casa, ya en el umbral, el marido estalla.

—¿No sabes comportarte en público? Seguro que todos dicen que te has vuelto loca. La próxima vez te quedas en casa.

—La próxima vez haré lo que yo quiera, ¿no te parece?

El manotazo de Pelayo no la tumba, pero Berta se queda atónita en la puerta.

—Entra tú, marido, y déjame las llaves del coche.

—Ósmosis, entropía, membrana, autodifusión... Estos términos que barajaba mi marido ya son palabras mías: las digo en voz alta, las siento, las toco. Me pertenecen, me describen. Hora de buscar un nuevo equilibrio. A pasar páginas, primero para atrás, luego tal vez para adelante. Sopesar mi identidad y mi entorno:

Grupo A: Colegas o afines de mi marido. Gente sesuda y arrogante, la arrogancia como alambre de púas. Toda mujer casada con un hombre ilustre se contagia y construye su propia torre de marfil.

Grupo B: El vecindario, la escalera, las “quedirán”. Les hago cuestionar sus propios cimientos. Aquí va incluida, desafortunadamente en mi caso, la familia. Tal vez incluso mis hijos.

Grupo C: Las amigas de toda la vida, las del barrio, orgullosas de ser vecinas e íntimas de la reina de las fiestas de Badajoz, ¡tres veces reina! Cariño con una fuerte subcorriente de envidia. “¡Y mira cómo ha acabado, arrugada y sola!”

Grupo D: Quienes comprenden que ser guapa, lista, y buena gente puede ser un lastre mortal; o bien el flotador de la supervivencia. En este grupo estoy yo... sola.

—¿Os acordáis de mí? Berta. Han pasado semanas y acontecimientos. Lo habéis visto todo, creo. Lo intenté. Fui a casa de mi hermana, pero mi marido me buscó y me rogó que lo perdonara... Servicios Sociales no te hace ni caso cuando no tienes lesiones visibles y tu esposo es catedrático. De verdad que lo intenté, eché valor y cuentas, lo puse todo en la báscula... y aquí estamos otra vez. Si las paredes tiritan, ya me da igual, no quiero notar la presión. Este es el hogar que él y yo hemos construido a lo largo de media vida. En este nido los demás reconocen a mi persona. Es mi contexto, yo soy su predicado.



Lola

AMELIA

A la memoria de Agustina González

¡Ay de mí, que ayer lucero suyo fui y hoy como caspa en su solapa me veo!

Ya no respira al ritmo de mis tacones, ya no trepa por mis caderas de mocita bravía, ya no me busca por los rincones.

El amanecer de sus ojos apaga mis yertos días, su pecho de seda me atormenta a cada hora por ausente, no quedan lunas en mis lóbregas noches sin ella.

No podré vivir sin su aliento goloso de mi boca, una boca que no puede gritar por ser prisionera de su felicidad, cómplice de su renuncia, verdugo de su entrega a la decencia y al otro.

¿Qué serán de mis días y mis noches sin su aliento de retama?

Y ella... ¿sufrirá esta agonía?

En la vigilia de la noche rezo como una demente esta letanía hasta la extenuación:

Que ninguna tela te cubra mis caricias.

Que ningún licor te llene de olvido.

Que ninguna música te borre mi voz.

Que ningún amanecer te sacie los ojos.

Que ningún perfume te colme la nariz.

Y en el agotamiento del alba, escarnecida por la ira, perdono su ausencia y su traición.

Entonces, me imagino su deliberado martirio y me veo allí, testigo incorpóreo de la penitencia de su codicia.

Y cojo al vuelo las peinetas de nácar que él arranca presuroso.

Y recoso las bordadas enaguas desgarradas por las toscas manos viriles.

Y cuelgo el suntuoso vestido arrinconado por el gañán.

Y sufro con ella los embates de su amo entre gruñidos obscenos.

Y la descalzo con cuidado para no despertarlo y prolongar el suplicio.

Y me voy de allí sin mirar sus ojos tristes.

Yo, inquieta rebelde saltalindes provocadora conocedora del cielo, señora de mis letras... ¿Quién soy para creerme su dueña, para exigirle nada?

¡Nunca!

¡Antes me arrojo a una candela que reclamarla conmigo!

El sueño quiere rendirme pero no me vence porque sé que me queda poco tiempo; tres jinetes oscuros, pespunteados en bruma, vendrán a por mí mientras los cobardes redondean las esquinas, presurosos.

Ella está a salvo en su ansiada vida rota.

Yo, Amelia, seré una más de las muchas silenciadas.

EL HOGAR

Cuando tenía cinco años y su hermana chica dos, murió la madre. El padre, hombre acomodado, cabal y bien plantado, esperó el año de luto para contraer matrimonio, no se sabe si por curarse la pena o por necesidad.

La nueva madre era eficiente ama de casa y amable cuidadora con el marido presente, pero indolente y desabrida cuando el mismo se ausentaba.

El padre madrugaba, volvía tarde, comía caliente, dormía acompañado y volvía a vivir bien.

Tardó muy poco en morir la niña chica, por falta de cuidados y cariño pero la madrastra, muy pronto, aumentó la familia dos veces seguidas, por si acaso.

A él, con ocho años, espigado y despierto, lo sacaron del colegio para que aprendiera el gobierno de las fincas del padre. No le quedó otra que tragarse las lágrimas que nadie quiso ver y curarse la tristeza trotando entre sendajos y brincando entre bancales. Las mazorcas le tapaban la rabia, los naranjos le curaban la angustia, el almecino lo dejaba encaramarse y gritar a su destino, mientras los colonos negaban mudos y cabizbajos tanto descalabro junto.

En invierno, se levantaba con la escarcha de la madrugada, sacaba a la burra de la cuadra, le colocaba el serón, espantaba el frío húmedo, que se colaba entre las ropas y las alpargatas de esparto, con un café de achicoria recalentado y entraba en calor apretando el paso camino de alguna de las huertas, donde siempre había trabajo. Se hacía pronto el mediodía, el momento de prepararse unas sopas de pan o unas coles con tocino; la carne se quedaba en la casa y raramente llegaba a su panza.

En verano, se levantaba de noche, arreaba la borriquilla y con una magra talega de pan negro y manteca, salía al campo donde el raso precedía al rocío. No fueron pocas las veces que al volver a media mañana, sofocado ya de calor, sorprendía a su madrastra ocultando los restos del chocolate o del pan frito, de los tejeringos o de las roscas de pan blanco, que ellos desayunaban a diario.

El padre nada sabía de los tejemanajes de su mujer, paraba poco en la casa y tenía la cabeza barruntando los tratos en la tasca o el mercado.

Ese mismo padre ausente y ciego ante la avaricia de su mujer, murió todavía joven, dejando en las manos de ella lo que suponía justo y que acabó siendo otro desatino: a la hija un rico ajuar, al hijo pequeño, las huertas de regadío, a él, la huerta más pobre, la de secano. La madrastra no esperó a que se enfriara el muerto para echarlo de la casa sin más disimulos ni contemplaciones. Él fue más rápido todavía para recomponerse, coger su hato y buscar un camastro en la fonda del pueblo.

Las tierras de secano dan poco trabajo y menos ganancias así que completaba su parco jornal espulgando higueras y almendros para el pan de higo, secando uvas, escarchando naranjas, aliñando aceitunas, trenzando pleitas... La tierra lo fue haciendo nervudo, flexible, enjuto.

El orgullo le inflamaba la sangre y no le dejaba quejarse. Tampoco encontraba sosiego ya, ni bajo los almendros, ni entre las ramas de las carrascas. El trabajo le llenaba los días pero no las solitarias noches ni las frías madrugadas.

Andaba descargando unos sacos de garbanzos en la plaza cuando la vio comprando. Sintió un latigazo en la nuca y un boquete en la barriga; era pequeña, bonita, resuelta y supo que la querría para siempre. Un rápido cortejo, un noviazgo adecuado y una boda breve. La noche de bodas él enterró la miseria de su vida anterior. No dejó sitio para el rencor en su radiante corazón.

Ella, además, aportaba otro jornal a la casa cosiendo para la calle: medía, cortaba, plisaba, fruncía, pespunteaba... mañana, tarde y noche sin desmayo. Hasta que llegaba él y se paraba el mundo... La jarra de agua tibia, la jofaina, el jabón de olor, la muda de ropa, la perola con el guiso en la candela... el cariño que lo había esquivado, el cuidado que le habían robado, el calor que había olvidado, el amor que no conocía... el sosiego que nece-

sitaba. Todo estaba allí, en la humilde casa arrendada, en la sencilla comida, en las amables ropas, en la mujer que adoraba... en su hogar.

LA BELLA Y LA DONCELLA

La bella entra en la pastelería con paso decidido, como cada domingo desde hace... toda la vida, sus tacones resuenan en el impoluto enlosado de la pastelería más prestigiosa de la ciudad acompañando el frufrú de su exquisita vestimenta. Pasea la mirada por el impecable mostrador, con aire indiferente, hasta elegir los pasteles más apetitosos de cuantos allí se muestran, una docena justa, como siempre, pesen lo que pesen. Espera pacientemente que anuden el lazo de bramante encarnado que remata el envoltorio del papel immaculado.

Sale, más estirada si cabe que cuando entró, con el primoroso paquete sujeto entre los dedos pulgar e índice, forzando un gesto señorial que sabe que le va a producir calambres insoportables.

Abre la puerta de su edificio manteniendo la calma elegante que la caracteriza. En cuanto se mete en el ascensor cambia el paquete de mano, descompone el gesto, encorva la espalda, murmura juramentos.

Todavía mantiene la pose disciplente de señora divina, por el pasillo; entretanto, abre también la puerta de su domicilio, deja con cuidado el paquete encima del recibidor de pulido cerezo japonés y tras cerciorarse de que su espléndido hogar está vacío, pierde la compostura, arranca el lazo, rasga el papel y engulle los pasteles con fruición.

Recoge concienzudamente los restos de la pequeña bacanal, los hace trozos y los sepulta en el fondo del cubo

de la basura, a salvo de miradas curiosas. Mientras tanto ha ido bebiendo vasos de agua con sal a tragos generosos, hasta no poder más. Se dirige a su dormitorio, se encierra en el cuarto de baño y arroja con violencia, fuera de sí, el fruto de su pecado, hasta la última miga. Se mira al espejo con pena, se cepilla los dientes con rabia, recompone el maquillaje, el atuendo, el gesto, la postura y vuelve a salir a la calle.

La vida sigue.

Es la hora y todavía no aparece, a ver por donde le dará hoy, total si ya me sé sus rutinas, es como si la viera, porque cuando yo la acompañaba, siempre hacía lo mismo y aunque cambia cada domingo de sitio, siempre adivino de donde viene por el papel y el lazo del paquete.

Hombre, por ahí viene; la miro a discreción, yo, la doncella, con mi mandil, oculta por los visillos del balcón de la sala de música, ella, la bella, tan llena de finura, con el paquete de la vergüenza de todos los domingos.

Ahora, como si la viera, cambiará el paquete de mano, torcerá el morro, enseñará la chepa y jurará por lo bajini.

La oigo desde la cocina, como si la viera, romperá atropellada el paquete que con tanto esmero ha traído hasta aquí y del que dará buena cuenta olvidando las buenas maneras. ¡Quién lo diría!

¡Ala, ya se ha ido, otra vez a repasar el baño, con lo bien que lo había dejado esta mañana, porque lo que es ella, será muy leída, tendrá mucha educación, pero algo no le furula bien, si no de qué esta trapisonda todos los domingos! Pero además, digo yo, ¿cómo no se da cuenta del olor a manzana que deja en el baño, con tanta vomitona, domingo tras domingo? Y es que ¡mucho fingir, mucho disimular, pero no remata bien la faena!

En fin, yo a lo mío, que tengo la tarde libre y la vida sigue.

Luis Mendoza

LA ESCALERA

Aquella mañana hacía mucho frío. Las placas de hielo cubrían los charcos de las oscuras calles interiores que conducen desde la Plaza de Mariana Pineda hasta la Plaza Nueva, en pleno corazón de Granada. Era una zona de recorrido incómodo donde, además, en horas destempladas solía transitar gente poco recomendable, pero mi abuela Emilia decidió ir por ahí en vez de por las calles principales. Prefería esa ruta porque la conocía mejor, era más solitaria y para una anciana ciega, era mucho más segura.

No era la primera vez que la acompañaba a visitar a los señores, a la *familia*, término que mi abuela usaba siempre para referirse a los habitantes de la casa donde ella sirvió desde muy joven.

Pero ese día algo iba mal, mi abuela iba enfadada, rezongando, hablando para sí misma; aquella visita no era de cortesía. Yo no sabía muy bien que ocurría, pero en las ocasiones anteriores en que fui con ella su actitud había sido bien distinta. Desde que una vez acabada la maldita guerra dejó de servir y se fue a vivir con papá y mamá a nuestra casa en *La Mariana*, habían sido innumerables las veces en que fue a ver a esa gente, siempre asistida por alguno de nosotros; su ceguera y la lamentable situación de sus rodillas le impedían ir sola.

En nuestra casa la vida se había endurecido desde que mi padre murió meses atrás de una enfermedad muy fea y traicionera, de la que moría mucha gente en aquellos

años. Cuando empezaron las toses y la sangre mancha-ba su pañuelo, nos dimos cuenta de que la situación era irreversible. Después de mucho sufrimiento se llevaron a mi papá a un hospital instalado en una sierra cercana, un lugar demasiado bonito para su destino: dar el último alivio a los desahuciados antes de la muerte. Ya no lo volvimos a ver.

Desde su fallecimiento, las idas y venidas de mi abuela a la casa de la *familia* se habían incrementado notablemente, pero a mis catorce años no alcanzaba a comprender a qué obedecía aquello.

Aquella mañana tardamos en llegar porque la abuela Emilia iba muy lenta y la empinada cuesta que había que subir hasta llegar a nuestro destino se nos hizo eterna. Ambas llegamos tiritando. En la Granada de aquellos años pobres en blanco y negro y en las proximidades de la Alhambra y del río Darro, en los meses de invierno hacía un frío que hoy no se puede imaginar. Te recorría todo el cuerpo desde los huesos hasta el alma ¿Qué necesidad tenía mi abuela de ir con tanta frecuencia a ver a estas personas viejas, avinagradas, lúgubres y desagradables? Definitivamente me horrorizaban aquellos momentos.

Hice sonar la campanilla y casi de inmediato nos abrió el único hombre que aún residía en la casa; Fernando. Parecía que supiera de nuestra llegada. Las otras dos mujeres mayores que vivían con él, sus hermanas Virginia y Genoveva, no estaban, o eso dijo él. Pero mi abuela insistió en entrar y así lo hicimos; aunque ciega y mayor, tenía la determinación de la gente de la Alpujarra ¡menuda era!

Una vez dentro, el tono de la conversación hacía ver a las claras que, si bien en otras épocas las visitas de Emilia eran bien recibidas en esta casa, por la razón que fuera, en estos momentos, no eran del agrado de sus moradores.

—¿Qué quieres Emilia? ¿No vas a parar? ¿Es que no sabes en la situación en la que estamos todos?— El recibimiento de Fernando no dejaba dudas respecto de las pocas ganas que tenía de ver a su antigua ama de llaves.

—¿Dónde están las señoritas? Lo que tengo que hablar tengo que hacerlo con todos—. Emilia estaba vieja y ciega, pero la voz y la cabeza las tenía todavía en perfecto estado. —Diles a las dos que no se escondan, que tenemos que hablar.

Durante un buen rato hubo un intercambio de frases cortas, secas, que no llegaban a ninguna conclusión. Ante su insistencia, aquel hombre con aspecto de cuervo avejentado me mandó abajo, a la cocina, a que cogiera algo para comer y a que esperara allí mientras hablaba con mi abuela.

Yo conocía el camino ya que había estado en otras ocasiones, aunque en estos momentos, sin la familia, sin los criados que siempre estuvieron y sin el tropel de personas que trabajaban para los señores, aquellas escaleras, pasillos y dependencias de la casa me daban mucho miedo.

Una vez sentada a la mesa de la cocina, alcancé un paquete de galletas que me parecieron una auténtica delicia y me dispuse a comerlas a toda velocidad, antes de que nadie me dijera nada. Eran los años del hambre en Granada y no en todas las casas se disponía del material que los señores aún tenían, a pesar de no ser ya ni sombra de lo que fueron. Algo bueno iba a sacar de aquella visita.

En la soledad de aquella cocina que antes había sido el pulmón de la mansión y ahora parecía la antesala de una gruta del horror, comencé a oír una conversación subida de tono en la planta de arriba, donde había dejado a mi abuela. Pero en esta ocasión se escuchaban las voces de otras mujeres, ¿serían las hermanas? ¿Habrían vuelto? ¿O

estaban escondidas como decía ella? ¿Por qué? ¿A qué jugaban? Eran ya un poco viejos todos para andar con esos juegos. Mientras me hacía esas preguntas, no paraba de comer galletas, por si la cosa se ponía peor y había que irse de allí pronto. Ese día no me quedaba sin comer.

Cada vez escuchaba con más claridad las voces, aquello tenía toda la pinta de ser una pelea, un enfrentamiento en el que las mujeres a las que no había visto negaban algo y mi abuela las advertía de que aquello no iba a quedar así.

De pronto cesaron los diálogos, y escuché nítidamente una llamada determinante: —¡Lucía, sube que nos vamos!—. No era un ruego, era un mandato. Y tras la orden oí un grito y un ruido enorme como de un bulto golpeándose repetidas veces contra el suelo. Salí disparada de la cocina y, tras atravesar el oscuro y escabroso pasillo, me encontré tendida en el suelo al final de la escalera a mi abuela en una posición imposible alrededor de un charco de sangre que manaba de la cabeza. No se movía ni respiraba; todo apuntaba a que mi abuela Emilia estaba muerta.

—¡Quietas! —Gritó Fernando, desde lo alto de la escalera, contemplando la escena compuesta por las dos viejas, el cuerpo de Emilia y yo misma arrodillada ante ella. —Lucía, ve a ver tu madre y dile que venga de inmediato; yo llamaré a la autoridad para que se haga cargo de este terrible accidente. ¡Pobre Emilia, tan torpe y ciega ha equivocado la salida y se ha despeñado por la escalera!

Esta fue la versión que todo el mundo asumió y que ha llegado intacta hasta nuestros días. Pero hoy, ya mayor, vuelven a mi memoria los recuerdos de aquellos momentos y cada vez tengo más dudas sobre la realidad de lo sucedido. Es verdad que Emilia estaba ciega, y que tenía mal

las rodillas, pero torpe no estuvo nunca y conocía aquella casa como nadie. La ausencia de todas las personas que estuvieron presentes en aquella discusión impedirá saber a ciencia cierta si la caída de mi abuela se debió a ese fatal error, o si alguno de aquellos insólitos personajes le ayudaron en su fatal caída. Solo el conocimiento de los hechos que tuvieron lugar en aquella mansión en los años anteriores desde que mi abuela se incorporó como criada hasta aquel fatídico día, podrían conducir a una aproximación certera a la verdad.

Quizás algún día encuentre el hilo conductor de todo aquello y tenga la oportunidad de poder descubrir lo que realmente sucedió, mi abuela Emilia se lo merece.



M^a Ángeles Torró Fernández

EN BUSCA DEL CRIMEN PERFECTO

Pascuala estaba harta de las infidelidades de Esteban, su marido ¿Cómo podía ser que un hombre feo, gordo y descuidado tuviera tanto éxito con las mujeres? Tan solo cabía una respuesta: el dinero. Su marido gozaba de unas buenas rentas heredadas de su familia lo cual le permitía despreocuparse bastante del negocio que regentaba. Malas lenguas hicieron que llegara a los oídos de Pascuala lo que se rumoreaba por la urbanización en la que vivían. Se decía que su marido andaba encaprichado de una jovencita de muy buen ver a la que había colocado como dependienta en la tienda de lencería que poseía. Esas mismas lenguas habían esparcido el rumor de que ella no le hacía ascos al hombre y que en más de una ocasión se les había visto muy acaramelados por bares y clubes. Esto fue la gota que colmó el vaso. A esas alturas de la vida (el matrimonio había superado con creces la cincuentena) cualquier día su marido le pedía el divorcio y se casaba con la espabilada jovenzuela. Pascuala se reconcomía pensando que tendría entonces que renunciar a la buena vida que llevaba y conformarse con una miserable pensión compensatoria. No, no estaba dispuesta a que esto sucediera.

Pascuala no tenía mucha imaginación. Por más vueltas que le daba, no encontraba la forma de deshacerse de su marido sin que la más mínima sospecha recayera sobre ella. Para encontrar una solución a este grave dilema comenzó a leer novelas policiacas. Se pasaba las tardes enteras devorando páginas y más páginas en busca

de inspiración pero, en casi todos los relatos, el asesino era descubierto lo cual suponía una tremenda desilusión para Pascuala. Además, en la mayoría, había violencia de por medio y esto molestaba mucho a Pascuala. Ella quería una cosa pacífica, discreta, fácilona.

Un día cayó en sus manos un relato de Patricia Highsmith llamado “La prostituta autorizada o la esposa”. A medida que avanzaba en su lectura se sentía más y más fascinada. Allí estaba la solución. Era el crimen perfecto. Todo estaba a su favor puesto que su marido era un glotón de tomo y lomo y siempre andaba con el colesterol por las nubes, bebía más de la cuenta, fumaba lo que no está escrito y no hacía ningún caso a las recomendaciones de su médico. Nadie se extrañaría de que un buen día le diera un infarto. Ella no tenía más que colaborar con la naturaleza.

Desde ese día comenzó a dejar de guisar con aceite de oliva y a hacerlo con cantidades ingentes de mantequilla. Añadía nata a todas las salsas con las que rociaba generosamente las carnes más grasientas. Aprendió a elaborar exquisitas tartas rebosantes de cremas y mermeladas. Para rematar la faena, en cuanto llegaba su marido a casa, le preparaba un generoso güisqui que le ofrecía con la mejor de sus sonrisas. No tuvo que esforzarse mucho para convencerle de que se tomara una copa de licor de altísima graduación después de cenar aduciendo que era bueno para la digestión.

Ambos comenzaron a engordar de forma alarmante. Cuando se dio cuenta de que aquello también podía afectar a su salud comenzó a tomar sus medidas. Procuraba pasar por el baño una vez terminados los ágapes y devolver. Por si esto fuera poco se sometía a unas severas tablas de gimnasia que practicaba espartanamente cuando su

marido estaba en el trabajo. Resultado de todo ello es que mientras su marido iba engordando más y más, ella iba adelgazando al mismo ritmo. Era frecuente que se mareara y perdiera el equilibrio.

Un caluroso día de verano aconteció de forma inesperada lo que tan meticulosamente Pascuala venía tramando. Mientras se secaba el sudor que resbalaba copiosamente por la frente y apuraba la acostumbrada copa de licor tras de la copiosa cena, Esteban escuchó un estruendo en la cocina. Con su parsimonia habitual se levantó y se dirigió hacia allí. Al abrir la puerta vio a su mujer tendida en el suelo y rodeada de cristales rotos. Algunos le habían herido los pies, las piernas y las manos. El hombre trató de reanimarla sacudiéndola fuertemente. Pascuala volvió en sí y se incorporó, pero sus manos y sus pies sangrantes le impedían levantarse. Entonces le suplicó a su marido que fuera a por el botiquín que estaba en el baño de la planta superior. “Corre, corre — le dijo — me estoy desangrando”. Esteban corrió escaleras arriba. Subía los escalones de dos en dos resoplando y tosiendo. En el descansillo se detuvo. Un sudor frío recorría todo su cuerpo. Apenas podía respirar y una dolorosa punzada le atravesaba el pecho. Trató de llamar a su mujer pero no le salió la voz de la garganta. Se desplomó en el suelo.

Pascuala se animó al ver que su marido tardaba en regresar y que no respondía a sus voces. Quizás se había producido el milagro. Esperanzada, se levantó y a rastras se asomó a la escalera. Vio a Esteban tendido en el descansillo. Una luminosa sonrisa asomó en su rostro. Esteban no se movía. Tenía que comprobar si estaba muerto. Comenzó a subir penosamente. En mitad del tramó lanzó un chillido. Uno de los cristales había terminado de incrustarse en la planta del pie causándole tal dolor que

le hizo perder el equilibrio y precipitarse rodando por las escaleras. Quedó tendida en el suelo mientras balbuceaba “Lo conseguí”. Dicho lo cual se quedó inmóvil para siempre jamás al pie de la escalera.

MARISQUEO

El repartidor llama a la puerta que no tarda en abrirse.

—¡Buenas! Su pedido, señor.

El hombre recoge la caja y la abre.

—¡Ostras!—exclama.

A lo que el repartidor responde:

—Ostras no, señor. Son centollos.

—¡Por todos los ostiones! Yo había pedido langostinos.

—Están todos ocupados, señor. A falta de langostinos hemos pensado que le servirían los centollos.

—Quite, quite, ¡donde va a parar! Le aseguro que donde este un langostino que se quite todo lo demás. Tan elegantes, tan suaves al tacto y sobre todo tan listos.

—Los centollos no tienen nada de tontos. Sabía usted que...

El hombre le interrumpe:

—Además, están llenos de púas y, para más inri, osan traérmelos sin depilar. Fíjese, fíjese que patas tan peludas. Esto es intolerable.

—No exagere, señor. Unos cuantos pelillos aquí y allá...casi no se notan.

—Usted dirá lo que quiera pero a mí me dan repelús. Me temo que no lo han intentado siquiera.

—Lo he intentado pero no se han dejado. Lo siento, señor. En cuanto han visto la maquinilla se han defendido a bocados con las pinzas. Me han dejado las manos hechas una pena, una autentica pena.

—Porque son centollos, pedazo de besugo- con perdón de los besugos— . Las centollas no oponen tantos remilgos. Yo diría que incluso disfrutan. Cuando se las depila comienzan a sacar burbujitas por la boca de puro gusto. Eso me comentó un compañero suyo hace unos días. Se nota que usted es un novato.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez .Tengo un poco de prisa. ¿Se los queda o no?

—Aguarde un momento. Les tendré que hacer un test de inteligencia, cuando menos. No quiero papanatas en mi casa. No creo que superen los resultados de los langostinos pero nunca se sabe.

—No puedo esperar. Tengo que asistir a mi baile de iniciación. Este año se celebra con las langostas y se me está haciendo tarde.

—¡No me diga! ¡Un baile de langostas!

—Es mi primer baile y estoy un poco nervioso. ¿Qué tal son las langostas?

—Unas coquetas de tomo y lomo. Se lo digo por experiencia. Ahora bien, le advierto que como asista algún bogavante guaperas no hay nada que hacer. Entonces no tienen ojos más que para él.

—Me han dicho que este año no viene ninguno. Se han ido todos al baile de las nécoras.

—¡ Fantástico! Sabe lo que le digo...le voy a acompañar. Voy a dejar a los centollos en el pupitre para que vayan contestando al test, me pongo cuatro escamas y me voy con usted. A lo mejor con suerte me encuentro por el camino con algún langostino fino y elegante de esos con unas antenas que quitan el hipo. Veo que usted no se ha vestido de escamas.

—Mi presupuesto no da para estos lujos. Un par de aletas de cuando voy a la piscina es todo lo que tengo.

—No se preocupe buen hombre. Pase, pase... yo tengo de sobra.

Poco después y bien recamados de escamas plateadas los dos hombres montados en una moto acuática de segunda mano partían hacía el exclusivo baile de las langostas.

Manuela Moriana Moles

EL AÑO DEL QUEMAO

1975 fue el año del “quemao” y del desmantelamiento. Seis días de incendio despojaron a la Sierra de la Almijara de 5.000 hectáreas del tesoro forestal que convivía en simbiosis con sus habitantes. El 20 de agosto una mano criminal, que prendió la mecha, y la mano firme de la innovación tecnológica borraron, de un plumazo, la forma de vida de la comarca de Alhama de Granada.

Félix, mi padre —papa, sin tilde—, fue uno de los habitantes de la aldea que creció adosada a las paredes de la fábrica de La Unión Resinera Española, ubicada en plena sierra de la Almijara, en el término municipal de Arenas del Rey, aunque se llamara la “Resinera de Fornes”. A él le gustaba presumir de que había echado los dientes en esos montes, porque le otorgaba una inigualable sensación de pertenencia y de origen. Afirmación que, en un hombre rudo, de manos fuertes y grandes, como era mi papa, significaba el mayor signo de coquetería que expresara y casi el único, excepto su obstinación en usar sombrero en todo momento para ocultar su calvicie.

Conocía cada uno de los trabajos relacionados con la extracción de resina, la materia prima de la que, una vez destilada, se obtenía trementina y colofina, cuya comercialización alimentaba las bocas de la mayoría de los vecinos y las de su propia familia. Explicaba a mis hermanos, aun pequeños y a mí, en que consistían las tareas del monte. En realidad, más bien lo explicaba a mis hermanos, pues no me permitiría trabajar, mientras pudieran

hacerlo los hombres de la familia quienes se iniciarían desde antes de ser adolescentes.

—En marzo se desroña la corteza de los pinos para que sangren y se colocan los potses para recoger la resina, después de algo más de un mes los potses se han llenado y les toca a los remasadores verter el contenido en los cántaros. Entonces, los arrieros vamos con los serones puestos en los mulos y llevamos entre cuatro y seis cántaros en cada viaje hasta la fábrica.

—¿Qué son los potses, papa? ¿Los cacharros de barro que hace el Luciano, y los otros hombres que vienen de Almuñécar, en la Venta del Vicario? —preguntaba mi hermano José.

—Pues yo voy a pedirle al Luciano que me haga un macetero —interrumpía yo.

—Niña, ¡ni que viniera de la costa para hacerte a ti tonterías! —exclamaba José.

—¿A que sí, papa? ¿A que puedo pedirle que me haga un macetero? —refunfuñaba yo, para enojo de mi hermano.

—Tú díselo y yo se lo pagaré —apostillaba mi padre. Mi papa siempre me daba los caprichos que, dentro de sus posibilidades, se podía permitir.

El resto del año arrastraba troncos de madera con sus mulos hasta el aserradero que también pertenecía a la fábrica; como el vivero, que aún existe, de donde obtenía los piñones con los que sembraba nuevos pinos. Los bancales de la finca, que no se utilizaban para el aprovechamiento forestal, se arrendaban a los vecinos, quienes cultivaban para sí mismos, en una economía de subsistencia, y mantenían las tierras limpias y cuidadas.

A mi padre le gustaba contar historias, como desahogo de la angustia que no confesaba y a veces sentía, porque «los hombres no muestran los sentimientos». Historias

como aquella vez que volvía de Almuñécar, tras transportar una carga de trigo y al llegar al pueblo supo que el dinero que había cobrado ya no servía porque era dinero republicano. A continuación, le comunicaron que lo habían llamado a las filas del bando nacional. Avergonzado por una guerra fratricida, en la que le obligaron a participar y de la que no pensaba regresar, siempre mantuvo que luchó donde lo pusieron.

También contaba que, en la década de los cuarenta, en la que nacimos mis hermanos y yo, hubo años sin producción de resina, porque varias veces se prohibió el acceso al monte de los vecinos. “La Gente de la Sierra”, como localmente se conocía a la guerrilla antifranquista, se ocultaba en los cerros y la autoridad trataba de evitar que los resineros pudieran ayudarles de alguna manera. En otras ocasiones, fueron los mismos maquis los que dificultaron las tareas del monte. Decía que nunca vio a ninguno de ellos, pero recuerdo que, cuando era muy niña, a menudo volvía del monte hambriento, aunque mi madre le había llenado la capacha de comida por la mañana.

Muchas veces acompañé a mi padre por el camino de los arrieros hasta llegar a Almuñécar con algunas de sus cargas. La última vez yo era una joven rebelde que se empeñó en viajar vestida con una falda estrecha y sentada sobre el mulo como una amazona. Después de una discusión, mi padre me permitió vestir ese atuendo, porque era uno de los caprichos que podía permitirse conmigo. Cuando llegamos al puerto de las Albuñuelas ya me había escurrido del animal una veintena de veces y otras tantas me había vuelto a alzar para sentarme de nuevo y continuar la marcha.

El año del quemao mi padre aún era joven para desarrollar una demencia, pero fue diagnosticado ese invierno. Creo que papa no pudo soportar el desarraigo,

aunque sé que es una idea imposible de avalar. Era viudo desde hacía un lustro, así que mis hermanos y yo, ante la imposibilidad de que viviera solo, conseguimos que dejara su casa y lo instalamos en la mía. Muchas noches se levantó y lo encontré desorientado buscando los aparejos de sus bestias por la casa.

—¿Dónde has puesto los arreos? ¿No ves que tengo que salir al campo?

—Papa, todavía es temprano, acuéstate un rato que yo te aviso —le contestaba para devolverlo a la cama, mientras rogaba que cuando amaneciera volviera a la lucidez, cada vez más esquiva.

—Está bien, pero en media hora me despiertas.

Siete años después, del conocido año del quemao, de nuevo las llamas asolaron el parque natural de las sierras Tejeda-Almijara-Alhama. El cielo volvió a ser rojo y volvió la devastación. Agradezco que mi padre no viviera para verlo. Me conforta, que aún a día de hoy, persiste en la memoria colectiva, de los que procedemos de aquella zona, el reconocimiento a una sierra que nos proporcionó una vida digna en tiempos de miseria.

ACTO DE AMOR

En realidad, no hay culpables de lo que ocurrió. Más bien se podría considerar un acto de amor, y si hay alguna víctima, soy yo. Me habían ofrecido un empleo de docente en la Flower School de Nueva York, la escuela de Arte Floral más importante del mundo. La directora creativa quedó impresionada con mi trabajo, en el certamen celebrado un mes antes de la mañana en la que me llegó la oferta. Tengo mucho talento, no admitirlo sería falsa modestia. Mis habilidades, más allá de la presentación escenográfi-

ca de las plantas y flores en cualquier evento, la mezcla de formas y colores, de aromas, de primorosos y etéreos artículos que componen el atrezzo y del uso de la luz, consiste en los ejemplares de brotes y yemas que obtengo, a los que llevo a su máximo esplendor. Como una sacerdotisa que conoce los grandes misterios, recolecto las mejores flores que se puedan imaginar. Estoy dotada de la magia necesaria para calcular el tiempo exacto de maduración de las semillas y el tipo de tierra donde engendrar; el abono apropiado, la poda y el agua justas que debo de ofrecer a mis plantas, para que ellas me ofrezcan sus mejores siluetas y fragancias. «Quédate en Madrid», me pidió Jorge cuando se lo conté. «Dejaré de ser un picaflor, si me das la oportunidad y no te marchas», me prometió.

Rechacé la oferta y nos dimos esa oportunidad que pedía, renuncia que debió de agradecerme de por vida. He de confesar que durante un tiempo disfrutamos de una óptima y provechosa convivencia. Jorge se instaló en Verdiales, la finca en la que cultivo todas mis flores y en la que hice construir una acogedora casa estilo rústico, con altos techos, suelos de barro, una magnífica chimenea en el salón y otra en un luminoso y amplio estudio. Jorge escribía sus artículos de opinión para prensa, algún ensayo y la novela que llevaba dos años en ciernes y que se propuso terminar. Yo cultivaba mis plantas y diseñaba los arreglos florales para eventos cada vez más distinguidos y prestigiosos.

Un día, Jorge entró en el invernadero en el que podaba unas rosas, pues necesitaba contarme algo. Mi mejor amiga había retozado entre sus brazos. Estuve a punto de sucumbir a las lágrimas que casi brotaban de mis ojos, cuando supe la noticia, si no fuera porque añadió: «Lo siento mucho, la vida es así, no la he inventado yo». Eso fue un insulto a mi persona y a mi inteligencia. Reconoz-

co que su osadía me sacudió como un seísmo. Entonces, Jorge se acercó a mí. ¡Error!, grave error. ¿A quién se le ocurre aproximarse, en tales circunstancias, a alguien que porta unas tijeras en sus manos? Claro que se me pasó por la cabeza podarle “su flor” para asegurarme de que no seguiría esparciendo sus semillitas, pero sin darme cuenta las tijeras acabaron en su yugular. Él, casi puso el cuello, quizás en un arrebató de arrepentimiento, lo prometo. No sé si fue un accidente o un suicidio, pero no un asesinato.

Admito que pude llamar a la policía y no lo hice, pero... ¿para qué? ¿quién iba a devolverle la vida? No podía traerlo de nuevo a este mundo, pero hice algo más alto, más elevado, más majestuoso. ¿Qué nos diferencia de los animales sino la voluntad, la necesidad, de trascender? Yo le di transcendencia. Fue el abono de mis mejores orquídeas. Las flores con las que adorné el altar de la última boda real europea. Allí, en cada ramillete, estaba su esencia. Y también se hallaba en las peonías y las hortensias de las mesas del banquete a las que se sentaba la nobleza, y en las rosas y azucenas del ramo de la princesa.

Créame si le digo que cuidé de esos parterres como de mi vida. El calor, el cariño y los esmeros que les dediqué son igualables a los tributos que se rendían a los dioses antiguos, como a la diosa Cibeles, madre de la Tierra, en el Monte Dindymon. Tributos a la vida, a la muerte y a la resurrección, conducidos a través de la comunión del abono de la tierra y su cuerpo, fue mi ofrenda. La mejor obra que el mediocre ensayista y novelista habría podido soñar que concebiría y que creamos entre los dos. El arte es amor, y a veces exige sacrificio. Y habría seguido venerándolo y elevándolo toda la vida, si no fuera porque ese maldito chucho comenzó a escarbar en mis arriates. Por eso, créame señor juez, que fue un acto de amor.

Marga García

ALLÍ SE QUEDÓ

Vinieron a contármelo la mañana siguiente a la detonación aquella ensordecedora que inundó todo el centro de la ciudad. Había caído en pleno casco urbano haciendo blanco, como en una diana macabra, en medio del edificio.

Acalorado y presuroso trajo la noticia Juanele, el mandadero de mi tío. El histriónico y flaco personaje que le hacía los recados a todo el barrio y a veces nos servía hasta de pintor. Dispuesto siempre a todo por unas perras gordas para quitarse el hambre.

Con aquellos giros de muñeca que hacía mientras gesticulaba con la mano suspendida a medio pecho de mariquita sin mordazas, los pantalones arremangados para disimular las deshilachadas costuras y una cuerda que le valía de cinturón para su cintura de avispa, más por el hambre que por coquetería, nos lo soltó de buena mañana: “Allí se quedó”. Fue la sentencia que me dio una patada en el pecho.

A mis 15 años yo no había conocido más desgracia que la muerte de mi abuela que me pareció inhumana, pero que acepté cabizbaja cuando me hicieron entrar en razón explicándome que la vida es una especie de proceso de reciclaje y que aquí no nos podemos quedar. Que la edad de abuela María era ya una edad natural y adecuada para partir hacia otra vida. Pero lo de Victorita Masó me golpeó.

Éramos de la misma edad. Habíamos compartido pupitre en Las Esclavas hasta que la quema de los conventos nos obligó a dejar el colegio y hacía cuatro años que manteníamos un cierto contacto como vecinas cercanas, aunque no amigas íntimas. Por aquellos años las muchachas no teníamos intimidades ni con las amigas. Era muy difícil que nos dejaran salir a pasear solas con esa edad o visitarnos en las casas, máxime estando como estábamos ya en guerra.

Aquella guerra que nos truncó la paz y la alegría haciéndonos vivir en constante vilo. Una población, que había convivido siempre con los sonidos amigos de los barcos del puerto cercano, ahora se había convertido en el auditorio involuntario de otras sirenas, no precisamente de cuentos, sobre una ciudad castigada por ser pertinazmente roja. Tanto que se dice que Málaga fue una de los escenarios que Franco dejó más años destruido y lleno de derribos sin reconstruir como testimonio punitivo de su testarudez izquierdista.

Un bombardero de la aviación alemana aliada con la franquista nos sobrevolaba muchas mañanas a la hora del desayuno, por lo que los malagueños, de infinita gracia burlona hasta con sus verdugos, lo llamaban “el tío de los tejerinos”, que es como llamamos aquí a los churros; más de uno saldría sin soltarlo de la mano hacia los refugios con tal de aprovecharlo. No era cuestión en aquellos días de hambre de privarse de la oportunidad de comer, aunque fuera para llegar a la muerte con algo en el estómago.

Yo, a mis 16 años, vivía aterrorizada por el sonido pavoroso de las sirenas produciendo en mis nervios un aguijonazo que me levantaba como con un resorte y me obligaba a salir corriendo al sótano a protegerme entre

los sacos de café de Joseíto, el de la tienda de ultramarinos. Aquellos tiempos de luto dejaron huella en mis nervios de por vida como las secuelas que me hubiera dejado una enfermedad juvenil.

El día anterior, en la mañana de un febrero lluvioso y tibio de brisa, el bombazo fue olímpico y más cercano que otras veces. Lo sentimos tan próximo que pensamos que esa vez de allí no salíamos. Pero no, nuestra calle se libró a duras penas por unos metros. El repartidor de tejeringos quiso acercarse más a calle Larios, aún a riesgo de llevarse por delante a alguna casa pudiente afín a sus doctrinas. No debía tener escrúpulos ideológicos.

Cayó en calle Martínez , en el nº 7, donde Victorita Masó estaba tomando un inoportuno baño a esa hora, caprichoso lavatorio que seguramente le impidió salir corriendo de inmediato al refugio para salvarse. El recato en las muchachas de entonces nos llevaba a tener tantas precauciones ante la desnudez que he pensado siempre que ella juzgara mejor quedarse en la bañera quietecita retando a la suerte. Pero la suerte no quiso hacerle compañía esa mañana o no estaba para juegos, valga el sarcasmo, en semejante momento. Quién sabe si, en aquella España en pánico, hasta la suerte tenía miedo en esos lances y salía corriendo también a ponerse a buen recaudo. Quién sabe...

Cuando Juanele con su amaneramiento vino a contarnos lleno de espanto morboso lo de la bomba en calle Martínez, los llantos de mi madre pusieron sobre aviso de un nuevo horror a mis nervios de adolescente quebrada.

Oí el cuchicheo de mi padre mandando bajar la voz a los presentes para evitarme la funesta noticia y ese susurro de desgracia me aflojó las piernas hasta tal punto que no pude acercarme al salón a preguntar por su veracidad. Oí

entre susurros retazos de la conversación que mantenían. Decían que se la habían encontrado entre los escombros, desnuda aún en la bañera. Sus 16 años expuestos a los ojos de todos con la falta de pudor que da la muerte. Ese detalle me pareció hasta ridículo; tanto recato para terminar violada por la guerra.

Juanele en la cocina hacía exagerados aspavientos al mismo tiempo que sorbía un café migado ofrecido por mi madre mientras contaba con detalle medio llorando, medio excitado transmitiendo el cotilleo con su voz de cupletera y sus ojos espantados de cejas depiladas.

El sonido de la conversación murmurando en voz baja la mala nueva me acompañó toda la vida como las sirenas y aquella frase tan rasgada: “Allí la dejó, Doña Antonia, allí se quedó”.

ME LLAMO NADIE

Me recuerdas a alguien cuando transito por el bosque de asfalto y te veo demandante de todos. En el desapego de tu mirada indiferente me enganchó al pasar como si recordara una mirada anterior conocida por ambos. Pero no me atrevo a mirarte mucho tiempo y aparto mis ojos negros de la negrura de los tuyos como con vergüenza, sin saber a ciencia cierta lo que me incomoda de ti. Entonces recuerdo que llevo prisa y mis objetivos del día están centrados en cien tareas que nada tienen que ver contigo. De hecho, yo no quiero tener nada que ver contigo. Por eso a veces te dejo una moneda, nada que me cueste ganar, y me alejo veloz prohibiéndome a mí mismo pensar. Mañana no seguirás ahí.

Yo te miro cuando pasas desde mi limbo anónimo y me resultas a la vez familiar y extraño. Cuando os contemplo desde abajo me hago tantas preguntas que me da pereza. Me pregunto en qué consiste la urgencia de eso tan importante que lleváis entre manos y cómo me gustaría conocer vuestras vidas. Por el contrario, yo dejo pasar el tiempo sin contarlo.

Está claro que la pereza ha sido mi perdición, también mi negra suerte, hay que reconocerlo. Las dos, cogidas de la mano, me dejaron postrado donde me ves, o no me ves siquiera.

En el mundo hay dos tipos extremos de seres: los refulgentes, en quien todos ponen los ojos con las manos haciendo de visera para no deslumbrarse, y los invisibles, los que son translúcidos como el cristal.

Yo nací con el mar en mis oídos, y aprendí a nadar volando. Un día de mi primera madurez descompuesta, aquel amigo de triunfos me ofreció probar las sobras de

su infierno blanco y empecé a cambiar el mar por el abismo, la luz por las tinieblas.

Desde aquí abajo todos los días os contemplo, siempre corriendo. Todavía recuerdo los días en que era uno de vosotros. Yo también corría veloz por los días, aunque ya no recuerdo dónde me llevaban mis pasos. En el trabajo mi jefe me apreciaba por esa premura, hasta mis hijos y mi mujer me respetaban por la eficacia con la que despachaba los asuntos cotidianos. Al parecer la celeridad tiene un valor intrínseco...

¡Dónde estarán mis hijos! Me pregunto si les duele tener un padre al que hay que esconder.

Ya mi familia, como todos vosotros, me miraba, pero no me veía y me acostumbré a esa invisibilidad de por vida. Todos estos años los he vivido sin ser visto.

En realidad, lo que pasó fue que un día me cansé. La pereza me atrapó, me arrastró de los pelos y me dejó tirado en este rincón donde descanso.

Ahora el tiempo va pasando por mí como una cinta transportadora en la que te he contemplado al pasar esta mañana entre el bullir del mundo como el que mira un espectáculo, mero espectador sin actuar en argumento alguno. Te contemplo desde mi sucio descanso perpetuo sin implicarme. Solo te miro.

Pero hoy estoy cansado. Cuando mañana, como hoy, pases de nuevo a mi lado lleno de miedo, te mantendré la mirada que vienes rehuendo, te cogeré de la mano y te pediré que nos vayamos juntos a casa con nuestra mujer y nuestros hijos a olvidar lo que no hemos vivido.

María de la Cruz Jaldo Antúnez

EL DIABLO Y LA HIJA DE BASTOS

Érase una vez La Pitonisa Isa y la lectura del Tarot a una joven muchacha:

El pasado

Nada más comenzar con la tirada del pasado de la joven, apareció la carta de tarot de la Sacerdotisa que revelaba a la Reina de Bastos la llegada de una hija llamada Sol, quien llena de fuego y brillo, lucía alto, en el cielo azul, encima de ellas. La niña traería una gran felicidad al reino, vaticinó. Y así fue. Al poco tiempo del nacimiento, su padre, el Rey de Oros, le compró un caballo blanco, para llevarla a cabalgar y conformarse por no haber tenido un varón.

El Papa, asesor de su majestad, lo tranquilizó, aconsejándole que desplegara la paciencia y firmeza que le caracterizaba y esperara a que la niña creciera para desposarla con alguno de los cuatro Palos de Caballeros seleccionados para tal fin, como mandaba la tradición. De esta manera, aumentaría el poderío del reino.

Aunque al Rey de Oros le simpatizaba más el Emperador como futura pareja de su hija, por afinidad a él en dinero y firmeza, parecía que el candidato que tenía más talento y diligencia era el Caballero de Espadas, y así se veía venir al salir como carta central en las predicciones

de “La Pitonisa Isa”. Sin embargo, La Emperatriz, cuyo poder era igualable al de la Reina de Bastos, consideraba, dada su experiencia, que lo mejor era que la princesa se casara por amor, tal vez con un Caballero de Copas, aunque, en principio, no estuviera tan bien posicionado en la tirada general.

“La Pitonisa Isa”, como se hacía llamar en las redes sociales, quiso ahondar en el pasado de la joven, y, con el permiso de ella y de los ángeles, se santiguó y sacó algunas cartas más del mazo para leer claramente de dónde partían los problemas de la muchacha, y realizar así una tirada más acertada, con el único objetivo de ayudarla, ya que en sus grandes ojos azules flotaba una honda tristeza.

La infanta Sol creció ajena a todos los planes que le tenían preparados, continuó explicando la Pitonisa Isa. Recorría las verdes praderas, en compañía de su inseparable Paje de Espadas, quien la acompañaba en todas sus travesuras, indicándole que sopesara un poco más sus actos antes de realizarlos. Mas la adolescente no hacía caso, consentida como estaba, y, conforme se hacía adulta, iba teniendo más afinidad con su amigo el Paje de Copas, en su sensibilidad y forma de ver el mundo.

Su Mago y maestro, siempre le decía a la princesa que podía conseguir lo que quisiera en la vida, con la ayuda de la sabiduría y de la magia. Convencida de esto, al hacerse mayor de edad, decidió desafiar a todos, más aún desde que los padres le regalaron un Carro dorado, tirado por dos corceles: uno blanco y otro negro, que no resultaban fáciles de manejar. A pesar de ser una excelente amazona desde pequeña, cada caballo quería ir en sentido opuesto al otro. Debía entonces buscar el término medio en el tira y afloja de las riendas, para que los dos caballos fueran a la vez en la dirección deseada, encontrar el equilibrio, le indicó el Mago. Llena de confianza y valor, afrontó su fu-

turo reinado con seguridad, dispuesta a sortear todas las dificultades y obstáculos que aquella misión le impusiera.

El presente

En una segunda tirada de la Pitonisa Isa, la que correspondía al pasado inmediato y al presente, donde la muchacha de carne y hueso representada en las cartas se encontraba, la Pitonisa Isa cambió el gesto de su boca hacia abajo, por el lado derecho. A pesar de salir unas buenas cartas, iban acompañadas de la carta del Diablo disfrazado de galán, detrás del Dos de Oros. Se ve que la chica lo había conocido unos meses atrás, así, de repente, en una mañana llena de Templanza, mientras la joven paseaba por los jardines del reino con la brisa del viento balanceando su largo cabello rubio.

Disfrazado de príncipe rojo, diferente a todos sus pretendientes anteriores, se acercó a sus dominios, de imprevisto. Apareció de la nada, con sensuales palabras, que más tarde se transformarían en sutiles caricias, y más tarde aún, en una atracción física irresistible. A partir del segundo encuentro en la fiesta que la Casa de Copas dio en la Corte, cayó irremediablemente rendida en sus brazos, cuanto él la miró con una ceja más elevada que la otra.

La princesa/joven creyó entonces estar enamorada, ya que nunca lo había estado antes. Aquel Diablo, famoso en tierras lejanas por sus mentiras y traiciones, al que algunos llamaban “Momoa”, se veía muy esbelto y atractivo, nadie lo podía negar. La engañó fácilmente, como buen actor que era, haciéndole creer que nunca le haría daño y que le daría lo que nadie, ni siquiera sus padres, ni ningún caballero o paje, le habían ofrecido jamás. Detrás de esa picante mirada verde de cejas triangulares y asimétri-

cas, se ocultaba un verdadero “cabrón”, nombre que tanto a la princesa de la baraja, como a la muchacha a la que le echaban las cartas, les estaba prohibido repetir en voz alta, porque en los lugares más refinados se estilaba denominar a este tipo de individuos solamente como “tóxicos”.

La princesa Sol comunicó a los Reyes que estaba enamorada y éstos le prohibieron volver a ver al falso príncipe. Cegada como estaba con una venda en los ojos, la carta del Dos de Espadas la obligaba a tomar una decisión: elegir entre el Diablo o el Príncipe de Espadas seleccionado. Después de una acalorada discusión con la Reina de Bastos, la joven tomó unas Cinco copas de vino para calmarse, pero sólo consiguió deprimirse a la orilla del mar. Bajo La Luna escuchaba los aullidos de los lobos, que la hacían dudar de su decisión de fugarse del reino. Al día siguiente, como Loca, tomó un hatillo con lo imprescindible y salió al encuentro de su amante, ignorando los ladridos de su pequeño perrito y los avisos de los Pajes de Bastos y Espadas, vigilantes siempre. La Torre quedó atrás y todo su mundo conocido se desmoronó para siempre, como un castillo de naipes, a la misma velocidad con la que huía en su Carro de fuego.

El Diablo la recibió con agrado, al principio, pero luego se fue transformando y enrojecía ante cualquier mínima contrariedad. Las caricias se convirtieron en molestias llenas de sal.

La joven entonces comenzó a llorar delante de la Pitonisa Isa, que continuó explicando la situación: durante meses, la princesa permaneció Colgada, en el silencio de su encierro de Ermitaño donde le preguntaba a la Luna qué podía hacer con tanta soledad. Con Juicio, entendió que el Diablo no era quien decía ser. Se lamentó y lloró

en la oscuridad de su celda, mientras pasaba noches en vela donde parecía que Diez Espadas la atravesaran y le impidieran moverse.

Una mañana, la Rueda de la Fortuna giró a su favor. Aprovechando la ausencia del Diablo con sus supuestos negocios, tomo toda la Fuerza que le había enseñado su maestro, el Mago, y decidió volver a su hogar para pedir perdón.

El futuro

La Pitonisa Isa hizo la última tirada, la del futuro, y salió la maravillosa carta de La Estrella en la que ya se había transformado la dulce joven. Le siguieron varias cartas llenas de Oros y celebraciones cuando volviera de nuevo a su casa. El Caballero de Espadas aún la esperaba. La carta de La Muerte anunciaba que todo lo malo había quedado atrás y que ahora comenzaría una nueva vida, con la carta de Los Enamorados.

La Pitonisa Isa y la joven Sol, recién transformada en Estrella, lloraron de alegría Finalmente, la última carta le hizo saber que El Mundo estaba a sus pies, como siempre lo había estado.

Y colorín colorado, este cuento de la joven y el Tarot se ha acabado.



Mariángeles de Rueda

FRÍO Y CALOR

Ese calor. (Pares y nones)

Calurosa tarde. Eterna en el tiempo. Cómo desprenderme de esta insidiosa flojera. He probado con un magnífico café con hielo. Pero visto lo visto sigue atrayéndome mucho más el sofá. Aunque quisiera no puedo leer, mi mente está seca. Una ducha fría me ayudará a espabilar. Vamos, ánimo, tú puedes campeona. Es la solución. Refrescada...

Ese frío. (Pares)

El invierno ha empezado con una temperatura excesivamente fría para mi cuerpo. Lo acomodo, el cuerpo, entre las mantas y las sábanas. Tengo hecho el hueco desde hace unos días. Porque intuyo la cercanía del frío. Esos momentos son impagables. El calorcito...

LA VIDA EN VEINTICUATRO HORAS

Me cuesta tener la claridad suficiente para recordar, con la mayor exactitud posible, cómo fue mi visita a uno de los tres temibles calabozos que existían en la Jefatura Superior de Policía de Andalucía Oriental, ubicada en la capital de Granada.

Corría el año 1969 de una España en blanco y negro, ese enero el régimen franquista decidió implantar el estado de excepción; las revueltas estudiantiles y obreras cada vez eran más asiduas. En las primeras, mi hermano, que entonces estudiaba primero de Derecho, no se perdía ni una, no sólo las promovía, sino que él y su camarilla de “rojos” las alentaban repartiendo octavillas incendiarias contra la dictadura de Franco. Pasquines explícitos sobre la ausencia de los Derechos Humanos, de cualquier tipo de libertad: de expresión, religión, afectos... cuestionaban una desigualdad brutal. Soñar era lo único que la implacable tiranía no podía controlar.

Él, mi hermano, físicamente no pasaba desapercibido, alto, delgado, con gafas de pasta negras y una llamativa barba pelirroja; mas la cantidad de policías de la famosa y cruel brigada de lo Social que estaban infiltrados en la universidad, tardaron poco en detenerlo, con unos cargos que ahora resultarían irrisorios.

Cuando la noticia llegó a la casa familiar, especialmente a mi padre, bastante conservador, no solo no pensó en ayudarlo, sino que todo el tiempo se le fue diciendo que lo iba a enviar a Rusia, si lo que quería era ser comunista, en España no pintaba nada... La tensión se “masticaba” en el hogar que, menos dulce, era cualquier otra cosa.

Ah, pero ahí estaba mi madre, hecha de otra “pasta” y mucho coraje. Que no dudó en rebelarse contra la insen-

sata “sentencia” de su marido... Así que, mirándome directamente a los ojos, me pidió que me fuera para Granada en el primer autobús. Apunté la dirección donde debía ir, preguntar por la hija de una amiga suya, que trabajaba como administrativa en dicha jefatura y no volverme sin al menos ver a mi hermano. Porque, que lo dejaran libre, sería algo más complicado.

Dicho y hecho, no me dio tiempo ni a tener miedo.

Cuando superé todos los pegajosos trámites, con la inquestionable ayuda de la funcionaria amiga, pude bajar al sótano donde se encontraban los tres inhóspitos calabozos; en uno de ellos estaba, mi héroe, mi hermano el justiciero...

Con un ruido de llaves pesadas y comentarios despectivos, pude ver a un hombre agotado, hundido, profundamente solo...

Esa visita obligada a aquel calabozo me descubrió, de pronto, que esa persona joven, luchadora, que igual se subía a un banco a soltar un mitin sobre las injusticias como compraba discos de moda para organizar sus guateques... se había convertido en un hombre de mirada lenta pero inquieta.

Al abrazarlo con todo mi cariño, noté su sudor y sus lágrimas a partes iguales.

Nunca olvidaré que en veinticuatro horas la vida roba tu vida.



Mario Montecatine

TENDRÁ PLAYAS Y ESCALERAS EXTENSAS

Tendrá playas extensas y pescadores sacando el copo y a Angelita, la amiga más gritona de mi madre, yendo a comprar los pescados fresquitos y güenos para hacerlos, bien fritos, con aceite de girasol. Llegaré embadurnado de arena blanca hasta el cogote y me comeré un chumbo fresquito o un jugoso trozo de sandía. Me iré solo, con mi toalla, a unos metros de distancia de la ruidosa algarabía andaluza, y cogeré fuerzas para ir a la balsa que, a 50 metros de la orilla, ofrece sus trampolines para jugar. Tras mis amigos, me lanzaré al mar, pateando fuertemente las primeras olas y, con el sabor salado de la victoria, nadaré y me agarraré a los primeros escalones adonde ellos ya me esperan. Varios saltos hacia el agua me acercarán al cielo y a lo más profundo. Algún verso chispeará: “Absolutamente disuelto en agua y viento de poniente, ni gota de carne”, “ponte de espalda, el levante empuja”, “No soy miope bajo el mar”...

Y muchos minutos con más de sesenta segundos después, volveré a la orilla de Ítaca otra vez solo pero siempre amante.

Un taxi destartalado como Karim, su conductor, nos llevará, por una peseta, blanqueados de sal porque no hay dinero para duchas, a la casa más chica del mundo. Un pequeño piso de alquiler cuyo salón se convertía en dos dormitorios, la cocina se mezclaba con el váter y, la única ventana, encuadraba la música de los canarios y jilgueros de mi padre o la canción de aquellas “nubes se levantan”,

cuando cantábamos al chaparrón de la Virgen de la Cueva.

En la casa más chica del mundo, mis cinco únicos libros y algunos indios sioux de goma, fabricaron una escalera al segundo piso. Julio Verne me puso piscina en el ático. Juan Ramón Jiménez trajo gallinas y burros. Federico García Lorca pintó las paredes de verdes colores. Agatha Christie metió mayordomos y cianuro y yo añadí té moruno con yerbabuena a las cinco de la tarde, a las cinco en punto de la tarde. Rodrigo Díaz de Vivar con sus hijosdalgo, me enseñó una Patria que luego me engañó con otra y un librote de Formación del Espíritu Nacional se empeñaba en hacerme cantar himnos que yo no sabía interpretar y en ponerme un insuficiente, para hacerme bajar de las “nubes que se levantan”. Pero la escalera era interminable porque Doña Virtudes me dejaba sacar todos los libros gratis de la Biblioteca y mis indios sioux inmortales.

Por la tarde iremos a cazar grillos, atardeceres y miradas a la casa de Catherine, junto al bosque de eucaliptos de Boubana. François, su hermano, saldrá enseguida a jugar con nosotros y yo le esconderé, otra vez, mis versos de amor secreto en francés. En el Arroyo de los Judíos recogeremos algunas piritas que Monsieur Gérard, el papá de François, nos comprará por dos reales y demasiada altivez.

Y luego, mi madre, en la casa más chica del mundo, habrá preparado la cena y nos mirará de reojo. Nos sabe alimentados de luces, playa y bosque. Con la otra peseta del día, ha hecho potaje de tagarnina y albóndigas de pan. De postre, tomo, con mucha azúcar, la nata de la leche hervida que, esta madrugada, nos trajo Yibilo. El trueque de leche por un jilguero albino me deja dulzor de vaca.

El día ha pasado. Mis recuerdos se difuminan como mi vista cansada y me siento triste. Morir es olvidarme de la casa más chica del mundo.

UNFREEDOM

Hacíamos el amor, como un tren secuestrado por cataratas. Las cataratas arrebatában más trenes de cercanías para volver a desembocar. Y los trenes pasaban, una y otra vez, sin parar en las estaciones de los poetas porque buscaban destinos suspirados y no poemas.

La mesita, de no leerlos, encadenaba varios libros boca abajo, avergonzados. La luz de nuestras mejillas era rosácea y sobraba, para la habitación que iluminábamos. Por el balcón pasaron, varias veces, del amarillo al negro, otras luces lentas acquareladas. No quisimos parar en las terminales de Pasión, Caricia, Música o 2.023 porque suponía bajar las maletas, y habíamos perdido la identidad.

Las hojas habían desertado del bosque, hasta dejarlo sin sonido ni calor, a solas con su verdad enraizada. Llegaron momentos sin cuerpo ni ramas donde solo latía, la piel hirviente cocinada en sudores y salivas. Éramos res-coldos o cortezas de la misma piel y en uno de nuestros dedos palpitaba algún infinito final. Teníamos más sed. Queríamos andar por las playas pero nos sobraba el agua de la nevera y arenas movedizas. No es necesario más alimento ni más tiempo que alimentar. Solo agua para nadar y hervir.

Mientras ella dormía me asomé al balcón y no entendí el mundo. Tanta ropa, moviéndose sin gente y aburrida, en un Centro Comercial llamado Tierra; tanto coche sin conductor, acelerando para alcanzar, casas vacuas, cuevas

o pan. No sé para qué alumbraban las brillantes luces de la calle y los varios pierrots de los semáforos. Me deslumbraba tanto futuro universo oscuro inhumano viejo.

...

Mientras yo dormía ella se asomó al balcón y no me entendió a mí. Una barba de varios días tan despeinada como mi pecho lacerado. Unas simples gafas de ver la realidad cerca de mí que añoraba mundos miopes. Su vientre estaba hambriento y no le bastaba beberme y no podía comerme. Supongo que me miró y vio a nadie sin olor apetitoso.

La nota era suicida: No entiendo tu surrealismo, me voy a Logroño.

Manuela se casó con Fidel y tuvieron tres niños preciosos que se casaron y tuvieron niños que se casaron y tuvieron niños que se casaron y tuvieron niños que se casaron y tuvieron niños...

TROTAMUNDO

Allá por los años ochenta, impregnado por un aura anarquista, emprendí mi primer viaje a la Alpujarra granadina. Otros viajes lo seguirían pero ninguno como aquél. Una camisa, un pantalón vaquero y una canción, decidiendo batirme en duelo con el campo y, montado en un imaginario velero, navegar y navegar.

Desembarqué con mochila y libreta en un pueblecito llamado Ferreirola, para dar clases de español a blanquecinos hippies ingleses más entusiasmados con las vertientes de la mariguana y el sexo abierto que con las peripecias del verbo y de sus adjetivos.

En los ratos de libertad de que disponía, me paseaba por aquellos montes lejanos y en el cielo descubrí gaviotas que, desde la cercana costa, tal y como yo había hecho, buscaban un alimento diferente. Ellas buscaban entre la basura y yo entre los almendros.

No logré hacer muchas amistades. Los lugareños, gente mayor y aburrida, pasaban más tiempo en el bar viendo la 1 de TVE que en sus huertas y, de los extranjeros, solo recuerdo un par de amigas.

Annie, probablemente se llamaba así porque la relacioné enseguida con la película de Woodie Allen, depositó en mí muchas de sus expectativas de latin lover pero, yo sentía que ella era de cartón piedra y, no fui capaz de entender, ninguna de sus imperialistas órdenes sado, aunque bien que me esforcé porque aprendiese, las siete frases para presentarse a un desconocido. Desde el “Hola, ¿cómo te llamas?” hasta el “¿Estás casado?” solo necesitó otras cinco expresiones y tres tipos de pícaras miradas para superar el curso con sobresaliente o, perdón, con sobresalida.

Mary, por otro lado, era ardiente y soñadora. Decía, con regusto británico, aquello de “espein is diferent” o “todo bajo el sol” y, me montaba gritando ambas expresiones dejándome la sensación de que, el éxito del turismo nacional dependía de mí. En uno de aquellos envites sexuales descubrí sus ojos azules como el mar y me marché y en el cielo descubrí, de nuevo, aquellas gaviotas y estelas sobre el mar. Afortunadamente, la industria del turismo no decayó.

Pero, lo que más recuerdo, son mis paseos... Bueno, el mismo paseo repetido numerosas veces.

Todas las tardes, al atardecer, me iba con paso lento hacia las ruinas de una antigua mezquita junto al Mirador

de la Era del Trance. Por los fuertes desniveles del terreno era el paseo más recomendable por no decir el único. Era hermoso recibir la sonata de las fuentes con agua ferruginosa, el aroma oriental de las aliagas y el dulzor de las fresas silvestres o de las zarzamoras.

En el Mirador de la Era del Trance pensé, una y otra vez, en el significado de la palabra Trance y, fueron tantos mis paseos que pasé de preguntar a reclamar el citado trance. Estaba bien aquello de las fuentes, los olores, los sabores... ¿Pero cuando llegaba mi trance?

Insistí una y otra vez. Qué bello era el sendero hasta el Mirador, que bonicas las fuentes, qué bien huele la aliaga y qué bueno está el fresón... Y dale con el agüita y las yerbas y la zarzamora y, otra vez fresas. El Mirador sí, está bien, pero siempre se mira para los mismos sitios puñeta.

En fin, que entre que el trance no llegaba y ni la Annie ni la Mary me trataron bien, decidí regresar y pintar estelas en el mar.

Marsán Leunam

EL MUERTO

Eran una tarde de verano, el calor sofocante, la brisa inexistente, las calles desiertas; todos los veranos de mi infancia yo tenía la convicción de que el sol había decidido exterminar cualquier vestigio de vida sobre la faz de la tierra.

Mi abuela con pasos cortos pero enérgicos entró en la casa, su semblante era adusto, propio de quien se vio obligado a hacerse mayor demasiado pronto y aprendió que vivir consiste en satisfacer las necesidades más elementales: respirar, comer cada día y tener un lecho en el que dormir. La diferencia entre un hombre y un animal es que el primero sabe labrar la tierra y disparar un arma. Sentir cualquier emoción era un lujo al alcance de otros. Era analfabeta, pero con un conocimiento de la vida heredado de sus ancestros, una sabiduría antigua capaz de sobrecoger con historias de pasiones desatadas y finales trágicos. Al llegar a la cocina con su voz ronca, como el que da la hora, me comunicó solemnemente la noticia:

—Fermín, el de la tienda, ha muerto; entre algunas vecinas lo hemos amortajado, sus hijas no saben hacerlo. Puedes ir a verlo

No era una sugerencia, era una orden.

Salí de la casa temblando, los escasos cincuenta metros que me separaban de la tienda de Fermín se me hicieron eternos. Enfrentarme cara a cara a la muerte no era plato de buen gusto para un niño de mi edad, pero tenía la sensación de que una fuerza oculta me empujaba a recorrer

esa corta distancia y asomarme a un abismo desconocido.

Cuando llegué a la tienda de Fermín alguien me indicó el cuarto donde se encontraba. Allí había más personas musitando las oraciones de rigor. Poco a poco mis ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y empecé a distinguir el cadáver encima de una cama de hierro bajo un crucifijo de madera, parecía que finado y crucificado se miraban cómplices. En ese momento tuve la impresión de que el único presente era Fermín que se exponía ante mí con unos calcetines negros, un traje ajeno a él que lo envolvía a modo de ofrenda y del que sobresalían sus manos, una sobre la otra, protegiendo su pubis, y su rostro con una palidez de bilis incompatible con la vida.

Tumbado en esa cama, me costó creer que, dentro de ese envoltorio, estuviese el tendero jocosos que siempre tenía alguna palabra amable para todos. El rostro y las manos macilentos eran las únicas partes de su cuerpo que destacaban burlonas riéndose tras haber escapado de una cárcel negra.

Fermín reposaba asombrosamente quieto, los muertos que yo había visto hasta ese momento en las películas siempre llegaban a ese estado cayéndose de un caballo o recibiendo un disparo, en cualquier caso, la quietud de la muerte era un desenlace esperado tras muchos movimientos de vivos.

Aunque algo en mi cabeza me gritaba que saliese huyendo de aquella infernal habitación y me alejase todo lo posible, mi curiosidad inacabable de niño me impedía abandonar la escena sin tocar a Fermín, no podía irme sin cerciorarme que aquel cadáver pertenecía al tendero. Sin saber cómo, mi mano se acercó a la suya y cuando me atreví a tocarla, supe en ese preciso instante que acababa de abandonar la niñez, ya no podría entregarme sin más

a los juegos pueriles que hasta entonces habían sido mi mayor ilusión, ahora ya sabía que esta vida tiene un final y que por lejano que nos parezca, mi abuela, mis padres y hasta yo mismo algún día estaríamos ocupando el lugar de Fermín, envueltos en un traje negro del que sobresaldrían un rostro y unas manos amarillos. Esa tarde de calor extremo ya no me cupo ninguna duda de que Fermín estaba irremediablemente muerto, no había posibilidad alguna de que quedara el más atisbo de vida en aquel cuerpo inmensamente frío.

EL SUEÑO

Desde pequeño me asombró mi capacidad para soñar. Cada noche iba cayendo en el letargo expectante por saber con qué me sorprendería esta vez mi subconsciente. Mis sueños eran vívidos, llenos de detalles y casi siempre con mucha acción.

Algunas personas dicen soñar en blanco y negro, en mi caso todos los colores comparecían.

Recordaba hasta el mínimo fragmento, si estaba en una casa desconocida podía recorrer sus estancias, repasar cada uno de sus enseres, percibir en un jarrón hasta la más insignificante voluta de su decoración.

Con mucha frecuencia discurría en la montaña y entonces se poblaba de plantas, flores y hasta los animalillos que la habitaban. En ocasiones era difícil distinguir el sueño de la realidad.

Otras veces aparecían personajes que se asemejaban a alguien conocido. También podía apreciar todos los detalles de sus cuerpos y ropajes.

Parecía estar en un teatro que otros representaban para mí. Con el tiempo descubrí algo que me confirmaba que estaba soñando: nunca pude ver sus caras. Aunque eran figuras humanas perfectamente formadas, sus rostros aparecían ante mí borrados. Estos seres, ya se movieran con elegancia o toscamente, eran tercamente inexpresivos. Mis seres soñados jamás tenían ojos, nariz, ni tan siquiera protuberancias que pudieran asemejar unas orejas.

Algunas mañanas al despertar me quedaba en la cama recreándome con las acechanzas de la noche: los momentos en los que había conseguido escapar de la trampa o burlar a mi perseguidor o surcar ese campo de amapolas flotando sobre ellas.

Dicen que en los sueños es cuando afloran los asuntos que nos inquietan, como si fuesen una ventana abierta a nuestra alma.

En algunas ocasiones, en mitad de la noche adquiría conciencia de estar soñando y en ese momento tomaba el control. Ya no era una mera víctima de los avatares si no que empezaba a decidir qué iba a pasar. En una ocasión estaba atrapado en lo alto de una larga escalera de caracol y al no encontrar salida me dejé caer plácidamente por el hueco dejando a mis perseguidores con cara de póker.

Era otro de mis poderes oníricos, podía volar a placer.

Esa noche me encontraba en un bar. El lugar era pequeño, oscuro y parecía no muy limpio. Unas pocas mesas repartidas sin orden ni concierto le proporcionaban un aspecto siniestro. Tenía una vidriera que ocupaba toda la pared y contenía multitud de botellas medio vacías de diferentes tamaños y colores. La música se oía lejana, desapasionada. Yo estaba en una mesa entre la barra y la puerta de entrada. Notaba la presencia de algunas personas a mis espaldas. No hablaban. Intuía que me observaban.

Lo que ocurrió después fue muy rápido, las escenas me vienen al recuerdo a fogonazos. Un tipo elegantemente vestido abrió súbitamente la puerta y sacando un revólver del bolsillo, hizo un único disparo. La bala impactó en la vidriera haciéndola añicos. Los cristales quedaron esparcidos por todo el suelo del local. El teléfono saltó por los aires y el auricular se mantuvo oscilando. Varias sillas volcaron en distintas direcciones parecía que el destino las hubiera repartido como una baraja de cartas.

A aquel estruendo le siguió un silencio sepulcral. Sólo sentía un pitido muy agudo en los oídos. Transcurridos unos instantes, (no podría precisar cuántos porque el

tiempo no seguía un patrón exacto), me reconocí tumbado en el suelo.

Algo angustioso estaba pasando. Súbitamente me vino a la memoria la cara del pistolero y reconocí que llevaba bigote. Esto me inquietó sobremanera. Mis músculos cada vez respondían con más lentitud a los esfuerzos por moverme. Empecé a sentir en el costado un cosquilleo de líquido viscoso que brotaba de mí, resbalaba entre mis costillas, empapaba la camisa y empezaba a formar un charco.

Decidí huir de allí y traté de avanzar reptando. Noté que me iba quedando dormido, eso solía ser presagio de un despertar inminente. No quería seguir en aquel lugar.

Conseguí avanzar unos pocos centímetros de forma que uno de los cristales quedó justo debajo de mi cara. Con gran esfuerzo logré girarla y el cristal, que antes había quedado debajo, ahora estaba enfrente de mí. Entreabrí el ojo izquierdo y comprobé aterrado cómo mi cara se reflejaba nítidamente en él.

Nines Carrascal

EL TIMBRE

Sonó con intensidad. Mi madre estaba en el corral, separado de la casa por una escalera sin baranda. Yo estaba en mi habitación y tenía 14 años. Era el lunes 1 de abril de 1985 y empezaban para mí las vacaciones de Semana Santa.

La casa la había construido mi padre según el dictamen de los años setenta: largos pasillos, una cocina de diario y un salón con tresillo que solo se enseñaba a las visitas. La puerta de la calle era de metal, con cristales gruesos que dejaban pasar la luz y clareaban ligeramente el pasillo.

Eran las once de la mañana y al abrir la puerta reconocí al jefe de mi padre, un hombre corpulento y desagradable que me preguntó dónde estaba mi madre. Sabía poco de él, una vez escuché a mi padre decir que les insultaba, no les daba vacaciones, tampoco se las pagaba, trabajaban como animales en la obra y sin protección alguna, a la intemperie.

Cuando le vi me di cuenta que algo pasaba y bajé corriendo las escaleras del corral en busca de mi madre. Era una mujer pequeña y de carácter fuerte. En los años sesenta había emigrado a Alemania y no concebía aquella forma de sometimiento, tan esclava e inhumana a la que mi padre se resignaba.

Cuando mi madre le vio, detenido a contraluz en el umbral de la puerta, no hizo falta que le dijera nada. Empezó a gritar sin llorar y yo me derrumbé en una esquina

de mi habitación, con las manos y los antebrazos cubriendo mi cabeza, queriendo desaparecer.

Llegaron algunos vecinos, alertados por los alaridos de mi madre que estaba fuera de sí. Sin saber qué hacer, en una desesperación creciente, eché a correr calle abajo, hasta que una vecina tiró de mí y consiguió que volviera con mi madre, que ya no era persona. La vistieron de negro y la llevaron a Zamora a reconocerle. Había muerto enterrado, bajo la tierra deshecha de la zanja que cavaba.

Yo me quedé en casa de los vecinos. En la tele pusieron Quo Vadis. Volvieron a las siete de la tarde con él, y colocaron el ataúd en el suelo del salón vaciado que se llenó de muerte. Lo velamos una noche entera y por la mañana, mi tío abrió la caja y le besamos. Tenía la frente helada, como una piedra sin alma. Lo enterramos un martes dos de abril de 1985 y en la lápida mi madre colocó un ángel. El día 3, miércoles, hubiera cumplido cuarenta y tres años.

Muchos años después, sin yo pretenderlo, una médium me conectó con él. Volví a sentir un sonido agudo, como un timbrazo seco que me cortó de cuajo la respiración en un bucle de llanto sin consuelo. Y se fue, o le dejé marchar, quién sabe.

EL MALESTAR, EL DOLOR, LA FÁBULA Y EL PEZ

El malestar

Acababa de cumplir treinta años y trabajaba de camarera en Sitges. Después de varias relaciones amorosas desastrosas, volvía a estar sola. De un tiempo a esta parte me encontraba muy mal, sentía que había tocado fondo. Llamé a mi prima y me recomendó un médico naturópata que me pareció más un curandero que otra cosa. Pero ella era así de friki y yo necesitaba ayuda.

La vida de mi prima podría haber inspirado una película de terror. Cuando tenía dieciséis años dejó el instituto para meterse monja en un convento de clausura. Fue su forma de plantar a su padre, un auténtico animal con patas que le hacía la vida imposible a toda la familia. Dos años y medio aguantó en el convento y de allí salió desbocada. Se enrolló con el primero que pilló, un chulo de libro que le pegaba y del que se quedó embarazada a la primera de cambio. Lo denunció por maltrato y consiguió meterlo en la cárcel. Con una niña de pocos meses salió huyendo y terminó en Castellón. Malvivió durante años hasta que consiguió un trabajo de animadora socio-cultural en un pueblo de la costa. De toda mi familia, era la única que no me iba a juzgar. Me recogió en la puerta de casa y me dejó en la puerta de la clínica.

El dolor

El médico era un hombre de estatura media, nada atractivo. Llevaba una bata blanca y barba, gafas de pasta y un anillo de matrimonio en su mano izquierda. Me hizo unas

cuantas preguntas y me pidió que me desnudara de cintura para arriba y me desabrochara el pantalón. Cuando sus manos cerúleas se posaron en mi piel, sentí un dolor mugriento y agudo que se volvió insoportable. Cerré los ojos y enganché mis manos al filo de la camilla, apretándolas con fuerza. Sus dedos empezaron a moverse como un gusano que reptaba lentamente hacia abajo, en silencio. Cuando se aproximó a mi pubis hundió sus dedos en mi cuerpo. Un llanto como un aguacero se desató en mi interior, plegándose mi cuerpo en dos hasta formar un ovillo. En el viaje de vuelta no cesé de llorar. Mi prima no me preguntó nada. Cuando llegamos a mi casa paró el coche y me dijo: “A mí también me lo hizo”. Sentí vergüenza.

La fábula

El recuerdo destapado de mi padre, metiendo su mano entre mi braguita me quemó por dentro. La sensación de asco y malestar se tradujo en un cuadro de ansiedad con vómitos y violencia contra mí. Me destrocé a golpes. Quería vengarme, arrancarle la raíz como se hace con las plantas venenosas. Secarlo lentamente, privarle del sol y del agua. Yermo.

Pero no hice nada.

El pez

Un día mi madre me llamó para decirme que se moría, era su forma de llamar la atención. Él me esperaba en la puerta, con la cancela abierta y una sonrisa apagada. Tenía la misma voz pastosa de siempre, caminaba encorvado, arrastrando los pies, sin brío. Nos dimos dos besos, sin tocarnos. Mi madre estaba como siempre, insoporta-

blemente viva, con el piloto automático puesto. Les miré a los dos pero no advertí ninguna diferencia, eran dos clones perfectamente acompasados.

Por la noche mi hermano vino a cenar con su mujer. No teníamos apenas relación. Al terminar la cena nos comunicó que estaban esperando un bebé. Hacía mucho que lo buscaban y por fin, lo habían conseguido. Mis padres se volvieron locos de felicidad, lloraban y reían al unísono. Mi madre empezó a organizarles la vida, se ofreció a cuidar del bebé y buscó la complicidad de mi padre, que asintió con la cabeza.

Como pude les di la enhorabuena y les dije que me iba. Estaban tan felices que les dio igual. Mi cuñada me acompañó a la cancela. Como una leona que protege a su cachorro, cogió mis manos y las puso en su tripa. Sentí al bebé nadando en su interior, como pez en el agua. La miré y me sonrió. Lo haré, me dijo, lo haremos bien, reiteró en plural. Atravesé la cancela sin mirar atrás. Como una mujer sin sombra que camina con paso ligero.

Mi sobrino nació en julio. Tres años después de diagnosticaron autismo. Nunca se quedó a solas con mis padres. Hoy tiene 18 años y acaba de terminar el bachiller. Quiere ser matemático y a veces, me escribe cartas llenas de operaciones imposibles, que sólo él resuelve.



Pablo Núñez

MANUEL ON THE MOON, Episodio I

Manuel vive, desde hace diez años, en unas obras abandonadas cerca de los bajos de Argüelles. Comenzó a vivir en la calle por un problema familiar del que nunca habla. Bebe, está enganchado al Orfidal y, de vez en cuando, roba para comer; lo hace con una violencia bien medida: con un matalcón echa a dormir a la víctima y la acuesta con cuidado sobre el suelo. Sus colegas de la calle dicen que, pese a todo, él es el único yonki gracioso «de verdad» que queda en la capital. «Dios me apunta con el dedo y se ríe de mí; yo soy generoso y os cuento sus chistes», les contesta. Ha sido uno de los setenta elegidos por la Comunidad de Madrid para participar en un programa social que ofrece talleres de mindfulness a personas sin hogar.

Hace un mes recogió de la basura una agenda de 2017 que sólo tenía una página escrita. Desde entonces, Manuel ha retomado dos de sus viejas aficiones: la escritura y el dibujo. Da forma a textos breves, cada día, y caricaturiza a las personas que le echan monedas a una hucha que siempre lleva consigo; la hucha es negra y tiene la Estrella de la Muerte de Star Wars pintada a mano por él. Al contrario que otros artistas, él no vende lo que hace, ni lo intenta; ni siquiera lo enseña. Guarda sus bocetos como oro en paño en su pequeño trozo de galaxia; los defiende de las miradas ajenas como un pirata espacial. «Soy un astronauta flotando en un cosmos de andar por casa. A mi alrededor, planetas con forma de lata de cerveza. Hay un

agujero negro en el suelo, pero hoy no quiero saber a dónde va». Lo escribe, durante el mes de julio, en la página del día 23 de enero. Debajo del texto dibuja el rostro de un hombre gordo con bigote: «*Jabba el Hutt me dio 30 céntimos*», apostilla.

Hay algo encendido en la cara de Manuel. Está feliz porque esta semana se ha celebrado la primera sesión del taller de mindfulness y vuelve a sentirse parte de algo. Aunque sea «parte del sistema» y aunque sea —le dijo a una trabajadora social del Centro de acogida San Isidro, donde se celebra la actividad— «para que experimenten con él». Ese mismo día, tras terminar la sesión, le cuenta a sus amigos que en el taller le pidieron que cerrara los ojos y fuera consciente de su cuerpo; dice que sintió unas mariposas en el estómago parecidas a la última vez que el Pakistaní al que suele robar le intentó apuñalar con unas tijeras; que llevaba mucho tiempo sin cerrar los ojos sin que fuera para dormir; que no le dejaron que se quitara las zapatillas; que si los monjes budistas de las películas meditan descalzos, por qué él no puede. Manuel anota, rápido, en su agenda: «*Dice Luisa, la psicóloga, que en mi pecho puedo encontrar mi hogar. Recordatorio: tengo que cortarme las uñas de los pies*». Tras el texto, esboza la cara de una mujer con unos auriculares Sony gigantes: «*Princesa Leia, 10 céntimos*».

A Manuel, que alguien le pida que cierre los ojos le recuerda a Noemí, una gitana de Jaén que conoció cerca de Atocha y con la que tuvo una relación durante varios años. Noemí le acariciaba los párpados y le soplabla con suavidad por dentro de los ojos cuando se ponía nervioso. Le decía que lo que le salía de la boca era aire bendito; que le iba a borrar los recuerdos malos que se le habían quedado atrancados. Al notar sus labios cerca, los ojos de

Manuel se ponían blancos como la luna. Cuando Noemí soplabá, las venillas de sus párpados sonreían. «*Si ella estaba conmigo, este andamio era una estación espacial; para qué queríamos techo si cualquier día íbamos a echar a volar*», escribe y se lo recita a sí mismo. Manuel, a continuación, perfila a un hombre con un casco de moto negro y plateado y firma: «*Darth Vader, 2 euros*».

Cuando a Manuel le atraca la melancolía, se le va toda la alegría que ha ido recolectando como una hormiguita durante el día, de esta conversación, de aquel colocón y de aquella casualidad. Entonces, cae al suelo, un sitio donde todavía no se siente a gusto. «*Cualquier día me enchufo dos cajas de Orfidal, me bebo un litro y al agujero. Ayer me sentía como un astronauta, pero solo soy un yonki entre cartones. A mí, que he ido muriéndome al médico y por ser un enganchado no me han atendido, ahora me invitan a hacer mindfulness. Y querrán que, cuando el rabo de una rata gorda acaricie mis pies descalzos, le dé gracias a la vida*», transcribe el pensamiento en su agenda. Luego, traza el rostro de una mujer con el cuello muy largo y orejas de pico. «*Jar Jar Binks, 50 céntimos. Y un 1 euro que se le ha caído sin darse cuenta*», añade.

Cuando era pequeño, a Manuel le regalaron un telescopio de juguete porque no paraba de preguntar por la luna. Apuntaba con él hacia las personas y les decía que las estaba viendo por dentro. Su padre le explicó que los telescopios no eran para eso sino para mirar y acercarse a las estrellas. Manuel pensaba, entonces, que eso él ya lo hacía de otra forma: con los libros, con las películas, con las pequeñas historias que se le ocurrían en su cabeza de niño. En la cuarta sesión de mindfulness, a Manuel le piden que levante los brazos y respire profundo; después, que visualice algo agradable. Lleva a su mente la pues-

ta de soles gemelos en Tatooine que ocurre en Star Wars Episodio IV. *«La gente me mira como si fuera de otro mundo cuando pasan a mi lado; como si acabase de aterrizar del espacio. Pero dentro de mí hay una habitación con un brasero y un colchón, donde no me amenaza el meteorito, donde nadie me juzga, donde me vuelve a gustar escribir. Aquí siempre hay un atardecer con dos soles: el mío y el de ella»*. Manuel lo escribe, con media sonrisa, y se levanta del suelo. Debajo del texto se dibuja a sí mismo paseando por la luna. *«Manuel on the Moon, Episodio I»*, titula en grande.

Reinaldo Paloma Páramo

APESTOSO

Nadie pareció percatarse del pequeño cuerpo que yacía sobre el asfalto. Tal vez, incluso Tomás hubiera pasado de largo, pero cuando escuchó el maullido de su gato supo de forma instintiva lo que acababa de ocurrir.

—¡Apestoso!

El pobre animal maullaba desesperado, tal vez de puro dolor o tal vez de rabia, por haberse vuelto torpe y gordo con los años. Lo único de lo que estaba seguro Tomás era de que aquel maullido no era una llamada de socorro. Apestoso era demasiado arrogante para eso, seguro que en su mente felina era más que capaz de salir de ese embrollo él solito.

En el veterinario dijeron que no se podía hacer nada. Se había roto tres patas y tenía una hemorragia interna, y con esa edad era casi imposible que sobreviviera más de un día. Lo mejor que podían hacer por él era sacrificarlo y ahorrarle sufrimiento.

Aquello a Tomás le parecía absurdo.

Apestoso siempre había tenido tendencia a meterse en líos, pelearse con gatos, perros y gaviotas y a caerse de lugares altos, pero había sobrevivido a todos y cada uno de los percances del destino con esa soberbia y elegancia que tan suyas eran.

Acariciaba su lomo con la garganta en un puño. Se sentía a punto de explotar y tenía que hacer esfuerzos para reprimir los espasmos que brotaban de su estómago. El gato le miraba con sus ojos verdes, con una expresión

de solemnidad que era casi humana. No había miedo en aquellos ojos, tampoco un ápice de tristeza. Eran los ojos del pistolero que, conociendo su destino, se enfrenta sin miedo a la muerte.

—Te voy a echar de menos, enano.

Apestoso siempre había sido un gato valiente. Mucho más que él, dónde iba a parar. Dicen que los gatos se parecen a sus dueños, pero estaba claro que quien hubiera dicho eso por primera vez no les conocía a ellos. Tomás siempre había sido más bien tímido y ansioso, y tenía que darle mil y una vueltas a la cabeza antes de tomar cualquier decisión, por pequeña que fuera. Siempre le había costado salir de su pequeña burbuja de confort de videojuegos, películas de terror y cervezas con sus amigos de toda la vida, pero era más o menos feliz a su manera.

Apestoso no. Tomás recordaba el día en que se conocieron, tantos años atrás. El gato era una bolita negra con dos piedras verdes por ojos que algún imbécil había tirado a la basura sin mirar atrás. Temblaba y maullaba con su estómago dolorido por el hambre, y Tomás no había tenido más remedio que meterlo en su mochila y llevárselo a casa. El gato gastó la primera de sus siete vidas en salir adelante, y como lo había sacado de la basura, el Tomás de doce años decidió llamarle Apestoso. Le había salvado la vida, sin saber que, muchos años más tarde, el gato habría de devolverle el favor salvándole a él la suya.

Su carácter rebelde y aventurero había quedado claro desde que se recuperó. Se escapaba de casa cada pocas semanas, y siempre volvía por su propio pie. Y por más empeño que ponían en casa en que no saliera, una y otra vez encontraba una nueva forma de hacerlo. Una vez se coló en casa de su vecina y se comió el bizcocho que le

había sobrado, pero a la mujer le hizo tanta gracia que, desde ese día, le preguntaba por el gato siempre que se cruzaban.

Y lo cierto es que había algo en él que hacía que le gustase a los demás. Tenía cierto carisma que atraía las miradas y las atenciones de todos, incluso de aquellos a quienes ignoraba o despreciaba. Secretamente, Tomás siempre había sentido cierta envidia hacia el gato. Todo el mundo parecía quererle, especialmente las gatas del pueblo, que estaban prendadas por su pelaje negro y sus andares de Don Juan demasiado pagado de sí mismo.

Por eso a Tomás le sorprendía la fijación que tenía el gato con él, que era vergonzoso, bajito, le sobaban kilos, la barba nunca había terminado de salirle y sudaba a horrores siempre que hablaba con una chica. Pero ese gato le adoraba: no se despegaba de él en las noches de invierno, era al único al que dejaba acercarse cuando enfermaba e incluso, a veces, le obsequiaba con algún regalo que, para el animal, eran sin duda valiosos tesoros. Pero, por supuesto, el gato jamás hubiera admitido ese cariño que le profesaba en voz alta: era demasiado orgulloso para eso.

Por eso Tomás era incapaz de creerse lo que estaba pasando. Ahora estaba allí mirándolo, incapaz de hacer nada por su amigo. La veterinaria dijo algo que acababa en “mento”, y Tomás asintió. El animal no se quejó cuando le clavaron la inyección y la mujer salió para dejarlos a solas.

A la mente de Tomás acudió aquella lejana noche de marzo. Fue una noche solitaria, como tantas otras a lo largo de su vida. Hacía unos meses que Jenny le había dejado. Jenny, que era una de las pocas cosas buenas que había tenido en su vida. Pero era normal, ¿verdad? O, al

menos, eso pensaba él durante aquellos días. Se le había empezado a caer el pelo y el sueldo no le daba para viajar con ella.

Después de tantos años esforzándose en la carrera, solo había conseguido un curro de mierda que le daba para sobrevivir y le quitaba tiempo para dedicarse a lo que de verdad le gustaba. No era suficiente. Nunca era suficiente, nunca lo había sido y seguramente nunca lo sería. Siempre lo había sabido. Él, que tan especial decía su madre que era. Él, que iba a comerse el mundo cuando terminara la carrera. Él, que estaba destinado a la grandeza y casarse y tener tres hijos y un chalé y dos coches. Pero no tenía nada, porque era un fraude y siempre lo había sido.

Aquella noche había abierto la ventana del sexto piso que compartía con el gato, aunque hacía frío y el viento le arañaba la cara. Había mirado al vacío y tomado su decisión final. Pero una figura negra saltó al alféizar y maulló, atravesándole con unos ojos verdes que, ahora sabía, jamás iba a olvidar por muchos más años que viviera.

—Gracias por tanto, viejo amigo. Espero que algún día volvamos a vernos.

Los ojos del gato se cerraron por última vez.

UN SOÑADOR SUPREMO

Antes de quedarse postrado para siempre en una cama, Mario había sido un escalador de élite. Pero tuvo un resbalón, y entonces su vida cambió para siempre. Tras años deseando la muerte, había decidido que, si estar despierto era una tortura, al menos viviría en sus sueños.

Se convirtió en soñador lúcido en un tiempo sorprendentemente corto, y entonces la montaña helada que cada noche le acosaba pasó a convertirse en su campo de recreo. Cerraba los ojos y tomaba conciencia de sí mismo agarrado a una pared de hielo, tiritando de frío. Disfrutaba de la ventisca que apuñalaba su piel durante algunos segundos y después, simplemente, se soltaba.

Volar era sorprendentemente fácil, lo había dominado durante su primer sueño lúcido. Viajar y crear paisajes y seres sencillos también lo era, pero invocar personas e interactuar con ellas le había costado meses, tal vez años, de práctica.

Con el tiempo, Mario se convirtió en un soñador experto, tanto que se consideraba a sí mismo una especie de maestro. Había experimentado en sueños todas las vivencias que su cuerpo marchito le negaba. Muchas más.

Se había reencontrado con antiguos amores, conocido a personajes históricos y ficticios. Había bailado con Cleopatra bajo un bosque de cerezos en flor y después habían hecho el amor convertidos en lobos salvajes. Había jugado al padel haciendo equipo con Buda, peleado con Bruce Lee y volado hasta Júpiter para detener una invasión alienígena con sus propias manos.

Con el tiempo la vigilia perdió el poco interés que aún le quedaba y empezó a esforzarse por mantenerse despierto el menor tiempo posible. Poco después, Mario comenzó a soñar su castillo, una colosal fortaleza onírica que contenía todo su ser. Sus miedos, sus deseos, sus sueños, sus anhelos. Y un ala entera del castillo estaba dedicada a la montaña. Un espacio gigantesco y helado que eclipsaba el resto de torres y que, por más que Mario se esforzase, era incapaz de ocultar.

Pasaba casi todo el tiempo en el castillo, perdido en sus galerías y pasillos, perdido en los rincones más recónditos de su subconsciente. Imaginar experiencias, situaciones y personas terminó por volverse aburrido. Sin embargo, explorar su subconsciente y descubrir cuánto este escondía resultaba nuevo e impredecible.

Mario recorría los pasillos del castillo en forma de gato. Correteaba y saltaba de aquí para allá, ignorando cuadros y obras de arte que representaban escenas de su vida y puertas que atesoraban recuerdos y fantasías infantiles. Había recorrido aquel mismo pasillo mil veces, y esa noche lo bañaba un sol tan puro y tan intenso que parecía increíble que no fuera capaz de derretir la montaña de hielo.

Finalmente, llegó hasta una puerta de madera cerrada. Era vieja y estaba llena de arañazos, y el Mario-gato hubiera jurado que antes no estaba ahí. Recuperó su forma humana —la que tenía justo antes del accidente—, sacó una llave de sus pantalones y abrió la puerta.

Dentro le esperaba una habitación vacía, en la que se filtraba una luz blanquecina a través de una ventana abierta. En el centro había una escalera de caracol que descendía hasta el corazón del castillo. Se colocó frente a ella, y de alguna forma, tuvo la certeza de que, si bajaba esa escalera, su conciencia abandonaría definitivamente su cuerpo y que ya no habría marcha atrás.

Encontró el valor en un rincón de su alma y, al fin, se atrevió a descenderla. Y así fue como Mario se convirtió en un Soñador Supremo.

Sara Nogales

MEMORIA

Los recuerdos son claros, difusos, eternos, esponjosos, manejables como una masa de pan, y yo disfruto dándoles forma, así, suavemente con mis dedos, aplastándolos, redondeándolos entre las palmas, porque los recuerdos, si de algo no conocen, es de límites ni de edad. Cuánta generosidad, cuánto capricho encerrado en un tiempo que ya no existe. Y, sin embargo, encuentro cierta honestidad en el carácter volátil de los recuerdos: solo ellos capturan la verdad más absoluta del ojo que mira. Porque los recuerdos pueden ser verdad sin haber ocurrido. Cuánta paradoja. ¿Hay algo más fascinante? Sí, diría que sí. Y es que los recuerdos, más allá de los mundos que puedan imaginar, más allá de los muertos que puedan revivir, los recuerdos, ante todo, son míos y hago con ellos lo que me da la gana.

Cómo me divierto escogiéndolos, señalándolos con el índice estirado, este sí, aquel no, ese luego... Solo de pensarlo —porque yo también pienso— me sube un hormigueo de placer, un calor blando, una sacudida que agita los huesos que no tengo. Pero que quede claro: no elijo los recuerdos porque sí. Soy muy selectiva. Y sensible, extremadamente sensible. Quizá por eso también resultado inesperada, y es que el olor más cotidiano, un simple anuncio en la televisión, así, con su musiquita pegadiza, una prenda de ropa que resurge del fondo del armario, el más nimio detalle es capaz de sacudirme en sueños y desperezarme.

Pobres animalicos míos, siempre tan concentrados en vuestras cosas, la rutina, el papel higiénico que se termina, el ticket del parking que no encontráis en los bolsillos, y voy yo y ¡chas!, os arrastro de la manera más impredecible, a tirones y sin permiso, a un pasado que quizá nunca habitasteis. No os lo toméis personal. O sí. Perdonadme, de verdad. Es que, si hay algo que no puedo evitar, es perderme en vuestras nostalgias, ese suave aroma a melancolía que destilan los domingos, vuestros ojos vidriosos al contemplar la fantasía del instante feliz. El espejismo. Ay, me despertáis tanta ternura...

Como cuando volvéis a esos lugares a los que jurasteis no regresar; como la mujer que, ahora mismito, ante mí, retira una cortina desteñida por el sol, gira la llave y entra en una casa de cal y adobe. Dentro, telarañas y el silencio de los que la precedieron. Sus dedos recorren las paredes según avanza, primero del zaguán, luego de las alcobas... Sus yemas van labrando surcos invisibles en un territorio pretérito, y yo no me resisto, me abandono al gozo denso de la añoranza y hago lo que mejor sé: dar forma a la nebulosa, porque esas paredes desbordan historia y el roce despierta el recuerdo y yo solo quiero ocupar la casa entera con mi presencia.

«Burriata... Milana... Mi gitanilla...»

Ecos del pasado reverberan en el presente. La mujer y sus dedos alcanzan el salón, atraviesan la penumbra de la estancia y cruzan el umbral. Fuera, el huerto y el despliegue salvaje de la naturaleza. El descuido. La mujer corre por el huerto como solo se corre en la infancia —descalza y feliz—, y deja atrás la higuera de la bisabuela, el ciruelo, la parra centenaria. Y otra vez «burriata, milana, mi gitanilla» y la mujer, que ya no es mujer, sino niña, detiene su

carrera agigolada delante del primer surco, la tierra y el hombre que se afana con el azadón.

«¡Abuelo, abuelo!»

El hombre abandona la posición encorvada, de animal que escarba, y mira a la niña. Se retira el puro de la boca, sonríe por los ojos, exhala paciencia y humo. «Serás lianta, gitanilla, mira cómo te has puesto, ven». Y se agacha para limpiar los berretes de chocolate de la nieta. Qué buen hombre. Uno de los de antes, de los que camina con el orgullo por delante, no perdona la partida y acude puntual a la llamada del hambre, a mesa puesta. Un hombre bueno, un buen hombre, desde luego. Uno que se desvive por su mujer y se hace respetar. Uno de pocos, en realidad, porque nadie más podría parecer Paul Newman perdido en medio de la llanura castellana. Caray.

La niña cierra los ojos y, cuando vuelve a abrirlos, ya no hay rastro de chocolate en las comisuras, tampoco del azadón ni de los surcos. La tierra ha dejado de brillar, el cielo se ha empañado de nubes grises. Cae el primer goterón y la niña echa a correr. Corre y corre, descalza y mojada, hasta que se encuentra con una comitiva de mujeres vestidas de velo y negro. Una de ellas, la de piel de melocotón, se arrodilla ante la pequeña y le anuncia: «De mayor serás bonita y volverás locos a los hombres». El resto asiente. Y acto seguido esos cuerpos velados, algunos jóvenes, otros viejos, forman un círculo y las palmas comienzan a chocar entre sí al ritmo de un tarareo.

Don Federico mató a su mujer,

la hizo picadillo y

la puso en la sartén.

La gente que pasaba

olía a carne asada.

Era la mujer de Don Federico.

Entonces la niña vuelve a salir corriendo, espantada, y corre y corre, y persigue a la mujer que ya no es, o que cree que alguna vez será; y mientras, yo doy calor a los recuerdos con mis manos, estirándolos, retorciéndolos, porque los recuerdos son duros, dorados, sombríos, cobrizos, pero, ante todo, son míos. Y pueden ser verdad sin haber ocurrido.

Silvia Muñoz Pérez

ADIÓS

Se había quedado un día de miedo, nunca mejor dicho.

Era un día de primavera de postal, ni que estuviese hecho de encargo. El cielo estaba azul y despejado, una ligera brisa ofrecía una sensación muy placentera y una temperatura suave y agradable. Contrastaba con las caras y los gestos de todos los presentes. Los semblantes apesadumbrados, ojeras marcadas, tristeza en las miradas. Ni uno se salvaba. Un drama. Si lo llego a saber no dejo el encargo de que esparciesen mis restos en el mar de Salobreña.

Cuando le pedí a mi hija que una vez incinerada hiciesen volar mis cenizas sobre este cachito de mar Mediterráneo pensé que sería un hermoso momento para que pudiesen recordarme y, a la vez, disfrutar de la belleza de ese rincón que tanta felicidad me ha dado en vida.

No creí que ocasionara una situación tan penosa.

Tampoco me imaginé que se congregaría un grupo tan grande. Este tipo de despedidas suelen ser íntimas, apenas dos o tres personas, los más cercanos. Se supone que el resto solamente va al velatorio y participa en la ceremonia formal de despedida porque, en mi caso, ya dije que misa no quería: fue un acto de memoria con la participación de amigos y familiares. Se notó que la mayoría de mis amigos y conocidos se dedican al mundo de las letras. Se leyeron epístolas muy sentidas y se improvisaron mensajes de despedida muy emotivos. Me sorprendió, la verdad, tanta participación.

Cuando planteé este rito pensé que serían cuatro o cinco personas las que se lanzarían a participar, pero me equivoqué. Más de dos horas duró, con intervenciones de todo tipo, preparadas e improvisadas. Hasta a mí, que ya estoy más allá, me emocionó.

Pero lo de hoy sí que me ha conmovido. Subir hasta el Peñón de Salobreña a las 11 de la mañana de un martes a participar en mi despedida final, eso sí que es muestra de afecto. Bueno, eso pienso yo, aunque cada uno tendrá sus motivos.

...

“Ya sí, esta es la última vez que de alguna manera te tengo conmigo. A partir de ahora serás del viento, del mar, de los peces, como tú querías. Adiós, mamá. Te quise y te querré siempre. Pero las cosas como son, hasta el último momento con tus ‘cosicas’, con tus excentricidades. Para que ibas tú a pedir un entierro convencional, con su misa, su enterrador y su lápida con letras doradas y su ‘Te recordaremos siempre’. Tenías que pedir una ceremonia de la memoria, en la que, las cosas como son, mucha gente quiso estar y participar. Va a resultar que tenías razón, que la mejor forma de despedirse de alguien que muere es sacar los sentimientos. Tú hasta el último momento ayudándonos a todos a sacar a relucir las emociones. También me sorprendió que entre la gente que participó nadie hablara con pena de ti. Todo lo que se recordó eran anécdotas, vivencias compartidas, momentos de disfrute. Y tu luz, la luz que irradiabas, hasta el último aliento nos diste luz. Y claro fue algo muy reiterado entre la gente que se despidió de ti. A mí me tocó agradecer a todos. Pero te tengo que reconocer que lejos de sentir pena, prevaleció el orgullo. Comprobar todo lo que has sembrado en vida me llenó de satisfacción. Me hubiera gustado tenerte aquí

más tiempo, no lo voy a negar, pero puestos a despedirte, la forma fue la mejor”.

...

“Lo tuyo es fuerte, no nos has dado respiro. Una maratón de emociones, de organización, de atención a todos tus amigos, que, madre mía, cuántos son. Mira que yo a lo largo de nuestras vidas he conocido a todos, o a casi todos, pero claro, algunos se me escapaban. Y debe ser que tú sí les habías hablado a todos de mí porque se me acercaban para darme el pésame y contarme quiénes eran, de qué te conocían o la última vivencia contigo. Ha sido bonito, las cosas como son. Largo y cansado pero bonito. Pero que me has dado quehacer hasta el último momento ‘so joía’. Que lo hago encantada, de corazón te lo digo. Y que si de mí dependiera no echaba tus cenizas al mar, eso también te lo digo. Pero tu hija se ha empeñado en cumplir hasta la última coma de tus voluntades finales. ‘Tita, hay que hacerlo todo, tal y como ella nos dejó encargado. Es una sola vez en la vida y ella lo tenía todo pensado y hay que cumplirlo’, eso me dijo la chiquilla, y aquí nos tienes. Íbamos a ser tres o cuatro, pero esto se ha ido de madre y mira, unas veinte personas he contado yo. Que yo encantada, pero que tengo ganas ya de estar sola y llorarle y despedirme yo de ti como me apetece, escribiéndote, recordando todo lo que hemos vivido juntas. Echándote de menos, y solo hace unos días que no estás”

...

“Todavía recuerdo el día que naciste y aquí me tienes despidiéndote. Te has ido antes que yo y eso, eso no te lo perdono. Mira que me ha dicho veces tu madre que eras fuerte como un roble y cabeza, eso también lo dice. Pero, vaya, que igual que te digo una cosa te digo otra: nunca se te fue de las manos la testarudez. Que nos sabías

llevar a todos, con mano izquierda y sentido del humor, así íbamos todos a tu terreno. No voy a olvidar nunca la vez que, estando en mi casa, te partiste un brazo. Y mira que no has sido nunca tu muy traviesa, eras una niña muy tranquila. A ti no se te encontraba encima de los árboles. Te dábamos algo que leer y no teníamos niña. Sustos también nos has dado algunos. Como el día del brazo. Tu madre y yo salimos escopeteadas hacia el hospital porque se veía a las claras que había cosa seria. Y en esas tu primo, con cara de cordero degollado, nos miraba haciendo hipos. Sabía él que era el causante. 'Mamá, que ha sido sin querer, de verdad, que no le he empujado tan fuerte. Pero ha perdido el equilibrio y claro, al caer ha apoyado mal el brazo'. Me faltó cruzarle la cara, pero bastante pena tenía él. Tampoco olvidaré el día que nació tu hija. Tu padre y tu madre estaban muy nerviosos. Cuando yo llegué al hospital tu madre se abrazó a mi llorando. La cosa se estaba complicando y no teníamos muchos más datos. Pasaron muchas horas, no recuerdo cuantas. Yo solo trataba de calmarlos cuando salió la matrona con tu hija en brazos. Una niña preciosa, sonrosada y sanísima. Tú no estabas igual de bien, pero al final salió todo como debía. Pero la peor jugarreta de todas ha sido que te vayas antes que yo. Eso no ha estado bien"

...

"Lo de morirte así está muy feo. Ni pega ni es de recibo. Con todo lo que nos queda por hacer. Si hasta teníamos planeado el próximo cruce. Y ahora ¿con quién voy yo a reírme hasta el dolor de barriga? ¿con quién voy yo a no necesitar palabras para romper en carcajadas? A quién le voy a contar yo la última, y la penúltima y la anterior. Te vas y te llevas contigo una parte de mi alma. Nadie como tu para abrir una botella de su mejor vino sin mo-

tivo, porque eso es vivir, festejar. ¿Quién va a arrastrarnos a todos a celebrar todos los cumpleaños, santos y efemérides a lo grande, como si la vida se nos escapara entre los dedos? ¿Quién me va a proponer los planes más locos a destiempo y a deshoras? Sin ti nada será igual. Pero te prometo que haré todo lo que esté en mi mano por no recordarte con pena, como tú me pediste insistentemente. Cada copa de vino que me quede por beber tendrá al menos una gota de recuerdo para ti. Y todo seguirá siendo motivo de celebración por el simple hecho de seguir viva. Te lo prometo, amiga”

...

“Y así, sin más, te has ido. No diré que discretamente, porque discreta tú no has sido nunca, pero sin molestar mucho. Me dejas roto, lo sabes. Y aunque me pediste hasta el extremo que nunca te recordara con pena, no puedo evitar sentir el gran vacío que me dejas. ¿Ves toda la gente que hay aquí? Yo sé que están porque sienten tu partida. Pero ninguno de ellos sentirá el vacío que me dejas a mí. Las noches de soledad y de silencio. Ya no volveré a escucharte analizar la realidad como solo tu la ves, tratando de sacarle el lado positivo a todo. Ya no volveré a saber, solo por tu mirada, lo que estás sintiendo. Encontrarte tarde es lo que tiene, que me faltaba mucho por vivir contigo. Pero hasta aquí se ha escrito nuestra historia. Pocos capítulos para mi gusto. Pero así nos ha tocado. Me quiero quedar, como tu habrías hecho, con todo lo compartido. Con cada minuto de complicidad, caricias o risas. Y si en algún momento ha habido malos rollos, ni los voy a recordar. Ha sido la mejor historia de las posibles. La tuya y la mía. La que fraguamos juntos. La que fuimos escribiendo en capítulos cortos. No puedo saber qué fue para ti nuestra historia, entre todos los amores de tu vida, pero para

mí serás la historia más intensa, como te gustaba a ti decir de ti misma. Eres intensa, eso no se puede negar. Pero yo me acostumbré a tu intensidad, la aprendí y la necesité. Ahora no se como viviré sin ella. Ves que te hablo como si siguieras aquí. Así quiero que siga siendo. No quiero que dejes de estar viva, al menos en mí. Como se suele decir en todas las despedidas, nadie se va mientras permanece en las personas que le han querido. Y yo te quiero”

Teresa Costas

SEQUÍAS

Sequía de olivos. Ya sus hojas, plumas chiquitas, plateadas antaño, lucen abarquilladas ahora. Aceitunas verde oliva que han perdido su esbelta redondez. Aceitunas negras con piel arrugada que no decorarán la viral ensaladilla rusa en la cocina de aquel chef. Los aceituneros altivos bajan la cabeza a la tierra yerma y la levantan, expectantes, buscando nubes desaparecidas. No hay aceite. Las sartenes, apiladas, se aburren en el último cajón. ¿Dónde se han quedado la fritura variada, la ración de boquerones, los pimientos fritos, las tortillitas de camarones...? ¿Desde cuándo una Semana Santa sin torrijas, sin pestiños, sin leche frita, sin orejas...? Sequía de olivos.

Sequía de vides. Han aguantado, valientes, cada año más frágiles, más escasas, pero ya no pueden más. Los sarmientos, oscuros, retorcidos, secos, ya no regalan brotes ni hojas, brillantes y perezosas, tumbadas al sol; ni zarcillos larguiruchos con los que jueguen los niños. Se acabó. La viña se ha muerto. Y no hay vino blanco con el que maridar el marisco y no hay vino tinto que acompañe al chuletón. ¡Qué pena de encuentros sin un “¡ponme otro!”; que pena de tascas sin tazas blancas en el mostrador...! ¿Cómo un cumpleaños sin botellas varias encima de la mesa? ¿Cómo no brindar con amigos, hasta emborracharse, el día siguiente a la jubilación? ¿Cómo terminar una cena de fiesta sin pedir chupitos...? ¿Cómo una Navidad sin cava... o champagne, si es mejor? Sequía de vides.

Sequía de versos. El poeta triste, sentado a la mesa, espera a las musas. Sus cuartillas blancas yacen arrugadas en la papelería, llenas de borrones. Empieza otra vez. Se levanta inquieto, se asoma a la puerta. Busca sus razones en el exterior: el campo está seco, césped amarillo, árboles sin brotes, flores ya no hay. Ni la luna está ahí... El mar está lejos. No hay nubes, ni estrellas, ni montañas verdes a su alrededor. Sigue sin llover. El poeta vuelve a su silla incómoda, cuando escribe versos no la nota, no. Lo intenta de nuevo, coge otra cuartilla... A ver si la tristeza... le hace hablar de amor. Sequía de versos.

Sequía de extraños. Ya no vienen. No les dejan. Cerraron fronteras todos los países que tienen recursos, que se creen felices y satisfechos. “Molestan, roban, estorban, violan...” dicen. “¡Que se queden en su tierra, en sus tierras, con su gente, con su color, con sus hábitos..., que se queden!” “No queremos que se mueran en el camino”... “Es su culpa” —dicen unos—, “No queremos verlo... ni mirarlo” —dicen otros—. ¡Que no vengan aquí! ¡Que se queden allí!... Y ya no hay manos que empujen carritos de ancianos; no hay canciones dulces para acunar a bebés llorosos; no hay sonrisas tiernas y manos rechonchas que acompañen a niños que van a la escuela; no hay cuerpos morenos que limpien las casas de los satisfechos; no hay espaldas fuertes que transporten cajas en los mercados de madrugada; no hay hábiles manos que arreglen tuberías en puentes derrumbados... No hay sonrisas blancas y ojos azules que recojan fresas; no hay rostros aceitunados y hombros fornidos que vareen olivos, recojan manzanas, coloquen ladrillos... todas las mañanas. Sequía de extraños.

Sequía de encuentros. Aparatos leves, aparatos planos. Con ágiles dedos nos arreglan todo. Encargo la compra. Pago las facturas. Me enamoro acaso. Husmeo cotilleos.

Escucho conciertos. No tengo que ir al banco. Hablo con amigos. Enseño mis postres. Disfruto el teatro. Aprendo bachata, insulto a políticos, un crucero contrato. ¿Dónde se quedó el vernos...? ¿Dónde el tocarnos? ¿Dónde los amigos, los besos, los abrazos...? Sequía de encuentros.

Sequía de encuentros, de olivos, de vides. Sequía de versos, sequía de extraños. Sequía de vida.

Abro mi ventana, empieza a llover.

KARTA A UNA KOMETA EN EL SIELO

Kerida Agustina*:

As llegado a mi bida kuando, por musa suerte k tenga, me kedan pokos años por bibir. Estoi probando tu eskritura futurista que inbentaste ace siento siete años... ¡Menuda moderna estabas hecha!, pero todo el rato no la usaré porque sin práctica es difícil. Llevo casi setenta años escribiendo de otra forma. ¡Perdona! He tenido más tiempo que tú. Pero... vamos al principio.

Naciste un cinco de abril —igual que mi abuela, que cumplió diez años ese día—, la hija pequeña, única chica, de tu padre, el zapatero de la calle Mesones. Naciste curiosa y espabilada, con tus ojos redondos y oscuros, boca perfilada y pelo moreno. Supongo que la favorita de papá después de tantos hermanos.

Pero él se murió pronto y, en una familia de clase media, en una Granada clerical, reducida y encerrada en sí misma, tu afán de saber de todo y de todos era muy superior a lo que te enseñaban en Santo Domingo. Después de una y mil discusiones con mamá, la familia se reunió en cónclave para decidir si podías leer algo más que cuentos infantiles. Tenías catorce años y tus ojos y tu alma ya querían saber más... —mi abuela acababa de tener su primera hija.

Menos mal que dijeron que sí. ¿Qué habrías hecho si fuese un NO? Supongo que algo te habrías inventado con tu espíritu indómito.

Querías saber qué pasaba en Granada de noche... y te vestiste de chico con la ropa de tu hermano el mayor, para descubrirlo. Después de pasear por calles desiertas, ¡te pillaron! Te acusaste a ti misma de ladrón primero y de loca después. ¡Pobrecita! Y tener que soportar pastillas,

refriegas, baños de agua caliente y fría... para “curar” tu “histeria”.

Con 25 años inventaste tu alfabeto reducido —ese mismo año nació mi madre—. Le quitaste seis letras al original y lo convertiste en más simple y fácil de escribir. ¡Cuántos niños, adolescentes y adultos te agradecerían, de saberlo, tu eskritura futurista! ¡Cuántos coscorriones, palmetadas con la regla y suspensos en ortografía se habrían evitado escribiendo así, como suena, como tiene que ser! Pero no tuviste éxito, como con casi nada. Eras demasiado moderna, libre, visionaria para el entorno y la época en que te tocó vivir.

No tuviste éxito con la bandera blanca que diseñaste para el mundo con las palabras Alimento y Paz; ni con tu Palacio de Todos que creías necesario para recibir a todo aquel que no tuviese de nada; ni con tu idea de una moneda única universal; ni con tus “Opúsculos filosóficos” que colgabas en la ventana de la zapatería que te dejó tu padre.

Con 43 años, en una España convulsa, creaste tu partido político “Entero-humanista”, para presentar tus deseos de libertad, humanidad, igualdad y feminismo... y repartiste folletos en el Café Suizo, donde tomabas café cada tarde, tan cerca de tu casa, sola, ante las burlas, sonrisas malévolas y cuchicheos de “extravagante”, “chiflada”, “loca”, de los que te rodeaban. Solo conseguiste quince votos en las elecciones, pero me gustaría conocer y saludar a esas quince personas abiertas, avanzadas y libres que te acompañaron en tu empeño.

La Teosofía y la Astronomía te engancharon y, bajo sus alas, escribiste poesía y teatro y dibujaste almas voladoras llenas de encanto bajo el seudónimo de Amelia.

Federico te inmortalizó, a su manera, en “La Zapatera prodigiosa” y en “La Casa de Bernarda Alba”. ¿Os conocisteis? Unos dicen que sí y otros que no... En el fondo,

a mí me da igual. Sois los dos cometas relucientes en un firmamento de mediocres.

Y llegó el 36. Y llegó el infierno, la negrura, la muerte, el poder de la sinrazón... Y te llevaron a Víznar, como a él, como a otras, como a otros, como a tantos... Y llegó el último paseo, y el temblor, y las lágrimas, y los fusiles, y las carcajadas, y los insultos... y las descargas... y el silencio.

Se rumorea que, en el último momento, levantaste tus ojos al cielo para pedir “clemencia a las estrellas”. Tenías 45 años, mi abuela consiguió llegar a los 90... ¡Qué suerte!

Han pasado muchos años hasta descubrirte, hasta encontrarte, hasta admirarte... Ya sé que tú te sabes, mejor que yo, toda tu historia, pero quería escribirte para decirte: ¡GRACIAS, AGUSTINA! ¡GRACIAS, AMELIA!

*Agustina González López, la Zapatera (1891, Granada-1936, fusilada en Víznar) fue una creadora, escritora, artista y pensadora granadina, y la primera mujer en optar a un escaño en la Granada de entreguerras. Escribió “La eskritura futurista” en 1916, donde empleaba su propio idioma, una escritura fonética que nos recuerda a la que se utiliza en los actuales mensajes de escritura en los móviles.

Teresa de la Hoz López

UN INVIERNO INFINITO

Mi nombre es Isaac Jiménez Barroso y tenía 25 años cuando morí.

Mi muerte no fue una muerte clínica, de hecho ningún médico pudo firmar mi acta de defunción porque mi corazón seguía latiendo. Sin embargo, todo mi yo murió hace más de veinte años, justo en el momento en que una bala del calibre 35 atravesó mi cuerpo y este se desplomó, privándome de la existencia en el sentido estricto de la palabra.

Recuerdo que era una mañana de invierno. La lluvia golpeaba fuertemente los cristales de la oficina donde trabajaba. El agua resbalaba por el vidrio, como lágrimas premonitoras de lo que estaba por suceder. Alguien entró en el gabinete y descargó contra mi cuerpo la munición del revolver que portaba en la mano. Con el tiempo supe que fue un cliente del despacho de abogados para los que yo ejercía de pasante. Al parecer una sentencia equivocada. Y un blanco equivocado.

Resucité el 22 de enero de 2014. Seguía siendo invierno y la lluvia seguía golpeando los cristales empañados de una neblina similar a la que se enfrentaba mi mente a la hora de aceptar el presente. Un presente ajeno a mí, incomodo, incomprensible...

Vivir veinte años postrado en una cama no es vivir. Despertar después de veinte años tampoco es despertar es sólo abrir los ojos ante un mundo que nada tiene que ver conmigo.

Me presentaron a mi hijo, un muchacho dos años mayor que yo (o al menos esos fueron mis cálculos) al que miraba extrañado porque hubiera jurado, que más que mi hijo, era mi hermano gemelo.

Me enfrentaron ante mi propio yo, ante la crueldad del paso del tiempo que nada tiene que ver con comprenderlo, con aceptarlo, con asimilarlo. Me vi reflejado en un espejo y esa imagen, cruel, tiene que ver con la justicia, la privación, la libertad... Se me ha negado la vida, estando vivo y eso no hay manera de comprenderlo, aceptarlo, asimilarlo.

Deambulo por las calles intentando aprender del nuevo mundo ya no me empeño en recordar, sino en construir una nueva vida que me aleje del pasado, ese pasado en el que me atrapó un invierno infinito.

VOLVER

Tenía seis años cuando pasó lo que marcaría mi vida para siempre.

Soy Carmina y tengo treinta y tres años.

Mi adolescencia y juventud han estado marcadas por innumerables visitas a psicólogos y psiquiatras sin que el mal que me persigue saliera a la luz.

De mi infancia apenas recuerdo nada. Sé, por mi familia, que he estado en varios colegios y en cada una de ellos siempre la misma historia. Falta de adaptación.

Aprendí, con el tiempo, a vivir en ese lado oscuro del recuerdo, en la madurez de quien no ha sido niña, de quien no tiene pasado.

Hace solo unos días visité a un vidente. No soy supersticiosa ni creo en las artes adivinatorias. Siempre he criticado a los curanderos y demás farsantes que, a mi parecer, se aprovechan de la incultura y la desesperación de la gente dispuestas a pagar por una cura que, en la mayoría de los casos, jamás llega. Pero este hombre era diferente. Lo conocí, por casualidad, cuando salía de mi casa. Un golpe seco en el hombro hizo que se me cayera el bolso que llevaba colgado. Él se disculpó y lo cogió del suelo para dármelo. El contacto con sus manos hizo que se me erizara la piel y en su voz noté la sabiduría de quien reconoce no saber nada. Lo miré durante unos segundos y entonces el extendió la mano para saludarme y me dio una especie de tarjeta de visita.

Dos días más tarde fui a verlo.

Me acomodé en una especie de diván y él colocó sus manos sobre mi cabeza.

—Necesitas volver —Me dijo.

—¿Volver, dónde? —Pregunté.

—Donde el recuerdo te abandonó, donde permaneces en silencio esperando que todo cambie. —Respondió él.

Sus palabras se desvanecieron como humo blanco y denso a la par que la imagen de un columpio repleto de flores fresca aparecía en mi mente. Oía su voz pero yo ya no estaba con él. Entonces, me encontré en el patio de un colegio. Reconocí ese espacio, yo había estado allí antes. Intentaba recordar, familiarizarme con esa imagen que, estaba segura, me ayudaría en mi retorno. Me acerqué al pequeño parque infantil que había en el centro. El sonido de una sirena me asustó, comenzaron a salir niños por la puerta principal. Muchas de las caras de aquellos escolares me eran conocidas. Mi corazón comenzó a latir con fuerza y mi respiración a descompasarse, intenté tranqui-

lizarme y me acerqué a la fuente que había cercana a un banco de piedra. Bebí agua y tuve la sensación de haber bebido de aquella fuente muchas veces. Comencé a recordar... era la fuente de mi colegio, de mi primer colegio.

Y entonces me vi, estaba allí, con mi uniforme de cuadros grises y azules, me acompañaba una niña de mi misma edad, María, su nombre era María. Las observé, iban corriendo hacia el único columpio que estaba libre. Las dos iban riendo sujetándose la una a la otra para intentar llegar las primeras y disfrutar de su balanceo. Fue en ese momento cuando comprendí todo, la imágenes de aquel día comenzaron a ordenarse en mi cabeza a una velocidad de vértigo. Algo horrible iba a suceder, algo que iba a marcar mi vida por completo y que iba a privar a mi mejor amiga de la suya.

Corrí hacia ellas, tenía que evitarlo, tenía que impedir que María se sentara en el columpio y que yo (niña) la balancease. Recordé como María se precipitaba del columpio que yo empujaba y se caía dándose con una piedra, mortalmente, en la cabeza. Recordé como me sentí junto al cuerpo sin vida de mi amiga y cómo me culparon, los demás compañeros, del accidente. Cobró sentido el recuerdo de la imagen del columpio repleto de flores frescas, las mismas que durante un tiempo estuvieron expuestas en el patio como recuerdo a mi amiga muerta. Recordé que dejé de recordar, que no quería vivir, que no podía hablar, que me fui con mi amiga, que me perdí.

Me llamé a mi misma (niña) con todas las fuerzas de las que fui capaz para que dejaran el columpio y bajase si hacerse daño. Llegué hasta ellas y paré su balanceo, cogí a María en brazos y la besé. En ese momento se paró el tiempo, lo había conseguido, había cambiado el curso de

la historia, María estaba con vida y yo podía seguir con la mía.

“Volver” ¿Cómo supo ese hombre lo que yo necesitaba?. Que privilegio me concedió la vida. ¿Cuántas personas quisieran “Volver” y no encuentran el camino?

Soy Carmina tengo treinta y tres años y mi mejor amiga se llama María.

EL TRAJE AZUL MARINO

Salí del hospital, huérfana, más huérfana de lo que me podía imaginar. Mi padre acababa de morir y alguien tenía que ir a por el traje azul marino que mi madre había decidido ponerle para su entierro. Bajé la cuesta que separaba el centro hospitalario de la casa donde vivían mis padres y entré en el portal. No recuerdo si esperé el ascensor o subí andando. Abrí la puerta del piso y un escalofrío de miedo invadió todo mi cuerpo. Pensé en dejar la puerta abierta, pero la cerré. El miedo, a veces, paraliza pero en esta ocasión no tenía tiempo para bloquearme y corrí hacia el dormitorio de mis padres. Corrí de miedo. Atravesé el pasillo, inmenso, largo y oscuro. Me vi reflejada en el espejo que había en la pared, entre la habitación de mi hermana mayor y la mía, y me devolvió la imagen de mi rostro desencajado, triste, asustado. Entré en su cuarto, olía a él. Abrí el armario temblando y rebusqué entre sus cosas, era la primera vez que lo hacía. Encontré el traje, una camisa blanca y una corbata. Descolgué la ropa y la apoyé en mi brazo intentando no arrugarla. Pasé de nuevo por el pasillo y entré en la cocina para beber un vaso de agua. La cocina era inmensa. Lloré, con ganas, recor-

dando las veces en que toda la familia nos reuníamos en torno a los fogones donde mi padre cocinaba. Sólo los domingos. Salí de la cocina y me quedé en la puerta del salón y allí estaba él, el San Lucas del Greco, una copia del artista que mi padre había pintado cuando yo era muy pequeña y que presidía la estancia. Triste San Lucas, ahora doblemente huérfano. Una ligera brisa, como un soplido leve en mi cuello, me hizo reaccionar, todo el vello de mi cuerpo se erizó. De nuevo el miedo.

Abrí la puerta de la calle y, antes de cerrarla tras de mí, volví la mirada hacia el interior de la casa de mis padres. Ahora solo la casa de mi madre. Bajé las escaleras andando, eso sí lo recuerdo. Llegué al hospital y entregué la ropa a una de mis hermanas. Me había olvidado los calcetines. Me negué a volver, no podía imaginarme abriendo el cajón de su ropa interior.

Un enfermero, amigo de una de mis hermanas, le dejó sus calcetines.

Era 31 de mayo y hacía un calor inmenso.

Teresa Flores

LA CONTADORA DE HISTORIAS

—¿Me puedes decir qué haces en este instante?

—Estoy contando.

—¿Qué es lo que cuentas?

—Pues he contado los pasos que hay desde la puerta de esta habitación hasta el sillón y el número de cuadros que tienes puestos en la pared y también las lámparas. Es curioso, no me había dado cuenta, hasta ahora, de la cantidad de lámparas que tienes.

—¿Por qué tienes esa necesidad de contar?

—Bueno, es una costumbre. Me gusta contar, me ayuda a tenerlo todo bajo control. Cuando voy por la calle voy contando los portales; los niños que me encuentro, los señores que llevan cartera, los bolsos de color rojo, los números de las fachadas, la gente con la que me cruzo. No puedo evitarlo. En casa tengo todo medido: cuánto tiempo tardo en hacerme la tostada, las vueltas que le doy al café, de cuántas maneras puedo poner los objetos en la vitrina. Cuento los libros que tengo en la estantería; en la de mi cuarto, en la del cuarto de trabajo, en el salón, todo lo tengo medido, además guardo todos estos datos en mi cabeza.

—Dime una cosa, ¿sabes quién eres?

—Sí, soy Martín.

—¿Martín?

—Bueno, en realidad soy Martina. Hoy soy Martina, Martín es solamente un juego.

—¿Cómo se llaman tus padres?

—Mi padre se llamaba Pedro y mi madre Josefa, son de un pueblo de Guadalajara. ¿No te lo he dicho nunca?, de Guadalix del Suplicio, un pueblo muy pequeñito, antes tenían un cortijo, cuidaban cabras porque eran cabreros. Allí nacimos mis cuatro hermanos y yo. Lo pasábamos muy bien, recuerdo mi infancia con mucho cariño. A parte de criar cabras hacíamos queso. A mí me tocaba levantarme muy temprano para ocuparme del ordeño...

—Martina, ¿sabes qué día es hoy?

—Hoy es 24 de marzo.

—¿De qué año?

—Creo que estamos en 2021.

—Martina, sabes muy bien que no eres de Guadalajara.

—Es verdad, es un cuento que he contado esta mañana, por mi trabajo. Trabajo en un sitio muy interesante.

—Cuéntame algo de ese trabajo tan interesante.

—Es un trabajo precioso, yo me pongo al teléfono. Antes lo hacíamos en la oficina, pero desde que se desató la pandemia trabajo desde casa. Me siento al teléfono a las nueve de la mañana y recibo llamadas de gente que quiere escuchar historias. Hoy, un niño de 10 años necesitaba hacer una redacción sobre la vida rural, por eso he hablado de este pueblo, es el cuento que le he contado, creo que va a sacar muy buena nota. Ha sido un relato precioso, lo hemos pasado muy bien.

—¿Esas son las historias que cuentas?

—Normalmente no son así, normalmente tengo que contar cuentos serios, algunos de ellos tristes y hasta de cosas muy graves... Esos, no me gustan, a mí me gustan los cuentos que son bonitos, que resultan esperanzadores. No me gusta lo que estoy obligada a contar.

—¿Por qué piensas que estás aquí, Martina?

—Estoy convencida de que me van a regañar, puede que me echen del trabajo una temporada o que me digan que debo tomarme unas vacaciones.

—¿Qué te parece que has hecho mal?

—Que he contado historias que no debía.

—¿Desde cuándo llevas contando estos cuentos?

—Desde hace mucho tiempo, es una cosa magnífica. Me gusta mucho narrar porque si cuento estas historias no necesito contabilizar todo.

—¿Y eso, por qué es tan importante?

—Lo es porque no puedo parar de decirme cosas en la cabeza.

—¿Qué cosas son las que tienes en la cabeza?

—Si empiezo a decirte todo lo que pasa en este instante por mi cabeza, corro el riesgo de no parar... Prométeme que me detendrá en treinta segundos.

—Te lo prometo.

—Cuando no estoy contando pienso en los niños sin cuna y en los que tienen una cuna tan grande que no les cabe en sus cuartos, pienso en los que se acuestan sin cenar, en los que no se acuestan porque no tienen donde, veo los árboles que se queman y que retiran de las aceras aunque sean grandes y hermosos, imagino las casa sin gente y las gentes sin casas, y familias solitarias, lloro por los que se quedan en el Mediterráneo y no llegan a ningún lado, siento pena por los bulanos que no se posan en ningún suelo y pienso en los que envejecen antes de haber vivido y me duelo por las caléndulas de mi ventana que se van morir y yo también me iré y no sé si alguien me llorara, me lastima que mañana deje de ser mañana, veo que el sol un día se hartará de nosotros, oigo al universo llorar, me digo que somos unos inútiles, sueño con las sonrisas de los más frágiles y me hace sufrir el que, por

más que nos miremos, no nos veamos, grito por la lluvia que enmudece en el asfalto y la tristeza de los atardece...

—¡Detente, tranquila! Ya han pasado los treinta segundos.

—¿Comprendes?

—Tu cabeza es una olla en permanente ebullición, una continua fuente de pensamientos. Debe ser difícil vivir con ello.

—Mucho, por eso necesito contar, cuando cuento no tengo en la cabeza nada más que la métrica, los números, los kilómetros, los gramos, las historias que me invento...

—¿Duermes bien?

—Dormir... dormir, es un mundo que casi no me puedo permitir. ¿Sabe lo que hago por las noches?

—No.

—Por las noches empiezo a contar. Lo primero y más difícil es llegar hasta mi habitación después de haber realizado todas las rutinas que me impongo; cuento los pasos que doy hasta el baño, las veces que me cepillo los dientes, los milímetros de pasta, la simetría con que posiciono los zapatos, los pliegues de mi ropa... Después, cuando por fin llego a la cama y me he cubierto con el embozo, sé que es el momento más peligroso en que se me puede disparar la cabeza. La oscuridad es muy mala consejera, mis pensamientos surgen tan debocados que, a veces, siento que me explota la mente y tengo que saltar de ella. Otras veces, aguanto y me concentro en la respiración. Si soy capaz de retener el aire, entonces, contabilizo el número de hilos que tiene la sábana y sus dibujitos de mariposas que conozco tan bien, miro las estrellas fosforescentes del techo de mi habitación, abro y cierro los ojos con rapidez y me mando señales en morse a mí misma por si alguien me vigila, algunas veces entro en una ligera duermevela y

casi me paseo por los umbrales del sueño.

—¿No tomas nada para dormir?

—Me mandaron unas pastillas pero no me sentaban muy bien, al día siguiente no podía levantarme, no tenía ningún nivel de creación, no podía decir nada, mi cabeza era una bota cerrada incapaz de pensar... mi boca era como pasto húmedo.

—¿Sabes por qué estás aquí?

—Creo que se lo he dicho, seguramente me han llamado de Personal.

—¿Cuántos años tienes Martina?

—Tengo... creo que 49... Fíjate tanto que cuento y no sé en realidad mi edad, creo que empecé en la empresa con 19 años y llevo treinta en ella...

—Martina, tú trabajas en una compañía de seguros.

—No, quien trabaja allí es Martín.

—Has tenido una crisis muy grave.

—¿De qué?

—Te has quedado sin palabras Martina, de repente, hace cuatro días. A las 11 de la mañana, llamaste veinte veces al mismo número y le dijiste a una asustada clienta que no ibas a seguir contándole más mentiras, que tú eres una persona cabal y que no le vas a comunicar a nadie más que no le van a indemnizar si ha tenido un robo o un incendio, incluso si se ha muerto su hijo en un accidente, que estabas harta de dar malas noticias a quien ya sufre malas noticias y que ibas a contar cosas bonitas y que te importaba un rábano que hicieran pólizas que luego no sirven para nada e incluso ibas a denunciar a la compañía. Después colgaste el teléfono y dejaste de hablar hasta esta mañana.

—No recuerdo nada.

—Otra cosa, ¿por qué dices que eres Martín?

—Yo no soy Martín, Martín es mi hermano, es él quien cuenta historias tristes, yo no quiero contar historias tristes.

—¿Sabes dónde estás ahora?, ¿hoy?

—Estoy contigo que te llamas Sandra, porque lo pone en la puerta, tienes un precioso despacho de catorce metros cuadrados donde hay siete cuadros; tres de flores, dos láminas de Picasso y dos bodegones horrorosos, una lámpara de pie y cuatro apliques...

—¡Siéntate, no te levantes, estate tranquila! Tengo que ponerte un tratamiento y te lo tienes que tomar, no puedes seguir así, ¿No tienes a nadie que se ocupe de ti durante unas semanas?

—Tengo a mi perro y a mis libros, antes estaba Martín, pero Martín se fue muy lejos, seguramente a Rusia a contar rusos... Jajaja. No quiero hablar, cuando pienso en él me pongo muy triste. Me abandonó, me dijo que tenía que vivir su vida.

—¡No te levantes!

—¿No me vas a encerrar en este sitio, verdad?, es muy pequeño, no tiene nada para contar.

—No te preocupes, ahora tienes que dejar de preocuparte. Te prometo que aquí te vamos a cuidar, te vamos a ayudar a dormir, vamos a calmar los caballos desbocados de tu mente. No tendrás que dar una sola mala noticia nunca más y, cada día podrás salir a contar las estrellas, las auténticas y, si tú quieres, podemos grabar esas historias maravillosas que inventas para que otras personas las escuchen... No llores Martina... No llores. Las narradoras de historias son siempre personas valientes que durante siglos han estado ahí para que los cuentos no se perdieran.

Teresa Sepulcre

NUESTRO BÁLSAMO DE TIGRE

El omoplato no respondía. Por un momento lo deje pensar. ¡Qué tontería! La orden emitida por mi cerebro perdida entre mis viejas neuronas y mi desgastada escápula. Medio catatónica me despertó el sol de la mañana. ¡Qué aburrida me tienen mis huesitos, y esa fina musculatura que hace de bocadillo!

No soy de pastillitas, le doy al bálsamo de tigre. ¡Dios cómo huele! Prohibido frotarse los ojos, la consecuencia, ceguera temporal y el plan de esta noche roto. ¡No! Acelero para restregarme las manos. Agua y jabón. El fregadero hace de lavabo ¡lo tengo! Los vástagos dormidos. Un par de minutos el tiempo de disposición. ¡Correr-correr no puedo! Tampoco me hace falta. Hoy, todo se ralentiza.

La sombra del porche me recuerda que ya es medio día. Y el apetito de los dos adolescentes también. ¡ñam!

¡Mama qué me pongo?

Gajes de dedicarme a lo que me dedico.

Camiseta blanca y unos jean para ambos. Dispongo. El logotipo del que canta en la pechera. Para mí vestido negro, con chupa vaquera, el carmín rojo Ferrari ¡un clásico!

¡Qué monos los tres!

Duele. El agudo pinchazo me recuerda que mejor conduzco con la izquierda, ¡por dios con una sola mano! ¡qué machito!

¡Mami dale voz!

Le doy

¡A pleno pulmón!

El omoplato no respondía. Por un momento lo deje pensar. ¡Qué tontería! Claro con tanto ajeteo, ni bálsamo de tigre ni na.

GREENSALUD parafarmacia.

Un dolor terrible oprime mi escápula. Inerte, quieta y petrificada la tengo. Deme usted un bálsamo, por favor, que cure a esta pobre desdichada que hoy necesita como loca izar un brazo.

El dependiente me mira, nosotros lo miramos.

FISIOCREM PARCHE

Si le digo. Lo pago. Me deja entrar en la recamara. Me lo pongo como puedo. Salgo. Los niños sonríen, y yo. Un calorcito sube por mi espalda, será que mis células nerviosas prefieren no sentir. Apresuramos el paso. El segurata mira mi bolso, el chaval de la puerta nos corta las entradas, a mí me gustan en papel, así de folio entero, nada de móviles. El ultimo clásico. Tendido 10 señala. *Parriba* señalo yo. ¡Madre qué maravilla!

La luna llena me asegura que ya es de noche. Él sale y canta. Una, seis, doce y veinticuatro. Tú mi niña tarareas, y tú mi cielo bailas como loco, yo levanto el brazo, tanto como puedo, ósea nada, ni más bien lo que levanto es el dedo índice a la altura de mi cadera, así como *pal* cielo, cosas de las contracturas, mientras de la carnecita que hay entre el parche y mi omoplato un encendido me recuerda que mañana no habrá grúa que me mueva.

GASES FATUOS

Era noche cerrada. De las de no luna. El temporal de levante amainaba ligeramente. Como ritual el paseo noc-

turno. En ocasiones hasta la torre de la guardia civil, en el campo, lo habitual el puerto. Hasta la punta.

Conchita y yo parloteábamos animadas. Cosas de madres, fundamentalmente. ¡Mira tú...! ¡Nena que me dices...! ¡Y blablabla...!

Aún hoy me pregunto el porqué de nuestra decisión. ¿O quizá fue de ellos? De los pies, esos que arraigan con la tierra, un 38 yo, el 41 para la de Murcia. ¿Tal vez ayudó el entusiasmo de la conversación? Ese olor a rocío, nocturno, de lo prohibido, de no vayáis al campo por la noche. De intrépidas amazonas. De intrigas. De contrabandos. De cementerios cercanos y gases fatuos. De sombras negras y princesas blancas. O de muertos vivos a la luz de la no luna. ¿O quizá fuera algo más? ¿Quién supo? Fuera lo que fuese, nos imantó potente al camino de la torre. Y nos llevó despacio, dejándonos frente a los dieciséis peldaños que flanqueaban la entrada.

—¡Nena para!

—¿Chica aquí?

—¡Sssshhhiiii!

La escasa luz de la única farola amarillenta y redonda, proyectaba una tétrica y asustadiza figura alargada, sobre la tierra. ¡Uh qué susto!

—¡Siempre me gustó la oscuridad del campo!

Conduje a mi amiguita hacia el único matorral enorme que allí había. Tampoco quería acercarme mucho, la verdad, ¡nunca me gustaron las serpientes!

—¡Ay, si nos sale una tarántula!

—¡Calla! ¡Tú no pises los agujeros!

—¡Sssshhhiiii!

Allá a lo lejos, pero no tan lejos, se oían pasos, no de pocos, tampoco de muchos. Grupito nada numeroso diría yo. ¡Quince más uno contamos bien! ¡Pues van a ser muchos tal vez!

Se aproximan con sigilo. No los reconozco. Paran. Cerca, muy cerca. Frente a la escalera. Dieciséis los pel-daños. Uno se adelanta. ¡Parece que manda! ¿Conchita qué hacen?

—¡Ssshhhhiiii!

Alrededor del mandón que ejerce de tótem comienzan como si de danza india se tratara a caminar, en círculo.

—¡Ula ula! ¡Ula ula!

Me entra la risa.

Me tapa la boca.

Se cogen de la mano. Se abre el círculo. Grande. Quietos. Cabezas levantadas. Cuellos doblados. Miran al cielo. Silencio. Reinician el andar. A la derecha. Siete pasos. Inertes. Siete al otro lado. Mágico el número. Stop. El del centro no se mueve. ¡Espera, parece que sí! Abre los brazos. Arriba. En cruz latina. Abajo. Arriba. En cruz de san Andrés. *¡Mare quin lio!*

—¡Carabinieri! ¡Carabinieri! —Invoca— ¡Manifiéstate! ¡Sal de tu mazmorra! ¡Carabinieri!

¡Arrea, si corrimos! Los quinientos metros, mil. Allá a lo lejos inmersos, los invocados.

Era día de calor. De los de mucho calor. La Conchita vuelve a su ciudad. ¡Cachis! Yo como ritual entro en la tiendita de la pintora. El regalito asegurado. Mi forma de decir te quiero.

Un enorme cuadro cuelga del techo, suspendido. Vislumbro la torre. ¡Un vuelco al corazón! ¡Zas! Es noche cerrada de no luna. Al óleo representados frente a las escaleras, quince más uno, en círculo. Reconozco al tótem. Palpito. Rápido. Me acaloro. Miro. Remiro. Examino. Observo. Intuyo. Relaciono. Pregunto. Ella me da la respuesta.

—Nena, el del medio, que vino un día, hace un par de meses y me hizo un encargo.

Quiero un calco de esta fotografía. —me dijo.

Una guerra. Un antepasado. Noche de no luna. La torre. Quince más uno en círculo.. Carlistas, un puñado de Carlistas. Presos y fusilados. Un caravinieri. Un bisabuelo. Un médium. Mucho médium.

—Él paga, yo pinto. Tonterías de los de dineros. Nada es verdad. Todo es mentira.

Del hilo musical salía una melodía. Como mantra. Carabinieri. Carabinieri. Manifiéstate. Miro el cuadro y a la pintora, un escalofrío punzoñoero recorre mi cuerpo. Allí en el círculo entre los quince la del pincel danza.

¡Ula ula!

LA BARRIGUITA DEL MONAGUILLO

La barriguita del monaguillo asomaba por la puerta que daba a la sacristía.

Yo desde la nave central, sentada en mi banquito, la miraba. Aparecía, así, como bollito entre marcos y dinteles.

Alto, alto sí era. Y un moreno a lo marinero le hacía parecer casi morisco. Tal vez por aquello de los ancestros. Presos italianos de unos tunecinos frente a las costas africanas.

La mezcla resultaba explosiva.

Como me gustaba verlo tocar la campanita. El momento álgido, allí en la consagración arrodillado sobre peldaños frente al altar mayor... "tilin-tilin"

¡Ay Amadeo! ¡Mi Amadeo! ¡Qué me quedo loca y aun nos falta la mitad del yo confieso! ¡Qué quiero hablarte y no puedo! Y sales y entras con las vinagreras. Y tu olor a incienso me marea. Y al leer el salmo responsorial, me miras, que se que me miras y yo clavo mi mirada en tu

mirada, y tú la bajas, pudorosa mientras repito lo que tu repites. “El señor ha hecho maravillas...” ¡Santa María, yo si te haría maravillas! Que embriagada me tienes monaguillito mío.

Recuerdo nuestra primera lectura. La primera. Juntitos. Yo en el púlpito y tu a mi lado pegadito me sostenías el micrófono. Tu respiración acelerada se entrecortaba y yo desorientada corría ya a por la segunda; “Queridos hermanos amémonos unos a otros, que el amor es de Dios y todo el que ama...”

¿Has visto? Amémonos Amadeo que no es pecado, que lo dice él, el que está en los cielos, y en todas partes, el que todo lo ve...Y tú te ruborizas y yo me trabo y mi corazón late mientras las del pueblo nos miran y por lo bajini dicen, que ya sabemos que dicen y mucho mi bucanero tostadito.

¡Ay Amadeo! Peloncito mío. Que llega el momento cumbre y te acercas y tu mano aprieta la mía, y el contacto me estremece y susurras a mi vera despacito... “La paz sea contigo” y besito. Y cantas y me arrodillo y te arrodillas, y el templo entero arrodillado, y me levanto y te levantas y abro las manos en actitud de orar y la hostia consagrada por encima, y del techo abovedado cae un blasón, el de Carlos tercero, ese que un día liberó a tus ancestros, el rey verde, y explosiona contra el mármol. *Pum*. Y gritan y corren y me desmayo porque una astilla de madera pasa veloz ante mis ojos, y revienta un cristal, el de la hornacina del Carmen. Y entreabro mis ojos, y te intuyo, borroso ese perfil tuyo de nariz prominente, y rozas mi rostro, si respira, dices, y entonces como aparición divina te manifiestas nítido. Y un alarde de cordura me devuelve a la realidad y se apodera de mí, devota, es una señal de dios, y me dejo de coqueteos celestiales, y vuelvo a lo casto.

¡Cachis, la barriguita se tornó plana!

ÍNDICE

Prólogo. Algo que quede 5

Poesía 7

Eurídice Bracamonte.....	9
José Domingo Gómez.....	15
Pau Lorenzo.....	21
Angélika Zenner.....	27
Bárbara Muñumer.....	29
Carmen Zea.....	35
Jean Louise Sanders.....	37
Mariángeles de Rueda.....	39
Teresa Costas.....	41

Prosa 43

Alberto Ramírez.....	45
Amador Aranda.....	51
Angélika Zenner.....	57
Arantxa Urbieto.....	63
Ascen Ferrón.....	67
Bárbara Muñumer.....	73
Blanca Titos Fernández.....	79
Brianda Gabriela.....	85
Carmen Sole Castillo.....	91
Carmen Zea.....	97
Céline Vartan.....	103
Conchi Gallego.....	109
Consuelo Glez. Moreno.....	115
CPF.....	121
Cristina Garrido Moraleda.....	127
Diego F. Hernández Gómez.....	133
Felisa.....	139
Francisco Revelles.....	145

Georgina	149
Isa Pomares.....	155
Isabel G. Fiestas	161
Jean Louise Sanders.....	167
Lola.....	173
Luis Mendoza.....	179
Mª Ángeles Torró Fernández	185
Manuela Moriana Moles.....	191
Marga	197
María de la Cruz Jaldo Antúnez.....	203
Mariángeles de Rueda	209
Mario Montecatine.....	213
Marsán Leunam	219
Nines Carrascal.....	225
Pablo Núñez	231
Reinaldo Paloma Páramo	235
Sara Nogales	241
Silvia Muñoz Pérez.....	245
Teresa Costas.....	251
Teresa de la Hoz López	257
Teresa Flores.....	263
Teresa Sepulcre	269

**Esta primera impresión de LOS PAPELES DEL CLUB 24,
se terminó de editar en Cimapress corriendo,
que es gerundio, el mes de agosto de 2024.**

